



**UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA
DE MÉXICO**

FACULTAD DE ESTUDIOS SUPERIORES

ARAGÓN

**“LA HISTORIA DETRÁS DE JOSÉ HERNÁNDEZ. EL
COSECHADOR DE ESTRELLAS”**

E N T R E V I S T A D E S E M B L A N Z A

“CURSO TALLER EN TRABAJO PERIODÍSTICO ESCRITO”

QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE:

LIC. EN COMUNICACIÓN Y PERIODISMO

PRESENTA:

RAÚL MARTÍNEZ FLORES

**ASESORA: LIC. SILVIA VERÓNICA
RIVERA NAVARRETE**



SAN JUAN DE ARAGÓN, ESTADO DE MÉXICO, NOVIEMBRE 2013.



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

Agradecimientos

A Dios por tomar mi mano siempre.

A mis papás por alentarme a ser mejor cada día

A mis hermanos por estar siempre.

A mis cuatro abuelos por darme el mejor ejemplo de vida.

ÍNDICE

Introducción	5
Génesis... El sueño americano	
Orígenes de la familia Hernández Moreno	10
La vida del inmigrante	17
Ni de aquí ni de allá: la travesía entre México y Estados Unidos en tiempo de siembra y cosecha	24
Surge un sueño: Ser astronauta	38
El síndrome de “La abeja”, esfuerzo y dedicación	
Trabajo, estudio y perseverancia: Los valores que impulsaron el sueño	44
Personas que influyeron en José Hernández Para no desistir de su sueño	48
Discriminación	49
Vencer al enemigo: el miedo	
Caminar, correr, volar: el proceso profesional para alcanzar una meta	73
Detrás de un gran hombre: el gran apoyo de José, su esposa Adela	77
La onceava es la vencida: Selección para formar parte de la expedición	88
Inicia la cuenta regresiva: entrenamiento previo al viaje	95
Viaje al espacio	105

El hijo pródigo

Regreso a la Tierra 125

Reorganizar el plan de vida 132

Rumbo al Congreso 134

A manera de conclusión 141

Fuentes de consulta 146

Introducción

A lo largo de estas páginas se relatará una historia de éxito, que muestra que todo en la vida comienza con un sueño y que nada es imposible, que las barreras culturales, sociales, geográficas y raciales son obstáculos a vencer y que muchas veces sólo son barreras mentales que con esfuerzo, constancia y preparación se pueden superar.

La dualidad cultural a la que José Hernández se enfrentó, lo llevó a sufrir discriminación; su condición de pobreza fue determinante para conocer el sacrificio y esfuerzo que viven cientos de inmigrantes en los campos estadounidenses, pero sin duda el apoyo y unión familiar lo hicieron un hombre de bien, capaz de sortear un destino de delincuencia y drogadicción.

En su relato, José describe el plan que se trazó desde niño para convertirse en astronauta, su gusto por las matemáticas y el rechazo por el idioma inglés.

Su esposa, hijos y padres dan fe del proceso que vivió para ser seleccionado como miembro de la NASA después de 11 intentos fallidos.

Además se describirán los momentos más importantes de la misión STS-128 que lo llevaron hasta la Estación Espacial Internacional y lo convirtieron en el primer ser humano en emitir un Twitter en español fuera de La Tierra.

El boom mediático al que se enfrentó, lo puso en el ojo del huracán, catapultó su carrera profesional y lo convirtió en toda una celebridad de la noche a la mañana entre los mexicanos, pero también le valió el rechazo y críticas por parte de sus detractores al revelar su nacionalidad estadounidense, misma que le permitió ser convocado por el presidente Barack Obama para lanzarse como candidato al congreso norteamericano.

Para contar la historia de José Hernández se requirió realizar una serie de entrevistas formales, pactadas, la principal fue la de él; en ella resume 40 años de su vida, desde que nace, hasta que llega a la NASA, sus proyectos y nuevas

aspiraciones después se der convocado por el presidente Barack Obama para competir por un lugar en el Congreso Norteamericano.

La entrevista se realizó vía Skype debido a los tiempos del entrevistado, por medio de José Hernández se logró pactar entrevistas con su esposa Adela; su hijo mayor, Julio; sus padres, Julia Moreno y Salvador Hernández; su hermana Leticia, todas fueron realizadas vía Skype ya que radican en Estados Unidos.

Aunque hay más personas alrededor de la historia de José Hernández que son piezas clave, no se pudo tener acceso a ellas, por distancias, tiempos e incluso idiomas; sin embargo, profesores, jefes y ex jefes, compañeros de trabajo, amigos cercanos que influyeron para que el personaje central de esta historia pudiera realizar su sueño, son mencionados en las siguientes líneas.

Además, periodistas de la talla de Mónica Garza y Francisco Zea dan testimonio del significado de este personaje que de una u otra forma ya es parte de la historia de México, cada uno describe su acercamiento con José Hernández, hacen una radiografía de su comportamiento, de la emoción en cada una de sus palabras al describir el significado de haber alcanzado las estrellas.

En el primer capítulo: “Génesis... El sueño americano”, José Hernández y sus padres relatarán paso a paso el desarrollo de un niño que fue criado en dos mundos literalmente, por un lado era hijo de mexicanos, hablaba español y todas sus tradiciones y comida eran típicamente Michoacanas, junto a su padre y hermanos trabajaron la tierra, oficio al que cientos de piedadenses dedicaban su vida, sin embargo vivían en un país que no era el suyo: Estados Unidos de Norteamérica.

Allá, José Hernández aprendió a regañadientes un idioma que no le gustaba, fue objeto de burlas por parte de sus compañeros de escuela por su color de piel, por comer tacos y frijoles además de su condición social.

Tuvo que aprender a vivir en ese entorno y enfrentar el señalamiento a base de “Amor” tal como le enseñó su mamá.

José Hernández describe cómo en uno de sus viajes entre Estados Unidos y México surgió el sueño de llegar a las estrellas y se afianzó con la llegada del hombre a la Luna.

En el segundo capítulo: “El síndrome de “La abeja”, esfuerzo y dedicación”, se relatará otro golpe de discriminación racial que casi lo hace desistir de su meta, sin embargo, José logró descifrar cuál era el camino que tenía que seguir si quería convertirse en astronauta, con ayuda de sus profesores y enseñanzas de sus padres logró convertirse en un estudiante modelo, dedicado a superarse a él mismo cada día, encontró en el trabajo, estudio y perseverancia la fórmula que lo transformó en el hombre que hoy día es, lo nombro “el síndrome de la abeja”, en este apartado se revelará por qué de este concepto.

Detrás de un gran hombre siempre hay una gran mujer. En el tercer capítulo: “Vencer al enemigo: El miedo”, se describe el proceso de selección para ingresar a la NASA, se hace énfasis en las esperanzas que depositaba en el formulario que año con año llenaba y cómo después de un arduo proceso de selección era rechazado; aquí es dónde Adela, su esposa, juega un papel preponderante, pues llega a su vida en el justo momento para impulsarlo y no dejar que el espíritu de la derrota lo invada.

Luego de once intentos, por fin es aceptado, pero no todo fue miel sobre hojuelas, ya en la Agencia Aeronáutica José tuvo que trabajar para romper paradigmas y ser seleccionado como parte de la tripulación de la misión STS-128; por fin había llegado a su meta.

Aquí se hace una disección de lo que sintió y vivió José, antes, durante y después del despegue, su trabajo en la Estación Espacial, su contacto con el planeta a través de uno de los noticieros más importantes de México y cómo fue que se convirtió en el primer ser humano en emitir un *Twitt* en español, desde el espacio; se describen los momentos más importantes de la misión y su regreso a la Tierra.

En el cuarto apartado de esta historia: “El hijo pródigo”, se revela cómo se transformó la vida de José, las nuevas oportunidades que surgieron a partir de su

exposición mediática, entre ellas la de ser seleccionado como portador de la antorcha para los Juegos Olímpicos de Londres 2012 y haber sido contemplado por el presidente de la Unión Americana, Barack Obama para competir por el estado de California por un lugar en el congreso de aquel país.

Pero también surgieron detractores, aquellos que se opusieron a que José fuera nombrado el segundo hombre de ascendencia mexicana en haber llegado al espacio y los que no permitían que el título “astronauta” fuera plasmado en las papeletas de las elecciones presidenciales y de congresistas del 6 de noviembre de 2012.

Pero más allá de una historia de éxito y triunfo, a lo largo del siguiente relato se muestra a un hombre que sin miedo, se forjó el destino que quería, se deja ver al ser humano desnudo en sentimientos y anécdotas que enriquecen su vida, se muestra la esencia del personaje creado por los medios de comunicación, que regala su historia sin más pretensiones que las de tocar el corazón de millones de personas que luchan por conseguir sus metas; es por esto que elegí una entrevista como modalidad de titulación.

Además, creo que al periodismo aporta un documento en el que se retrata la vida del inmigrante, el esfuerzo, dedicación y sacrificios a los que miles de mexicanos se enfrentan cuando buscan el llamado “sueño americano” en este momento en el que el presidente Barack Obama propone en sus discursos una reforma migratoria que da esperanza al migrante indocumentado en Estados Unidos.

La principal razón por la que decidí entrevistar a José fue porque me interesó mucho su historia, quería saber y difundir los pasos que siguió para alcanzar su sueño y demostrarme que cuando se quiere se puede.

Es la historia del niño que soñó con alcanzar las estrellas y del hombre que conquistó el espacio. Es la historia detrás de José Hernández, el cosechador de estrellas.

Génesis... El sueño americano

Orígenes de la familia Hernández Moreno

Todo en la vida comienza con un sueño...

Basta echar un vistazo a la historia de la humanidad para darse cuenta que todo lo que existe y nos rodea fue creado, primero en la mente y después se concretó o materializó.

Lo mismo le pasó a José Hernández Moreno, tuvo un sueño... Convertirse en astronauta y no desistió hasta lograrlo.

Tenaz, hábil y estudioso es como se define José, casi cuarenta años le costó llegar al espacio, pero aquel 28 de agosto de 2009 todo valió la pena.

11:59:37 tiempo del este de Estados Unidos, Cabo Cañaberal, Centro espacial Jhon F. Kennedy, todo esta listo.

5...4...3...2, cerré el visor del casco y escuché los tres motores del Discovery encenderse, sentí su vibración, el nivel de ruido fue aumentando, las vibraciones cada vez fueron más fuertes... Los dos motores laterales habían encendido... Por un momento pensé que eso caería o peor aún explotaría, sentí una fuerte presión y escuché cero, despegue.

Mientras íbamos a 28 mil kilómetros por hora toda mi vida pasó frente a mí: Mi infancia en el campo, los viajes a Michoacán, el proceso académico y profesional, los obstáculos vencidos, Adela, mis hijos, mis padres y hermanos... Por fin mi sueño estaba siendo una realidad... En unos segundos estaría en el espacio.

José Hernández Moreno nació en French Camp, California, un 7 de agosto de 1962, hijo de Julia Moreno y Salvador Hernández, un campesino mexicano que con tan sólo 7 años de edad comenzó a arar las tierras de una pequeña ranchería ubicada en Ticuítaco, Michoacán.

Su padre, Salvador Hernández y su abuelo José estaban destinados a trabajar dentro de la principal actividad económica de su pueblo, se ganaban y pasaban sus vidas sembrando y cosechando.

Pese a su corta edad, el padre de José, siendo el mayor de sus once hermanos, tenía que ayudar en el campo, siempre había que hacer, su jornada comenzaba a las cuatro de la mañana, después de alimentar a las gallinas, guajolotes y borregos, lavaba los chiqueros de los cerdos y sacaba a pastar a las vacas.

Para el almuerzo, toda la familia se reunía en torno de la mesa de la cocina de la humilde casa construida con adobe en la que vivían.

Su abuela Cleotilde ya tenía preparado el champurrado y varias tortillas recién salidas del comal, frijoles y salsa de molcajete, de esos que su padre también compraba a los indígenas tarascos y vendía en Morelia para obtener más dinero.

José Hernández recuerda que: Él vendía, él compraba molcajetes y metates de ahí de los indios de las rancherías cerca de la piedad, le traían los metates y los molcajetes, entonces nosotros los llevábamos en un camión, nos íbamos en un camión que viajaba ahí por todos los pueblitos de Michoacán y mi abuelito se los vendía a la gente que tenía sus puestos en los mercados.

Inclusive me enseñé a hacer un chile de molcajete muy sabroso por esa razón de ver a mi abuela ahí en la cocina y de vender molcajetes, entonces para mi fue una herramienta muy útil que aún la utilizo aquí en la cocina.

Aunque sabía que su destino estaba en el campo, Salvador Hernández era terco y tenaz, él quería estudiar; así, se inscribió a la escuela para aprender a leer, escribir y hacer cuentas, sin embargo las labores en la casa eran más absorbentes y tuvo que dejar los estudios, apenas llegando al tercer año de primaria.

Dedicado al campo y con una vida destinada a él, Salvador se aventuró a trabajar la tierra y cuidar del ganado de la familia, Salvador fue “cacharpo” es decir, ayudante de chofer o cobrador de camiones de pasajeros y vendedor de metates y molcajetes.

Así, pasaron los años, pero lejos estaba de imaginar lo que la vida le tenía preparado. En 1939 estalló la Segunda Guerra Mundial, el mundo se conmocionó; por un lado, Alemania decidió invadir Polonia y Japón atacó a China, los Estados Unidos, y las colonias neerlandesas en Asia.

En 1940 Alemania solicitó a México unirse al Eje, pero declinó y se declaró neutro, pero un año después, tras la invasión a Leningrado, Italia solicitó la ayuda de varios gobiernos para unirse, incluido México, quien se declaró aliado del Reino de Italia y le declaró la guerra a Rusia, pero se mantuvo neutral.

En ese mismo año, 1941, después de los ataques a Perl Harbor, Estados Unidos solicitó a México unirse a Los Aliados, situación a la que accedió debido a su cercanía geográfica y tratos diplomáticos, sin embargo se mantuvo indiferente a los asuntos bélicos.

Después de esto, en mayo del siguiente año, Alemania atacó a varios navíos mexicanos, lo que llevó al país a declararle la guerra al Eje, aquí México participó con alimentos, armas, tanques, aviones y con un contingente al que se le llamó Escuadrón 201.

Durante la guerra que duró hasta 1945, la producción se detuvo en el campo y fábricas en Estados Unidos, la mano de obra masculina escaseó, obligando a emplear a las mujeres para realizar los trabajos industriales y agrícolas, sin embargo, no fue suficiente para mantener el ritmo que demandaba la guerra.

Así, en 1940, los gobiernos de Estados Unidos y México llegaron a un acuerdo, firmaron un tratado para regular el paso de trabajadores mexicanos para cubrir la mano de obra faltante, además de un buen sueldo, se les prometió seguridad social y un sistema de ahorro para cuando ya no fueran requeridos y regresaran a México, este acuerdo estuvo vigente hasta la década de los 60 y es conocido como el Programa Bracero.

El *Mexican Farm Labor Program* fue el título que Estados Unidos le otorgó a este programa de trabajador huésped y concluyó en 1964; comenzó con el traslado por parte del gobierno americano de un millar de campesinos mexicanos para cultivar y cosechar en ingenios azucareros ubicados en la región de Stockton, California, misma zona donde por azar o destino nacería José.

Alcanzados los 15 años de edad, seis años después de terminada la segunda guerra mundial y aún con la efervescencia del “sueño americano”, Salvador, el padre de José, tomó una determinación, se iría a Estados Unidos junto con un amigo, tal como lo habían hecho tres de sus hermanos; según el libro *El Cosechador de Estrellas* del propio José Hernández y Mónica Rojas Rubín, así anunció Salvador a su padre su decisión.

- Papá, me voy para Estados Unidos, ya lo decidí –dijo de golpe mientras veía a su padre alimentar a los cerdos de la granja.
- ¿Y ‘ora, por qué le hace falta aquí? –le respondió mi abuelo con un tono hosco de voz.
- No, pues si de comer tenemos pa’ todos los días, pero necesitamos más dinero, el campo ya no da lo que antes y hay muy poco trabajo por aquí.
- ¿Pero entonces qué?, ¿ya no piensas regresar?
- Pues voy a probar suerte. Ya platicué con Eliseo y dice que se va conmigo. Nos vamos para California.
- Supongo que no hay nada que pueda hacer o decir para convencerte de quedarte si ya te decidiste. ¡Ay muchacho!, tienes mi bendición para ir, y si las

cosas no salen como planeas, sabes que siempre puedes regresar a casa. Te voy a dar algo de dinero pa' que te mantengas hasta que encuentres trabajo.

Con 300 pesos en la bolsa, Chava y Eliseo iniciaron la travesía hacia “el sueño americano”; José Hernández relata que su abuelo le contó que después de varios días de caminata, llegaron a Mexicali, justo en la frontera, les faltaba muy poco para poder cruzar; con hambre, sed, cansados de andar bajo los rayos del sol y con casi nada de dinero la desesperanza los embargó; cuando estaban a punto de desistir y regresar a Michoacán, como caído del cielo, un paisano se apiadó de ellos.

José Hernández continúa con la historia de su abuelo y dice que el paisano que se encontraron se llamaba, Juan Mora, quien les invitó unos tacos y un refresco para calmar su hambre, platicó con ellos y los alentó a no dejar su sueño, los ayudó a completar su viaje, aunque la vida del migrante no sería fácil, Salvador y Eliseo, sabían que representaba una gran oportunidad de salir adelante y ver cristalizado el tan anhelado “Sueño Americano” que se traducía en una alternativa de prosperidad.

Tal como lo narra en su libro, *El Cosechador de Estrellas*, por fin llegaron a un rancho ubicado en Fresno, California, donde encontraron trabajo como jornaleros; ni el sol, el arduo trabajo en el campo ni la precaria situación los hacían flaquear, durante dos años y medio desde el amanecer hasta el atardecer se dedicaron a recolectar frutas y vegetales, las manos de Salvador Hernández quedaron curtidas por el trabajo, y aunque no ganaba mucho, los dólares que recibía eran mucho más de lo que pudo juntar si se hubiera quedado en Michoacán.

Casi tres años después de estar como indocumentado, Salvador decidió trabajar en un rancho de Tracy, California, donde se encontraban un primo y un tío, quien a sabiendas de su situación, decidió aconsejarlo, lo mandó de regreso a México junto con otros 11 jóvenes, les prometió arreglar su situación migratoria para que

el gobierno de Estados Unidos los dejara trabajar en suelo norteamericano, Salvador no lo pensó, juntó las pocas cosas que tenía y regresó a Michoacán, un tanto motivado por legalizar su situación laboral pero también por reencontrarse con su familia y ver de nueva cuenta a la niña que siempre le había gustado, Julia, una jovencita tan sólo un año menor que él y que le había robado el corazón.

Ya instalado en Ticutaco, Salvador decidió seguir el ritual de enamoramiento establecido en Michoacán según los usos y costumbres; los padres de José se conocieron en la plaza, frente a la parroquia principal. Existía una tradición en la que cada domingo se reunían los jóvenes en el kiosco, ataviados con sus mejores galas caminaban alrededor de la construcción, las mujeres caminaban en sentido de las manecillas del reloj, mientras que los jóvenes casaderos de los poblados vecinos lo hacían al contrario, intercambiaban miradas, los jóvenes entregaban una rosa y si la chica la aceptaba, comenzaba un noviazgo que podía terminar en matrimonio, tal como sucedió con los padres de José.

Pero aunque ellos habían decidido formalizar su relación existía el impedimento de los padres de Julia, pues argumentaban que la corta edad y la situación de Salvador podrían afectar el bienestar de la pareja.

Fue en ese tiempo que recibió una enorme sorpresa, su tío había cumplido la promesa de arreglar su situación migratoria, el gobierno de Estados Unidos le había otorgado la visa de trabajo, podría regresar al campo norteamericano, juntar dinero y regresar para casarse con su amada, pero ella tenía un as bajo la manga, ocho meses fue el plazo que Julia le dio, si en ese tiempo él no volvía, se disolvía el compromiso.

Alcanzada la mayoría de edad, Salvador se encaminó de nueva cuenta a la Unión Americana, esta vez, todo sería más fácil, o por lo menos más familiar, estaba decidido a trabajar con más empeño y ahorrar para cumplir con su promesa.

Siendo campesino, tenía poco tiempo para destinarlo al entretenimiento, y ni hablar de tener un televisor; mi padre, no contaba con recursos económicos suficientes así que esperaba con ansia el primer día de enero para viajar a Pasadena y disfrutar del Desfile de Las Rosas, simplemente, lo describía como: El más bello que he visto en mi vida.

El Desfile de Las Rosas, es uno de los espectáculos más esperados en Estados Unidos, es un clásico que con los años se ha convertido en toda una tradición, la primera vez que se realizó fue el uno de enero de 1890. A lo largo de 13 kilómetros por las calles de Pasadena, al norte de Los Ángeles, desfilan carros alegóricos hechos con flores naturales representando escenas de películas, personajes infantiles y animales, todo un espectáculo que hasta la fecha es uno de los favoritos de la familia Hernández.

A pesar de la distancia y después de ocho meses, el amor entre Julia y Salvador seguía intacto, fue en una de sus visitas durante el invierno que contrajeron matrimonio en una ceremonia sencilla, cálida y familiar en Michoacán, sin embargo, el padre de José había decidido continuar con su trabajo en Estados Unidos, así que se marchó dejando a Julia en La Piedad.

Durante cuatro años, se la pasó yendo y viniendo, mientras que Julia lo esperaba con ansia, en este periodo la pareja procreó dos hijos, Chavita y Lety, pero también se realizó el trámite que permitiría el ingreso legal de la familia Hernández Moreno a Estados Unidos.

José Hernández recuerda durante la entrevista a través de Skipe que cuando su padre alcanzó los 20 años de edad pudo arreglar sus papeles, los de su esposa e hijos, así en 1961 a todos les dieron la visa.

La vida del inmigrante

Fue en este momento que Salvador decidió que toda la familia radicara en Estados Unidos y sólo regresarían a México durante el invierno, cuando las cosechas en Estados Unidos se detenían, esta decisión fue apoyada por Julia, pues sabía que allá encontrarían nuevas y mejores oportunidades que en Michoacán no podrían alcanzar ni ofrecer a sus hijos, pues no contaban con un patrimonio, vivían con los papás de Salvador y cuando decidieron emigrar lo hicieron sólo con lo poco que tenían.

Precisamente, Gilberto, el tercer hijo de la pareja nació durante uno de los viajes que hacían a México para pasar las fiestas decembrinas, ya eran tres los hijos dentro del seno de la familia Hernández Moreno, pero esta historia apenas se estaba gestando; Salvador Hernández, padre de José reflexiona y confiesa que: La vida del campesino es dura, y es más dura cuando lo que más amas es tu tierra y tienes que dejarla para buscar una vida mejor.

Ya instalados en Estados Unidos y con tres hijos, la pareja de Salvador y Julia se llevó tremenda sorpresa al enterarse que estaban esperando a su cuarto hijo a quien pondrían por nombre José.

Nací el 7 de agosto de 1962 en un hospital de French Camp California, mientras mi familia vivía en Stockton. Ahí comienza la historia de mi vida, rodeado de amor familiar pero también de muchas dificultades, las comunes en una familia de migrantes.

Para empezar, los Hernández Moreno tuvieron que instalarse en una casa rentada, pues no contaban con los recursos suficientes para comprar una, el dinero que ganaba Salvador ahora tenía que alcanzar para alimentar seis bocas y pagar la escuela de tres.



José Hernández de 11 meses y su mamá, Julia Hernández
Archivo fotográfico de José Hernández 2012.

En el campo, las jornadas eran cada vez más duras, cuando no era la cosecha del pepino, era la lechuga, la uva o la pisca del tomate y aunque vivían “pobremente” lo hacían felices pues por fin toda la familia estaba reunida; Salvador Hernández dice que sin duda la presencia de Julia fue fundamental para el bienestar de toda la familia, pues aunque les hacía falta el dinero, siempre estuvieron de acuerdo que era preferible contar con un solo cheque que con tres o cuatro, pues estaban convencidos que la educación de su hijos sería la base para un mejor futuro.

Durante la entrevista, la madre de José, Julia Moreno recuerda que su mayor deseo era que sus hijos no trabajaran como su esposo en el campo, que no padecieran las inclemencias del tiempo, bajo los fuertes rayos del sol y siendo mandados por otras personas que en muchas ocasiones tratan mal a los empleados, la madre de José siempre soñaba con que sus hijos estudiaran y tuvieran una profesión.

La madre de José Hernández revela que: Siempre tenía ese deseo muy grande de que ellos estudiaran, quería que uno de mis hijos fuera doctor, otro arquitecto y

otro ingeniero, que tuvieran una vida más desahogada, porque nosotros pasamos trabajos y yo quería que ellos tuvieran una vida mejor que la de nosotros, que no pasaran tantos trabajos, tantas privaciones de todo.

A la distancia José Hernández logra abrirse durante la entrevista y confiesa que cree firmemente que la familia es la calve para que se desarrolle bien cualquier niño o niña, dice que: La sociedad siempre está delegando la responsabilidad de la educación a los maestros, pensando que las escuelas son deficientes, pero realmente la educación es en la casa, entonces tienen que trabajar como equipo, tanto los maestros como los padres para educar a los niños.

Y José continúa: Estoy seguro que mis papás a pesar que ellos nada más tuvieron una educación de tercer grado de primaria, le dieron mucha importancia a la educación y aunque no la entendían muy bien, ellos sabían que el proceso de tener una educación iba a ser algo bueno para sus hijos y entonces por eso nos apoyaron tanto; pero cuando llegó la hora de ir a la escuela, José Hernández se topó con un nuevo idioma y a niños que actuaban diferente a él, así lo describe en *El Cosechador de Estrellas*.

La escuela parecía enorme y estaba llena de estudiantes que se veían mucho más grandes en edad y tamaño. Los salones se hallaban decorados y llenos de filas de brillantes pupitres nuevos con compartimentos integrados que nos permitían guardar nuestros lápices, crayones y hojas... Me quedaba viendo al pizarrón negro tratando de descubrir el significado de lo que tenía escrito y dibujado con gises de colores... Básicamente, me quedé callado para ser invisible ante los demás.

Fue aquí, en sus primeros años de escuela que José enfrentó los primeros brotes de intolerancia y discriminación por parte de sus compañeros, uno de ellos, durante la hora del lunch se acercó y lo llamó “come tacos”, José no entendió bien lo que le quiso decir porque no hablaba inglés y aunque se dio cuenta que sus

demás compañeros comían sándwiches a él le pareció más rica la comida que le había preparado su mamá.

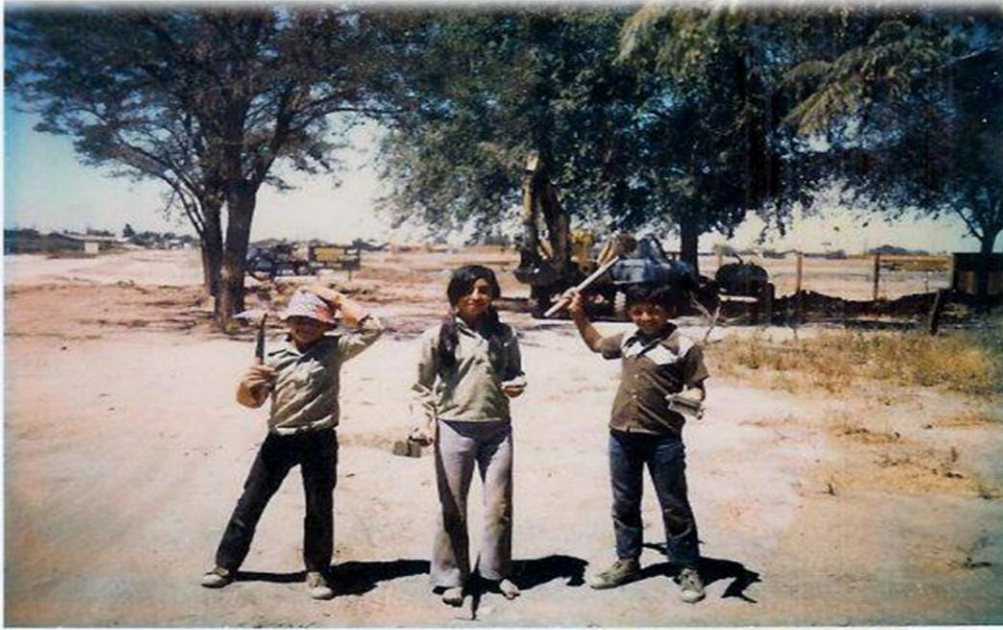
Para ese momento llegar a la casa era lo único que lo reconfortaba, siempre estaba feliz de regresar, llegaba con sus otros hermanos y lo primero que hacía era gritar “Mamá, ya llegamos”, ella les decía que se lavaran las manos para esperar a su papá y comer en familia, Lety, su hermana siempre ayudaba a poner la mesa y les servía a sus hermanos, Chavita y Gil quienes se la pasaban jugando y José era un torbellino, sólo quería jugar futbol y ver televisión.

José Hernández recuerda que cuando llegaba la hora de hacer la tarea, terminaba lo más rápido posible porque la recompensa era ver la televisión, dice que en ese entonces, su programa favorito era “Star Trek”, sin embargo, Salvador Hernández, su papá revela que: La tarea de matemáticas José la resolvía rápido y bien, ciencias y las demás, pero sólo llegaba la hora de terminar los trabajos en inglés y decía que no, le costaba trabajo, decía que para qué, incluso decía que ya no quería ir a la escuela, yo le decía que tenía que ponerle empeño a la escuela si no ya sabía que el campo tenía lugar para él, que me tenía que ayudar en la pisca, si vivimos en Estados Unidos, tenía que aprender Inglés, no hay de otra; sólo una vez José fue castigado por no terminar sus deberes y así lo describe en su libro.

Tanto mi papá como mi mamá se aseguraban que terminara la tarea, sólo una vez me atreví a echarles mentiras, les dije que ya había terminado, con esa vez bastó para darme cuenta que mis padres tomaban muy en serio que mis hermanos y yo fuéramos a la escuela. Todavía recuerdo los cinturonzos que me dio mi papá por echarle esa mentira.

Al ser cuestionada por esta anécdota, la mamá de José, Julia Moreno, recuerda que a José le gustaba ver una serie, “Viaje a las estrellas”, Lety, mi hija y mis otros hijos ya habían acabado sus deberes, pero José no; sus hermanos corrieron a la televisión y cuando José escuchó que ya había empezado, aventó sus libros y se fue a sentar a ver la tele, pues cuando su papá y yo nos dimos cuenta de que no

había terminado... Ya le contaré él como le fue con su papá... No, no era muy estricto, pero sí quería que estudiaran y yo también para que no tuvieran que pasar su vida entre pepinos y lodo, bajo los rayos del sol.



José y sus hermanos, Gil a la derecha y Lety al centro
Archivo fotográfico de José Hernández 2012.

José Hernández cuenta que sólo había algo que lo llenaba de ilusión y que lo hacía levantarse temprano para ir a la escuela: El fútbol, ahí no había barreras y no se necesitaba hablar inglés, era el único momento en que me sentía parte del grupo, donde mis compañeros me hacían sentir especial, pues recuerdo que cuando se formaban los equipos, los niños que eran los capitanes se peleaban por elegirme, decían que era bueno con el balón.

Luego del recreo, todo volvía a ser como antes, José no entendía nada de lo que decía la maestra, se aislaba y no participaba pero ni por equivocación; pero durante las clases, también había algo en lo que se refugiaba y encontraba consuelo, algo que sí entendía y que manejaba un idioma universal: las matemáticas.

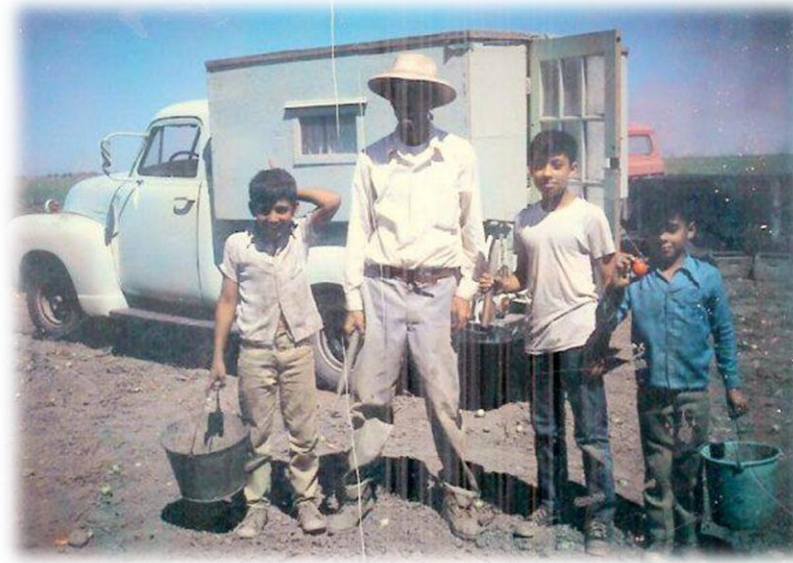
Las matemáticas son un idioma universal porque uno más uno es dos en cualquier idioma, entonces eso se me hacía muy fácil y mientras aprendía el inglés, pues mi refugio era ahí; donde me sentía más capacitado pues eran las matemáticas, luego empecé a aprender inglés, pero las ciencias me fascinaron y entonces de manera natural me apegué más a los estudios de las ciencias.

Aunque Salvador Hernández y Julia Moreno apostaban por la educación de sus hijos, durante las vacaciones de verano, la mano de obra de los niños en el campo, representaba varios dólares más para el sustento del hogar, y aunque para muchos pudiera parecer algo denigrante, para los hijos de la familia Hernández era un orgullo trabajar la tierra, pero sobre todo representaba una gran lección de vida que entendieron años después.

José Hernández cuenta que sus compañeros siempre estaban contentos por el verano, por las vacaciones de verano y que él y sus hermanos las odiaban, porque se dedicaban siete días de la semana al campo, las jornadas eran duras, dice: nos levantábamos temprano en la madrugada y a trabajar, mi padre nos levantaba a las cuatro de la mañana, para salir a las 5 y luego llegar a las 6 a la pisca y a pegarle ahí todo el día.

Y aunque sabían que durante dos meses se la pasarían bajo los intensos rayos del sol trabajando en las cosechas, José supo sacar provecho de su circunstancia: Me gustaba porque no había luz, era el campo y entonces las estrellas se miraban muy claritas, entonces era mi tiempo favorito del día.

Igual que cientos de inmigrantes que llegan cada año a Estados Unidos a trabajar la tierra, José Hernández, su padre y hermanos tuvieron la oportunidad de cosechar fresa, betabel, pepino, cereza, jitomate, durazno y terminaban la temporada con la uva, en octubre.



José, sus hermanos Gilberto y Salvador, con su papá Salvador Hernández.
Archivo fotográfico José Hernández 2012.

Las extenuantes jornadas hacían que en ocasiones José renegara de su condición, sin embargo, sus padres le dieron el mejor discurso que pudo tener en momentos de flaqueza y que plasma en *El Cosechador de Estrellas*.

José tenía siete años de edad, pero recuerda perfecto cómo en el campo, entre las matas de pepino uno tiene que agacharse, la espalda empieza a doler, hay que llenar una cubeta de metal con pepinos, la mayor parte del día el campo está mojado, los pantalones de mezclilla se llenan de lodo que con el calor se seca y se convierte en una pesada masa viscosa que cuando te quitas los pantalones se quedan tiesos, terminan la jornada, cansados, sudados y empolvados.

Un día de esos, José resbaló con un pepino podrido y cayó en el lodo, furioso aventó sus herramientas de trabajo y corrió donde se encontraba su papá, jalándole el pantalón para llamar su atención le dijo entre lágrimas que ya se quería ir, que no quería continuar y que estaba cansado; Salvador, su padre, lo tomó de los hombros y preocupado le preguntó si se sentía mal, José respondió que no, pero que se sentía sucio, cansado, quemado por el sol y que no consideraba justo el pago de 10 dólares el día por todo lo que tenía que padecer.

José recuerda con nostalgia y confiesa que: Ese día mi papá me dio la mejor lección, con determinación me dijo: Pues esto es lo que hacemos nosotros, ya si quieres cambiar tú tu futuro, depende de ti, si vas a estudiar pues vas a cambiar tu futuro, pero si no vas a estudiar, aquí te va a tener que gustar porque es lo único que vas a poder hacer. Mi mamá refrendó lo dicho por mi padre y me aconsejó que tratara de aprovechar el estudio porque si no, no me va a quedar otra opción como a ellos que no les quedó otra opción.

Ni de aquí ni de allá: la travesía entre México y Estados Unidos en tiempo de siembra y cosecha

Siendo migrantes, la familia Hernández iba y venía de Estados Unidos a México según el tiempo de las cosechas en California; José describe en su libro: vivíamos errantes... Nuestra familia viajaba de La Piedad, Michoacán a California en febrero de cada año y pasábamos la primavera y el verano en Estados Unidos... Después, a la mitad de noviembre empacábamos... y viajábamos durante dos días y medio hasta México para pasar el resto del otoño y todo el invierno en La Piedad.

Corría el último trimestre del año 1968, José y su familia se disponían a viajar a La Piedad, prepararon todo, su equipaje, regalos para su familia y algunas cosas necesarias para la vida diaria, José y sus hermanos solicitaron a sus profesores tarea para realizar durante los tres meses que estarían alejados de la escuela.

Dos días duraba el trayecto desde Stockton, California, hasta La Piedad, así que se subieron a su auto, un Mercury Monterrey, 1965, azul cielo, recorrían decenas de pueblos y ciudades antes de llegar a su destino, pero el momento favorito de José era durante la noche, era el tiempo donde podía apreciar el brillo intenso de las estrellas en el cielo abierto, sin nubes y sin luces artificiales, mientras su mamá

y hermanos dormían, él le hacía compañía a su papá, sin embargo, tenía la mejor compañía, la Luna.

El astro se convirtió en la compañera de viaje perfecta, era a quien le podía confiar sus más grandes sueños y aspiraciones, año con año, mientras hacían el recorrido, José esperaba el momento que callera la noche para poder apreciar el brillo de sus compañeras y dejarse llevar por la noche y echar a andar su mente, la pequeña máquina de ideas como decía su mamá.

Al fin, después de un agotador recorrido, estaban en Michoacán, allá en el rancho de Ticuítaco, la tierra de sus padres y donde ya los esperaban con los brazos abiertos, tanto sus abuelos, como sus demás familiares, José Hernández describe que: Eran los tiempos más bonitos porque llegábamos en época de fiesta, se juntaba toda la familia, había mucho amor, mucho calor entre familia.

Como la mayoría de los migrantes, el padre de José soñaba con construir una casa grande, con muchos cuartos para sus hijos, con una cocina grande para su esposa y con un jardín al frente, cada año, Salvador Hernández disfrutaba ver los avances de su hogar, incluso, acostumbrado al trabajo pesado, también ayudaba a la construcción, mientras su esposa se la pasaba en la casa cocinando y poniéndose al día con las demás mujeres del lugar y sus hijos convivían con sus primos que veían cada año.

Con un dejo de nostalgia, Salvador recuerda que esa casa era su mayor ilusión, sin embargo, la decisión de radicar en Estados Unidos los llevó a abandonar el proyecto y entregarlo a una de sus hermanas, quien hasta la fecha vive en esa casa en La piedad.

Cada día era muy parecido, levantarse a las ocho de la mañana, desayunar en la enorme cocina de la abuela, hacer un poco de la tarea que les habían puesto los profesores y después convivir con su abuelo, José disfrutaba acompañarlo a

vender metates y molcajetes a los pueblos vecinos, Durante este tiempo, José recuerda uno de los mayores consejos que le pudo dar.

Un día cuando estábamos frente a la presa de Ticuítaco, apreciando el atardecer y viendo como el agua tomaba tonalidades doradas, mi abuelo se acercó, me abrazó y me dijo que luchara por mis sueños, que lo importante del ser humano es creer en si mismo, en su capacidad y no auto limitarse.

En ese momento, las palabras de su abuelo no representaron nada para José, pero quedarían grabadas en su memoria para siempre, pues dice que no había otra cosa que adorara más que escuchar a su abuelo, quien le enseñó otro significado de las estrellas que así describe en *El Cosechador de Estrellas*.

Me preguntó: ¿Por qué crees que las personas le piden deseos a las estrellas? Sin pensarlo mucho respondí: No sé, ¡porque vuelven los deseos realidad! Me explicó que ellas guiaban a los exploradores y les ayudaban a encontrar su ruta cuando se perdían, me pidió que eligiera una, la más brillante, la más grande, la más hermosa de todas, para que cuando me sintiera perdido la viera y le pidiera un deseo.

Era diciembre, las fiestas estaban a la orden del día, José jugaba con sus primos, eran dinámicas muy diferentes a las que realizaba con sus compañeros de escuela en Estados Unido, allá tenía la oportunidad de tener juguetes, no muy sofisticados pero los tenía, sin embargo, en La Piedad, sólo tenían su imaginación.

Juegos tradicionales como canicas, balero, lotería, las atrapadas; jugar con la arena de la construcción, con lodo, piedras, palos y con prácticamente todo cuanto se encontraran, incluso, paisajes que sólo se pueden ver en México y en Michoacán, como el “Cerro Grande” testigo de las aventuras y travesuras de José, sus hermanos y primos, y que para representaba era una montaña que conquistaron en varias ocasiones.

Y qué decir de la emoción que le causaban a José las posadas, los cantos y sobre todo las piñatas, recuerda que en su mayoría eran hechas por su abuelo y que durante las nueve posadas que se hacían, del 16 al 24 de diciembre recorrían el pueblo entero e iban de casa en casa cantando los tradicionales villancicos.



José durante la Navidad.
Archivo fotográfico de José Hernández 2012.

La Navidad era la fecha en que toda la familia se reunía en casa de los abuelos, venían los demás tíos y primos que vivían en otras regiones de Michoacán, la Ciudad de México, Tabasco e incluso en Estados Unidos. Nuestra Navidad era una verdadera tradición mexicana, cuenta José Hernández.

En la víspera Salvador Hernández, el papá de José y su abuelo iban al mercado para comprar todo lo necesario para la cena, recuerda que llevaban maíz, tortillas,

pollo y carne de cerdo, así como todos los condimentos necesarios para el rico pozole que preparaba su abuela y los tamales que hacía su mamá.

Fue precisamente en una de estas reuniones navideñas, donde el abuelo de José le dejó otro mensaje, recuerda que se le acercó y le preguntó que si sabía por qué le habían puesto el nombre de “José”, muy emocionado y certero en su respuesta dijo: pues porque así te llamas tú; su abuelo dibujo una tenue sonrisa y le volvió a preguntar: ¿Y tú sabes quien fue José? Fue un carpintero humilde que crio al niño Dios junto a la Virgen María. Los que nos llamamos “José” somos carpinteros, podemos crear todo lo que queramos, y eso es lo que debes hacer con tu vida y tus sueños... Darles forma.

Pasadas las vacaciones de invierno, José y su familia tenían que regresar a Estados Unidos, a Stockton, a una comunidad cercana llamada Tracy, todo volvería a ser igual, su papá, Salvador volvería al campo, José y sus hermanos a la escuela y Julia, su mamá a atender las labores de su casa.

Pero este viaje en particular les traería grandes sorpresas; después de dos días de viaje, y ya en su destino, José, Gilberto, Chavita y Lety regresaron a la escuela, esta vez fue diferente, José se empezó a adaptar a sus compañeros, el inglés fluía con mayor facilidad, aunque se escapaban algunos modismos y mexicanismos que fueron disminuyendo hasta casi los 12 años, donde ya dominaba el idioma.

Sin embargo, los consejos de su abuelo retumbaban en su cabeza, fue cuando se dio cuenta de la importancia de la educación, si en realidad no querían regresar al campo, tenían que seguir yendo a la escuela; las matemáticas continuaban siendo sus aliadas, su refugio en los momentos difíciles, aunque no había muchos, pues todo parecía una rutina, ir a la escuela, regresar a casa, comer, estudiar, ver televisión, jugar, cenar y dormir.

Así pasó otro año, el verano se aproximaba y tenían que regresar a ayudarle a su papá, el enigma era qué cosecha seguiría; el último día de clases en la primaria Filmore Elementary School era una fiesta para todos los alumnos, un caos, todos estaban esperando el sonido de la campana para salir despavoridos y disfrutar cada segundo de las vacaciones, pero para José, era como cualquier otro.

Ese último día de clases, José guardó lentamente sus libros y cuadernos en la mochila, intentando alargar la despedida; en *El Cosechador de Estrellas*, José recuerda que fue en ese momento que su maestra, la señorita Marlisse Young, una joven de ascendencia china, quien había notado su capacidad para las matemáticas, se acercó y tuvo una conversación que lo marcó.

–¿No deberías estar emocionado como todos los demás de que terminó la escuela? –me preguntó mientras se me acercaba.

–Supongo –le contesté mientras terminaba de guardar el resto de mis cosas en mi mochila.

–Vas a estar trabajando este verano, ¿cierto?

–Sí.

–Bueno, no olvides que la escuela es tu principal prioridad. Diviértete este verano también...

–... José, sólo quiero que sepas que eres un niño muy inteligente... Nunca dejes la escuela para trabajar en los campos. Tienes el potencial para ser alguien importante un día.

Una fuerte sensación de orgullo se apoderó de mí, rebasando la humildad que me habían inculcado mis padres.

Tal como estaba anunciado, José, sus hermanos y su padre regresaron al campo, esta vez tocó cosechar fresa, un trabajo pesado para los jornaleros y más aún para los niños, José recuerda que tuvo que enfrentar la tiranía de los capataces, gente que abusaba de su poder y que muchas veces eran paisanos, inmigrantes que como José y su familia habían llegado a Estados Unidos en busca de un mejor futuro y que gracias a su empeño habían pasado de ser jornaleros a

supervisores, olvidándose de sus raíces, enfermándose de poder y por lo tanto denigrando la integridad de otros mexicanos.



José arriba de un tractor en los campos de Stockton California.
Archivo fotográfico de José Hernández 2012.

Fue en este momento que José entendió su condición, pudo percibir la dualidad del ser humano y entender que existe la discriminación, José dice que el chiste es tratar de controlar los sentimientos y no dejar que afecte, aun siendo pequeño entendí que a pesar de haber nacido en Estados Unidos, yo era un extranjero.

José sigue con su relato precisa que: Lo más difícil fue darme cuenta que nuestra propia gente es la que fomenta la discriminación, en el campo a veces no te quieren dar el trabajo, se ponen sus moños, eligen a los jornaleros al azar, a ti sí, o a ti no y cuando no te elegían se sentía feo, era una impotencia muy fuerte.

Para que no le afectaran estas situaciones, José procuraba poner en práctica uno de tantos consejos que le había dado mi mamá: Una vez, cuando le platiqué que en el colegio me habían llamado “come tacos” ella, en lugar de ir a reclamar o pelear con la mamá del otro niño, me dijo: José, lo único que debes hacer es matar a tus enemigos, pero ella no se refería a asesinarlos o herirlos físicamente, sino matarlos con amor, el chiste es no tratar de pelear con ellos, sino de enseñarles lo bueno que eres para así ganártelos.

A pesar de su circunstancia, José estaba feliz, pues no conocía otra forma de vivir, no sabía lo que pasaba al interior de otras familias con más privilegios que la suya y así lo describe en su libro *El Cosechador de Estrellas*:

Nosotros pensábamos, bueno, así somos todos, así se vive y así es la vida, nunca dijimos, ay, pobres de nosotros, como sufrimos, no, nosotros con muchas ganas le dábamos, yo no estaba inconforme con la vida, era feliz, pero quería más.

Y aunque muchos podrían pensar que los padres de José estaban incurriendo en un delito al poner a trabajar a sus hijos, lo cierto era que según las leyes de Estados Unidos, ellos podían ayudar a sus padres en el campo, siempre y cuando estuvieran inscritos en una escuela y fueran alumnos regulares, pues se supone que los niños deben estar en la escuela hasta los 17 años.

Gracias a la preocupación de Salvador y Julia Hernández por brindar una mejor educación a sus hijos, podían meter a trabajar sin ningún tipo de problema legal a José y sus hermanos en el campo los fines de semana o en vacaciones, siempre y cuando no fuera un trabajo peligroso.

Así transcurrió todo el verano, los campos de Stockton fueron testigos del empeño de José, las risas y juegos con sus hermanos y el esfuerzo de su padre, Salvador, para fomentar el trabajo, el esfuerzo, dedicación, empeño, trabajo en equipo, pero sobre todo la unión familiar.



José y sus hermanos frente al Mercury Monterrey 1965.
 Archivo fotográfico de José Hernández 2012.

Había llegado el mes de septiembre, el verano se había terminado y José tenía que regresar a la *Filmore Elementary School* para cursar el segundo grado, a diferencia de sus compañeros, a José le urgía regresar a la escuela, pues significaba el fin del trabajo diario en el campo, el primer día de clases, fue el primero en llegar, la señorita Young sería de nueva cuenta su profesora, de acuerdo al relato en *El Cosechador de Estrellas*, coincidieron en la entrada y caminaron juntos hacia el salón.

- Veo que has vuelto José, cumpliste la promesa –me dijo la joven maestra.
- Sí, aquí estoy.
- ¿Y cómo te fue en las vacaciones?
- Bien gracias. Trabajé en el campo y gané un dinerito que le di a mi mamá y otro tanto que estoy ahorrando.
- Qué bien, ¿y jugaste mucho?
- Sí...

Y así pasaron las semanas y los meses, hasta que llegó el momento de regresar a La Piedad, Michoacán, a visitar a los abuelos, los primos, tíos, pasar la navidad, recibir consejos del abuelo y pedir tarea para tres meses de ausencia escolar; José recuerda que como de costumbre, mi papá nos dijo que pidiéramos los ejercicios, como la señorita Young ya había sido maestra de mis otros hermanos, pues ya se sabía la rutina, me acerqué a la profesora y le dije: maestra nos vamos a México, ¿me puede dar los tres meses de trabajo?, ¿me los prepara por favor? Entonces ella hizo una cara de fastidio y me dijo: sabes qué José, diles a tus papás que hoy voy a ir a verlos.

José describe que salió corriendo hacia su casa para avisar lo que había pasado, esperó a que su papá llegara de trabajar para soltar la noticia, todos estaban sentados en el comedor, antes de que alguien preguntara José agarró y dijo: Hablé con mi maestra y ella dijo que iba a venir hoy en la noche para hablar con ustedes.

Salvador, su padre, desconcertado se levantó, sacándose el cinturón y con voz determinante preguntó: ¿qué hiciste muchacho? José, confiado y sin nada que temer explicó que no pasaba nada, que no había nada de qué preocuparse, pero adelantó que tenía la sospecha de que se trataba de algo relacionado con el viaje, pues la señorita Young no había querido darle la tarea para los tres meses que iba a permanecer en México.

Un poco más tranquilo, pero aún con la incertidumbre, su padre lanzó una advertencia: Más te vale eh, porque si no te va a ir peor; pero su mamá, Julia, tuvo otra reacción, en cuanto supo que la profesora iría a visitarlos, como típica mujer mexicana dijo, hay que limpiar la casa, hay que hacer de cenar, hay que hacer tortillas, recibir a la maestra, que tenga una buena impresión de la familia Hernández.

Todo estaba listo, la profesora llegó puntual a las siete de la noche, cenaron, había frijoles refritos, tortillas recién hechas, arroz, mole con pollo y agua de horchata, después la señorita Young intentó darles un mensaje en su pobre español, como era de esperarse, nadie entendió nada, lo intentó en inglés, pero menos, así que José terminó siendo el traductor en esa conversación descrita en su libro.

- Dice la maestra que es importante que dejemos de ir y venir de un lado a otro.
- Dice mi papá que es necesario, porque no podemos vivir durante el invierno en Estados Unidos, ya que las cosechas se acaban.
- Dice la maestra que tenemos que hacer un sacrificio por el bien mío y de mis hermanos, porque el estudio es importante.
- Dice mi papá que va a pensar si encuentra otra forma de ganar dinero, ya que él desea lo mismo.
- Dice la maestra que es importante que lo consiga, porque podemos tener un buen futuro si dejamos de perder tantas clases.
- Dice mi papá que tiene usted razón, que lo va a tomar muy en cuenta y buscará trabajo para los inviernos.
- Dice la maestra que eso sería lo mejor.

El mensaje era claro, deberían pensar en el futuro de sus hijos, después de todo la señorita Young había estado presente a lo largo de la vida académica de los cuatro y se había dado cuenta de la capacidad de cada uno, que eran unos muchachos muy inteligentes y sabía que con una buena orientación podrían llegar muy lejos.

Fue ahí que Salvador Hernández, padre de José, entendió que: Les estaba haciendo daño a mis muchachos, ella fue y dijo que nos asentáramos, yo le agarré la palabra y tomé muy en serio su consejo, a partir de ahí, todo cambió porque ya se dedicaron más al estudio, eso es algo que le agradezco a la maestra Young.

Sin embargo, Julia, su mamá, lo tomó a mal, Julia Moreno relata que pensó que se trataba de un regaño, ella cuestionaba que si sus hijos eran tan inteligentes como decía la maestra, no veía el inconveniente de ausentarse por tres meses de la escuela, al fin y al cabo tenían tarea para ponerse al corriente.

Julia Moreno soñaba con tener en su familia un médico, un ingeniero y un arquitecto, fue ahí que se dio cuenta que estaba dificultando esa posibilidad al truncar el proceso educativo viajando a México, eso le abrió los ojos y el panorama que permitiría que sus hijos se convirtieran en profesionistas.

Cuando la maestra partió, se acercó a José, lo vio a los ojos y le dijo que admiraba la unión familiar que percibía a pesar de su condición humilde y que ahora entendía por qué era un niño tan bueno, noble e inteligente.

José se despidió y le pidió que regresara pronto para cenar como aquél día, la carcajada de todo el mundo sonó al unísono, rompiendo con él el momento de meditación sobre lo conversado.

En su libro, José revela que el mensaje transmitido por la señorita Young fue un parte aguas en la vida, no sólo de él, también en la de sus otros hermanos y de sus padres, quienes tuvieron que dejar de lado su profundo arraigo por su tierra y sus raíces para abrir paso al extraordinario panorama que tendrían sus hijos si se quedaban a estudiar en Estados Unidos.

Fue algo muy potente, un mensaje muy fuerte que creo que les llegó al corazón a mis papás, ese año todavía fuimos a México, pero ya los siguientes años, en lugar de ir por tres meses, empezamos a acortar la estancia en La Piedad, íbamos por tres semanas, únicamente para las fiestas y la navidad, ya de más grandes, hubo ocasiones en que ya no íbamos a México.

Todo sacrificio tiene su recompensa, pero la familia Hernández lejos estaba de imaginar que para realizar sus sueños, tenían que pasar por momentos aún más difíciles.

Durante el invierno, cuando las cosechas escaseaban y la mayoría de los jornaleros regresaban a México, los Hernández subsistían del poco dinero que ahorraban durante la temporada de cosechas, la presión para Salvador, su padre, era bastante, tenía que dar de comer a cuatro bocas y batallaba para encontrar trabajo, lo único en lo que se podía emplear era cortando pasto y arreglando jardines.

Cuando la desesperanza invadía al padre de José, su mamá siempre tenía una palabra de consuelo, se encomendaba a los santos y confiaba en que Dios no los abandonaría, el sacrificio por sus hijos valía la pena, ese esfuerzo lo reconoce José Hernández de la siguiente manera:

 Mi padre hizo todo lo que estaba a su alcance para encontrar una solución a nuestros problemas económicos. Salía de casa cada mañana y se las arreglaba para encontrar trabajitos que no producían mucha paga. Pero, a pesar de nuestro estrés económico, siempre hubo comida en nuestra mesa y mucho amor en casa.

Fue en este momento que José enfrentó una situación de discriminación más, relata que durante la temporada invernal salía a jugar con los demás niños del vecindario, a esa edad, los niños suelen ser muy crueles, hacían comentarios sobre la ropa desgastada que usaban él y sus hermanos, las camisas viejas, pantalones de *brinca-charcos*, calcetines remendados y los tenis raspados.

En su libro, José recuerda que eran frecuentes las frases como “Pepe, tus zapatos están rotos, de ahí, ¿vez?, ah, no, no me había dado cuenta”; de inmediato tenía una respuesta que me sacaba del apuro, “mi mamá me compró unos nuevos ayer,

pero son para la escuela”, de inmediato las preguntas cesaban y continuaba pateando el balón.

José entendía que a veces era mejor guardar silencio, pero con tan peculiares comentarios, a veces era bastante difícil, sobre todo cuando se es niño; fue ahí cuando entendió una situación, podía no tener cosas materiales, pero tenía algo mejor, la riqueza que daba una familia unida como la de él.

Greg, era mi vecino, siempre se burlaba de mí y hacía comentarios acerca de mi ropa, presumía lo que su mamá le había comprado o dónde lo había llevado, Greg vivía sólo con su mamá, quien tenía que trabajar como secretaria para poder subsistir, aparentemente tenía una situación financiera desahogada, no necesitaba nada, pero en realidad carecía del cariño de un padre y tenía que pasar la mayor parte del tiempo solo, su única hermana se había ido de casa.

Él se esforzaba por mostrarme su mundo feliz, pero eran evidentes sus carencias, cuando me di cuenta de la realidad, hice lo que nunca había hecho, abracé tan fuerte a mi mamá, le di un beso en la mejilla y corrí a mi recámara a hacer la tarea. Desafortunadamente, Greg nunca pudo hacer amigos verdaderos y más tarde a los 16, murió de leucemia.

Como todo padre, Salvador estaba preocupado y recuerda que también le dolía saber que, a pesar de su esfuerzo, no podía darles las cosas materiales que en ocasiones anhelaban sus hijos, y que incluso llegó a dudar de la decisión de permanecer en Estados Unidos.

En *El Cosechador de Estrellas*, José narra que un día, después del trabajo, su padre invitó a unos amigos a tomar unas cervezas al patio de su casa, uno de ellos, también inmigrante de La Piedad, sacó el tema del trabajo y la educación de los hijos, la mayoría estaba de acuerdo que era un desperdicio tener cuatro muchachos en la escuela y no trabajando.

Otro de ellos presumió que había cobrado ocho cheques, dijo que tanto su esposa como sus hijos también trabajaban en el campo, apuntó que el futuro de los inmigrantes estaba en la tierra y no en la escuela, todos le empezaron a reclamar al padre de José y le hicieron notar la cantidad de dólares que estaba perdiendo al no poner a trabajar a su familia.

Por si fuera poco le recriminaron que desde que había decidido pasar los inviernos en Stockton su situación económica había salido perjudicada, la construcción de la casa de La piedad estaba inconclusa y que nada bueno obtendría.

Salvador, sólo tenía dos cheques en su bolsa, dudoso y dibujando una sonrisa nerviosa cambió de tema, en su interior sabía que sus convicciones eran más fuertes y que la buena educación de sus hijos algún día rendiría frutos, nada de lo que le pudieran decir cambiaría su manera de pensar.

Así pasaron los meses, regresó la primavera y con ella la abundancia de trabajo para los campesinos que se traducían en dinero para la familia Hernández, pero también ocurrió uno de los acontecimientos que marcaron la historia de la humanidad: La llegada del hombre a la luna.

Surge un sueño: ser astronauta

Más allá de la Guerra de Vietnam, de los conflictos internos en Estados Unidos y de los movimientos juveniles que se desataron alrededor del mundo, 1969 fue un año importante para la humanidad y dejó una fuerte impresión que hasta el día de hoy se sigue especulando al respecto.

La mañana del 20 de julio del 69, todo el mundo se paralizó, los privilegiados que contaban con un televisor, no se despegaron de él, ni siquiera parpadeaban, nadie se quería perder ese acontecimiento, la humanidad había logrado hacer lo

impensable, algo que parecía ser parte de la ciencia ficción... El hombre estaba a punto de pisar la Luna, los sueños de cualquier ser humano en la Tierra, incluso los del famoso escritor francés, Julio Verne, se estaban realizando.

En 1863, el autor galo, publicó el primero de sus 60 *Viajes Extraordinarios: Cinco semanas en globo*, le seguiría *Viaje al centro de la Tierra* y para 1865 publica la historia de un viaje a la Luna en dos partes: *De la Tierra a la Luna* y *Alrededor de la Luna*, historia que se cumpliría ciento cinco años después cuando el 21 de diciembre de 1968 se realizó el primer verdadero viaje a la Luna.

En el Apolo 8 viajaban tres astronautas, el Comandante de la Misión, Frank Borman, el Piloto del Módulo de Mando, Jim Lovell y el Piloto del Módulo lunar, Bill Anders; Estados Unidos era el gran productor de tal hazaña, despegó desde el Estado de Florida, aunque no tocaron la superficie lunar, se convirtieron en los primeros seres humanos en ver la cara oculta del astro.

La tripulación tardó tres días en llegar a la Luna, la orbitaron 10 veces durante 20 horas, en ese lapso se realizó una transmisión de televisión en vivo justo en Nochebuena, los astronautas leyeron los 10 primeros versos del Génesis de La Biblia, el tiempo estaba planeado para que la lectura coincidiera con una vista completa del planeta flotando en medio del universo.

En ese entonces, la transmisión se convirtió en el programa de televisión más visto de la historia y preparó el camino para que el Apolo 11 cumpliera el objetivo que había marcado John F. Kennedy antes de ser asesinado, llevar al ser humano a la Luna antes de culminar la década de los 60.

Después de tal acontecimiento, no había nadie que no hablara de esta noticia; un año después durante ese día de verano del 69, ningún ser humano se perdió por nada la transmisión de tal suceso, por supuesto, la familia de José Hernández no era la excepción.

Walter Cronkite narró para la audiencia de Estados Unidos los históricos momentos, mientras que en México, el periodista Jacobo Zabludovsky con perceptible voz emocionada precisó que justo a las ocho de la noche con cincuenta y seis minutos de aquel 20 de julio de 1969, el astronauta Neil Armstrong había pisado la superficie lunar y citó la frase que pasó a la posteridad, *Un pequeño paso para el hombre... Un gran salto para la humanidad.*

José Hernández revela que en realidad, la llegada de Neil Armstrong a la Luna es un recuerdo casi imperceptible para él, ocurrió durante las vacaciones de verano cuando las cosechas están en pleno apogeo y él y sus hermanos tenían que trabajar.

El suceso que verdaderamente quedó registrado en la memoria de José fue el viaje del Apolo 17; habían pasado tres años de la llegada del hombre a la Luna y él tenía nueve de edad, era la última misión del transbordador, su lanzamiento fue el 7 de diciembre de 1972, coincidentemente también fue su última expedición a la Luna; aunque precisando este dato, en su libro se narra lo sucedido el 20 de julio de 1969.

Ese día todos nos reunimos frente a la televisión vieja que teníamos, blanco y negro, de esas a las que se le tenía que pegar para que agarrara la señal, a mí me tocaba detener la antena de conejo para que se viera bien la imagen, queríamos ser testigos de tal acontecimiento, no me despegué del monitor ni un sólo segundo, estaba ante imágenes sorprendentes que me recordaban mi serie favorita “Star Trek” pero aquí todo era real.

¿A quién se le habría ocurrido mandar hombres al espacio?, ¿cómo lo lograron?, eran las preguntas que saltaban a la mente de José, en *El Cosechador de Estrellas*, describe que aún recuerda la frase inmortalizada por Neil Armstrong al llegar a la Luna: “Houston, aquí Base Tranquilidad, el Águila ha alunizado”.

José narra que aún seguían transmitiendo imágenes en vivo desde el satélite y José salía corriendo a ver el astro que iluminaba la noche y regresar al televisor, le maravillaba saber que allá arriba estaba un hombre pisando la Luna y que él lo estuviera observando desde esa caja transmisora, era algo que le fascinó, de repente, un sobresalto lo hizo caer en cuenta, se acercó aún más a la televisión y como un chispazo, por fin sabía cuál era su destino, no sabía qué se necesitaba para ser astronauta, pero era lo que quería hacer.

Algunas veces hasta vacilo con mis hermanos porque les digo, ya ven, como a mí me tocaba ajustar la televisión y detener la antena para que no se fuera la señal, pues a mí me tocó ser astronauta, porque la señal entró por osmosis y me programó para ser, ustedes hubieran ajustado la tele y les hubiera tocado.

La situación económica de los Hernández se tornaba crítica durante el invierno, el trabajo era poco y la renta de la casa donde vivían casi era incosteable, debido a esto, los padres de José decidieron alquilar otra vivienda en uno de los barrios más pobres de Stockton, era una casa de madera, pequeña, junto a otras dos, estaban apretadas, construidas en un terreno que en condiciones normales sólo podría caber una.

Siendo niños, no dimensionaban los motivos por los que se cambiaban de hogar, así que sin penarlo, Lety, al ver su nuevo hogar sólo preguntó: *¿Aquí es donde vamos a vivir?* Y le siguió Gil: *Estaba mejor la otra casa*; Chava, el mayor pidió que se callaran y consolando a su padre le dijo: *No es cierto papá, vamos a estar bien*, aunque todos sabían que no tenían de otra más que enfrentar su condición.

Su padre, Salvador, tenía que hacer valer su nombre y enfrentar la situación, confiesa que tanto él como su esposa llegaron a sentir miedo de permanecer durante el invierno en Estados Unidos, sobre todo cuando escaseaba el dinero y no había ni donde trabajar, José recuerda que varios años se quedaron sin cena de Navidad.

Incluso, Salvador Hernández, padre de José, cuenta que en una ocasión tuvo que pedirle a su abuelo que le enviara dinero desde La Piedad, Michoacán; resulta que durante una de las jornadas de trabajo le empezó a doler una muela a tal grado que fue a dar con el dentista, entre sus honorarios y el medicamento, no quedó nada de su sueldo, no tenía a quien recurrir, sus amigos, todos se habían ido a pasar las fiestas a México, con un poco de pena y sabiendo que ese pequeño descalabro representaba para él un fracaso, decidió hablarle a su padre y pedirle un poco de dinero en lo que se curaba y regresaba a trabajar.

Pero la situación se volvió aún más crítica cuando el dueño del conjunto de modestas casas en la que vivían recibió una notificación del gobierno para demoler las viejas construcciones y levantar otras nuevas, con mejor distribución y acabados.

José y su padre se trasladan a esa época y recuerdan que la casa donde vivían fue la última en ser demolida, el casero había decidido tirarla al final para que se pudieran cambiar de inmediato a una de las nuevas, más amplia y con mejor distribución, era una especie de premio porque su padre siempre pagaba puntual la renta y eran buenos inquilinos, años más tarde el padre de José pudo comprar esa casa, gracias a que llegaron a un buen arreglo, el dueño accedió a vendérselas a crédito.

El síndrome de “La abeja”, esfuerzo y dedicación

Trabajo, estudio y perseverancia: los valores que impulsaron el sueño

Para ese tiempo, José ya contaba con 12 años y era momento de continuar con sus estudios, si realmente quería alcanzar su sueño, tenía que seguir estudiando, así se inscribió en la secundaria, en la *Fremont Middle School*; era una escuela dentro del condado de Stockton, estaba cerca de su casa y la mayoría de los estudiantes eran de bajos recursos.

José sabía que para lograr su meta tenía que dirigir su proceso educativo hacia áreas que le permitirían estudiar alguna carrera que, literal, lo catapultara a las estrellas, como una ingeniería, de esta manera, José eligió materias relacionadas con números y ciencias, pues además fueron materias que siempre entendió, sin embargo, su sueño seguía oculto para el resto de la sociedad, sólo lo conocían sus padres, sus hermanos y por supuesto él.

Fue en este tiempo que José formó un grupo de amigos integrado por Carlos, su hermano Alberto y Sergio compañeros de escuela y de su vecindario, José recuerda que eran inseparables, casi como hermanos, con ellos tiene algunos recuerdos de su adolescencia, esa edad, donde buscas una identidad y un grupo donde encajar, en su libro José describe que no fue fácil porque aunque era descendiente de mexicanos, su nacionalidad era estadounidense, pero tampoco cumplía con los parámetros con los que la sociedad etiqueta a un ciudadano norteamericano.

–¿Saben lo que es un “Pocho”? –preguntó Carlos mientras estábamos sentados en la escalera de la casa en la que vivíamos.

–Pues no muy bien. Respondió Sergio.

–“Pochos son los mexicanos que viven en Estados Unidos, como nosotros...”

–¿Y es malo ser “Pocho”? –le pregunté.

–No, pero si te das cuenta, no somos ni de aquí ni de tampoco de México; estamos solos, por eso tenemos que estar unidos, porque si no, nos friegan.

–¿Quiénes? –insistí.

–Pues todos, los mexicanos, los gringos. Cuando vamos a México dicen que ya nos agringamos y cuando estamos acá nos dicen “come tacos”. Está muy difícil, pero si estamos juntos, aunque no tengamos raíces, vamos a estar bien.

Esas palabras se quedaron grabadas en la mente de José y lo hicieron reflexionar sobre su condición, con tristeza se dio cuenta que esa frase que había salido de la boca de Carlos era cierta, “no teníamos raíces, ¿cuál era nuestra identidad?” Era un mexicano que hablaba inglés, pero un español a medias que inspiraba risa entre sus parientes de La Piedad; José sólo tenía una alternativa, estar junto a Carlos, Alberto y Sergio, pues después de todo, como decía Carlos: “estando juntos estarían bien”.

Sin embargo, estos jóvenes no terminarían siendo una buena influencia para José, un chico de familia, donde los valores, el trabajo y el estudio eran la base de su éxito, pero no ayudaba mucho vivir en una zona donde era común ver bandas de jóvenes pelear por su territorio, o peor aún enrolarse en la distribución y consumo de marihuana.

Para ese tiempo, José también había modificado su manera de ser y de vestir, empezó a usar pantalones holgados, camisetas sin mangas, camisas dos tallas más grandes y tenis o zapatos anchos y una banda o paliacate en la cabeza; José comenta que su objetivo era parecer uno de ellos para no ser molestado por parecer un *nerd* y así evitar problemas; en el barrio era un “pocho”, ocultaba su idioma natal y su cultura mexicana para evitar burlas.

De manera contrastante, José seguía siendo el mismo en su entorno, con su familia y hermanos, dedicado al estudio, responsable y aunque Carlos, uno de su grupo de amigos estudiaba con él, su manera de pensar era distinta.

La circunstancia de Carlos lo hacía no tener futuro en Estados Unidos, a menudo le comentaba que aunque escondieran sus raíces y su idioma, los gringos los seguirían viendo como mexicanos, decía que su color de piel se asociaba con ser sucio y pobre y que por consecuencia el único futuro que tenían era el campo o las fábricas, sin embargo José sabía que cada palabra que salía de la boca de Carlos, solo reflejaba el sufrimiento que sentía, causado por un hogar lleno de violencia, alcoholismo y desintegración.

Alberto era el líder del grupo, siempre estaba rodeado de chicas que admiraban su fuerza física, casi no iba a la escuela y cuando lo hacía sólo era para conseguir problemas o echar pleito con alguien más, ni sus padres ni los maestros lo podrían controlar, tenía negocios turbios, se dedicaba a distribuir marihuana; con las ganancias gustaba de comprar cosas caras y de moda como tenis y chamarras de piel.

Y Sergio, él era el compañero inseparable de Alberto, siempre estaba merodeando en el vecindario, buscando problemas con otras pandillas sin medir las consecuencias; todos en el barrio sabían la clase de “fichitas” que eran y a lo que se dedicaban, sin embargo nadie intervino para controlar la situación.

Lo único que José podía hacer era dar buen ejemplo y aconsejarlos, sin embargo, nunca hizo nada más para que se alejaran del mal camino que al final de cuentas eligieron, pero, qué podía hacer.

Uno sigue siendo amigo de ellos, pues a final de cuentas uno crece con ellos, ya de adolescentes ellos empezaron a tener otros intereses, se empezaron a distanciar un poco y para cuando uno se da cuenta, ya están dentro de unas ondas muy pesadas, ondas que dije, no me convienen a mí y fue cuando decidí retirarme aún más; con el tiempo uno va escuchando los resultados de sus malas decisiones, los tres ya están muertos.

Para Alberto no hubo futuro, las drogas lo fueron acabando, llevándolo día a día a la muerte; su cuerpo fue hallado en su departamento, la autopsia reveló que una sobredosis de cocaína había terminado con su vida.

Sergio tuvo un final similar, conocidos del vecindario lo encontraron en el parque colgado de un árbol, muchos rumores corrieron sobre su muerte, algunos decían que se había suicidado, mientras otros comentaban que se trataba de un homicidio, lo cierto es que nunca se esclareció su deceso.

Creo que gracias a la unión de mi familia no me involucré más en sus ondas porque ellos venían de familias disfuncionales, sus padres no les ponían atención, tomaban mucho, nunca estaban en casa, situaciones que jamás hacían mis padres.

No había día que no se supiera de algún asalto, peleas entre pandillas y a veces hasta con un homicidio, algunos de estos delitos eran cometidos por los amigos de José, sin embargo, él logró mantenerse al margen; lo que lo mantuvo alejado de todo eso fueron las expectativas de sus padres quienes querían que sus hijos fueran a la Universidad y se convirtieran en profesionistas; José recuerda con orgullo el consejo que le dieron sus padres para lograr sus metas:

Una firme creencia, estudio, trabajo arduo, perseverancia y tener una meta clara, forman la receta del éxito, mis padres creyeron en mí, con su receta prácticamente me dieron la licencia para soñar, creo que si ellos hubieran tenido la fortuna de estudiar, hubieran llegado a ser unos excelentes psicólogos, pues fueron estupendos motivadores; mi mamá en cierto sentido me había programado, siempre me dijo que la universidad era una expectativa, no una esperanza.

Personas que influyeron en José Hernández para no desistir de su sueño

Junto con sus padres, José tuvo otras personas que lo alentaron a perseguir su sueño y que de cierta manera reforzaron la perspectiva de su mamá.

El primero fue el profesor Dave Ellis de matemáticas, quien al darse cuenta de sus habilidades, de inmediato lo promovió para asistir a clases de álgebra y geometría avanzadas, clases que tomaba junto a otros seis estudiantes que tenían afinidad por los números, casi a final de la secundaria, el profesor Ellis, además, abrió un curso de cálculo donde les dio una introducción a las matemáticas avanzadas que cursarían en la preparatoria.

La profesora Sylvia Bello impartía la clase de español, también en *Fremont*, era una mujer delgada, de ojos café y cabello castaño, también era inmigrante, nació en Puerto Rico y compartía la idea de salir adelante por medio de la educación.

“La señora Bello fue la primera en enseñarme que saber dos lenguas era una ventaja, no una desventaja”, también le enseñó a aceptar su cultura mexicana y reforzó las creencias de sus padres, quienes decían que en la vida no hay atajos, sólo el trabajo duro es la clave del éxito.

Terminados sus estudios elementales, José inició su educación preparatoria en la *Franklin Senior High School* ubicada al este de Stockton, era una de las escuelas más conflictivas de la zona por su diversidad de razas entre sus estudiantes, había caucásicos, latinos y afroamericanos.

Lo único que lo motivaba para asistir al *High School* era que sus hermanos, Leticia y Gilberto también estudiaban ahí, ellos le proporcionaba cierto tipo de protección contra los más grandes, quienes disfrutaban molestar a los de nuevo ingreso.

Por si fuera poco, José se llevó una gran sorpresa al enterarse que sus profesores Sylvia Bello y Dave Ellis habían sido transferidos a *Franklin*, ya no estaba tan solo.

Como era de esperarse, seguía disfrutando de la clase de matemáticas, las bases del profesor Ellis habían sido de gran utilidad para entender los ejercicios y problemas avanzados.

Además, ese primer año resultó crucial, José encontró su identidad y el sentido de pertenencia que tanto buscaba, las clases de historia del profesor México-americano, Salvador Zendejas y sus libros lo hicieron conectar con sus raíces.

Gracias a las dinámicas clases del profesor Zendejas, José se interesó más sobre los Aztecas; los Mayas, su gran avance científico, el uso del cero y su interés astronómico; La Conquista, supo quién había sido Miguel Hidalgo, sobre la Revolución; además José descubrió litografías sobre los murales de José Clemente Orozco, donde se reflejan las grandes batallas que narraban los libros.

Después de leer sobre el pasado de aquel México que visitaba cada año, José cuenta que ya no le avergonzaba comer tacos durante el descanso y mucho menos hablar español en público.

Estaba orgulloso de ser un mexico-americano, latino, chicano, bato o como sea que la sociedad quisiera etiquetarme. Todo lo que sabía era que tenía la oportunidad única de vivir en un ambiente de dos culturas y que estaba determinado a utilizar las mejores partes de cada una para mi beneficio.

Discriminación

Cuando José tenía 16 años y cursaba el penúltimo año de secundaria, se organizaron elecciones para el nuevo presidente del comité estudiantil, una gran

responsabilidad, pues quien fuera electo tendría que dar la cara en nombre de todos los alumnos para tomar decisiones importantes.

Por la mente de José nunca pasó postularse, sin embargo, cuando se hizo el anuncio oficial, uno de sus compañeros le preguntó por qué no llenaba las solicitudes, a partir de ese momento y durante todo el día, ese cuestionamiento giró su mente, pero sería posible que ganara las elecciones, un latino nunca había ocupado ese lugar.

Al otro día, José se acercó a uno de sus profesores favoritos, Mr. Ellis, a quien le confesó que se postularía para la presidencia escolar, de inmediato le ayudó a llenar los formularios, juntos los llevaron a la dirección y lo alentó a preparar lo antes posible su propuesta de campaña, sólo quedaba un mes. “Siempre supe que quería ser un líder y ésta era la oportunidad ideal para probarme a mí mismo”.

José sabía que no iba a ser fácil, sobre todo por los constantes enfrentamientos raciales dentro de la escuela, por un momento dudó y tuvo miedo, sin embargo arrancó su campaña “Nosotros vamos a trabajar para que las condiciones de la escuela sean mejores para todos!” “¡Éstas son nuestras propuestas, voten por José Hernández para presidente del cuerpo estudiantil!” “¡Voten por un cambio!”

Pronto, la popularidad de José creció, los demás candidatos se dieron cuenta que sería un rival difícil de vencer, en *El Cosechador de Estrellas* cuenta que de manera misteriosa los posters de su campaña comenzaron a desaparecer, pero esto no le afectó pues de inmediato, su equipo de campaña colocaba nuevos en su lugar.

Un día pude escuchar una conversación, el tema eran las elecciones, pensaban que un “frijolero” no debía ser elegido como presidente... Cuando volteé, noté que los comentarios venían de varios compañeros de clase que yo consideraba mis amigos y que apoyaban mi campaña.

Aunque aparentaba que no le afectaban sus comentarios, las crueles palabras que salían de la boca de sus compañeros le dolían, sin embargo, fue en ese momento que recordó el consejo de su mamá quien decía que cuando se cruzaran con personas a las que no les agradaran, deberían “matarlas con amor” para que al final se dieran cuenta de que eran grandes seres humanos.

Justo cuando estaba a punto de desistir, sucedió lo impensable, se apareció la profesora Bello, esa plática fue determinante para José, de acuerdo con su libro, esto fue el consejo que le dio.

- ¿Te sientes bien? –me preguntó la señora Bello al verme caminando por el pasillo.
- Si maestra, ¿por qué?
- Te veo un poco descompuesto y hasta serio; tú no eres así. Es por la elección, ¿verdad? Parece que algo te está molestando, ¿es la campaña?
- ¿Por qué son tan crueles? –le dije.
- ¿Quiénes? ¿Los gringuitos?
- Sí, no les hice nada...
- José, mírame. Si fueras otro, te diría que si esto te afecta, renuncies; pero se trata de ti, quieres ser astronauta, ¿no es verdad?
- Sí.
- ¿Y crees que va a ser fácil que lo logres?..
- No m’hijo, el camino va a ser bien complicado y lo que menos necesitas es aprender a renunciar. No hagas caso de lo que te dicen y te hacen; el color de tu piel no tiene nada que ver con tu personalidad ni con tu inteligencia, así que mucho ánimo y sigue luchando que vas muy bien...

Durante unos segundos José se quedó inmóvil no supo qué contestar, las palabras de la profesora Bello le habían tocado las más profundas fibras y sobre todo el orgullo, de repente todo tuvo sentido, ellos sentían miedo porque un latino iba repuntando en las preferencias, sabían que les podía ganar y por eso lo ofendían, pero ya era demasiado tarde: su despegue había comenzado.

Con determinación dio un cierre espectacular en la campaña, mientras más decidido estaba, más votos conseguía; el día previo a las votaciones corrió el rumor que el puesto de presidente escolar se definiría entre Tiffany Smith, una alumna afroamericana y José.

Llegó el día decisivo, al final de la jornada, una a una, las papeletas fueron leídas delante de los alumnos de *Franklin*, los profesores y los encargados de vigilar la elección, los nervios estaban a flor de piel.

Por fin se dio el resultado ¡Ganaste, José!, gritó una de las integrantes de la campaña mientras el profesor Ellis se acercaba para abrazarlo y felicitarlo. Cuando logró asimilar la noticia, José se acercó a su opositora, le agradeció la competencia recordando lo que siempre le decía su padre “Es de hombres ser humilde”.

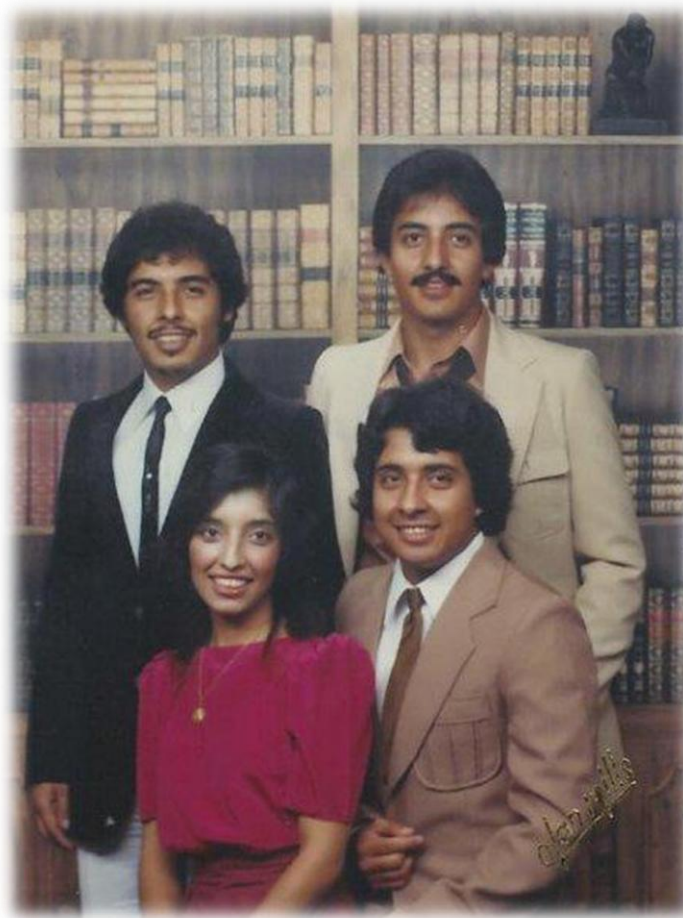
Corría el año de 1980, el último año de sus estudios en *Franklin* y el principio de las décadas más importante para José, era el momento de decidir qué y dónde estudiaría; para este tiempo, José cuenta que la preparación académica de sus hermanos era notoria, dejaron de trabajar en el campo y aunque tenían empleos ligados a las cosechas, ya no se ensuciaban de lodo ni pasaban largas jornadas bajo el sol, ahora laboraban en grandes empresas dedicadas al enlatado de conservas.

Por su parte, Salvador, su padre, había pasado de ser un jornalero a conductor de camiones que transportaban la materia prima hasta la fábrica; después de más de dos décadas de haber decidido radicar en Estados Unidos, por fin estaban viviendo el tan anhelado “sueño americano”.

Pero en José seguía presente el anhelo de convertirse en astronauta, era el momento de encaminar sus estudios y seguir hasta conseguirlo o definitivamente

aterrizar sus ideas y tomar otro camino, estaba seguro que lo que decidiera afectaría el resto de su vida.

En medio del dilema, un día surgió lo inesperado, por la radio daban una noticia: *Primer latino ingresa como candidato a astronauta a la NASA: El costarricense Franklin Chang-Díaz cumple su sueño.*



José y sus hermanos, Gil arriba y Lety y Salvador abajo.
Archivo fotográfico de José Hernández, 2012.

José escuchó con atención lo que el comentarista narraba, hablaba de la historia de vida de Chang-Díaz y su proceso para llegar a la NASA: nació en 1950 en San José, Costa Rica en el seno de una familia humilde, con sacrificios sus padres lo

enviaron a los 15 años a Estados Unidos para estudiar la Secundaria, sólo traía 50 dólares y no sabía ni una palabra en inglés.

Obtuvo una beca para estudiar Ingeniería Mecánica en la Universidad de Connecticut, para 1977 obtuvo el grado de Doctor en Ingeniería Nuclear por el Instituto Tecnológico de Massachusetts, años más tarde logró ingresar a las filas de la NASA y convertirse en el primer latinoamericano en integrarse al cuerpo de astronautas, al recordar la anécdota, José se emociona y cuenta que:

Cuando escuché que el Doctor Franklin Chang-Díaz fue seleccionado como el primer latinoamericano astronauta de la NASA, fue algo increíble porque yo estaba en el último año de la prepa y sabía que iba a ir a la universidad, y dije bueno su historia es muy similar a la mía, venía de una familia muy humilde, tenía la piel morena como yo, hablaba inglés con acento como yo y sin embargo lo pudo hacer, eso me dio fuerzas para decir, bueno, si él pudo por qué yo no, me dio envidia, envidia de la buena y dije, qué es lo que hizo él para llegar, empezó a estudiar y dije bueno deja estudiar.

Entonces, José empezó a estudiar su perfil y realizó un plan que lo llevara a alcanzar su meta; decidió estudiar Ingeniería Eléctrica, su segundo paso sería un postgrado para luego iniciar con el proceso de postulación para la NASA y quizás tendría la oportunidad de repetir la hazaña de Franklin Chang-Díaz.

El principal motivo por el que decidió estudiar una ingeniería fue porque la NASA pedía a todos los candidatos un título universitario, el cual sólo podía conseguir siendo ingeniero, pues en Estados Unidos no existe el grado de Licenciado, esa era la clave para tratar de ser seleccionado.

Ese último año en la preparatoria, José destacó en todas sus materias, en especial matemáticas y ciencias, asignaturas clave para poder estudiar una ingeniería; su siguiente paso era la Universidad, pero ¿cuál sería la mejor opción?

Durante algunas semanas se dedicó a estudiar las posibilidades, pero se topó con un inconveniente, la educación superior en Estados Unidos era bastante cara, estudiar en México no era una opción, el plan de estudios era diferente, además siendo ciudadano estadounidense tenía privilegios, como conseguir una beca.



Franklin Chang Díaz, primer astronauta latinoamericano
*Fotografía tomada de su perfil de Facebook: <http://www.facebook.com/FranklinChangDiaz>
Acceso el 20 de septiembre de 2012.*

Luego de identificar las universidades a las que podía ingresar, indagó cuales ofrecían becas, durante el proceso recurrió a la profesora Bellos, quien no se había olvidado del sueño de José por convertirse en astronauta, ella le ayudó con el papeleo; el profesor Zendejas, al enterarse de sus aspiraciones intervino y le ayudó a analizar las opciones para elegir la carrera que se apegaba más a su perfil académico y realizar los trámites de inscripción.

El siguiente paso era enviar las solicitudes y adjuntar un ensayo donde especificaba los motivos por los cuales quería ingresar a tal o cual Universidad, José relata: Yo apliqué a varias universidades y todas me aceptaron, pero decidí ir a la Universidad que está aquí en el mismo pueblo donde estábamos viviendo,

porque eso significaba que no tenía que pagar apartamento y comida y todo eso y podría vivir con mis papás y así se ahorra, esa fue la decisión por la que me quedé aquí en la Universidad del Pacífico en Stockton.

Además, la Universidad del Pacífico tenía un programa sólido de ingeniería y le ofrecía una gran beca auspiciada por el *Community Involvement Program*, encaminado a apoyar a los estudiantes del área que quisieran ingresar a esta institución y brindar ayuda financiera que podía cubrir hasta el 90 por ciento de la matrícula, por todo esto, *Pacific* fue la mejor opción; en *El Cosechador de Estrellas*, José recuerda el momento en que les dio la noticia a sus papás de haber sido aceptado en la Universidad:

- ¡Mamá!, me llegó la carta de aceptación, voy a ser ingeniero –dijo mientras ella lavaba los trastes en la cocina.
- ¿Qué?, ¡espera! –respondió sonriente mientras la abrazaba. El plato que enjuagaba se le cayó al piso, pero no le importó.
- ¡Salvador, nuestro hijo será universitario, ya nos lo aceptaron!

Al escuchar la noticia, Salvador Hernández, papá de José recuerda que salió de donde estaba, por fin había llegado la noticia que por más de 17 años esperaba, sintió como si su misión estuviera cumpliéndose, les había dado estudios universitarios a sus cuatro hijos y el más pequeño había sido aceptado en la Universidad del Pacífico; así recuerda el momento en su libro:

- M'hijo, ahora todo depende de ti, de las ganas que le echas, ya eres un hombre y tienes que luchar más, porque la vida comienza para ti. Yo siempre fui un campesino, pero tú no lo serás.
- Papá, eres más que un campesino, eres un gran ser humano, eres mi ejemplo y siempre serás el hombre más grande que he conocido –esas palabras terminaron de resquebrajar sus emociones y terminó por abrazarme.
- Tú sí que eres mi ejemplo –remató él.

La víspera de su primer día de clases José salió de su casa durante la noche, volteó al cielo y por unos minutos contempló las estrellas, a partir de ese momento, se convirtió en su ritual que lo haría volar al universo noche tras noche pero lo mantendría anclado a La Tierra, soñando despierto.

Recordó aquel primer día en la escuela primaria, cuando se enfrentó a un ambiente desconocido fuera del confort de su familia, era esa misma sensación de adrenalina, miedo y emoción que le recordaba su niñez.

Pronto llegó el día que por fin pisó la Universidad del Pacífico, aunque estaba a sólo 10 minutos de distancia, se despertó muy temprano, alistó sus cuadernos llenos de hojas blancas que le hicieron recordar que estaba iniciando desde cero, una nueva aventura.

José recuerda que como todo joven, la ilusión de ir presentable lo hizo cambiarse de ropa varias veces, no sabía si aquel día se encontraría con alguna muchacha guapa y había que dar una buena impresión, aunque su primera clase era a las nueve de la mañana, él ya estaba listo desde las siete; en su libro narra la conversación que tuvo esa mañana con su madre.

- Si ya estás guapo, m'hijo –me sorprendió mi mamá mientras hacía la minuciosa revisión.
- Ya, ya. Voy a desayunar –dije riendo.
- Te ves bien, de verdad, muy guapo. Ahora sí que vas a amarrar novia.
- Ay, mamá, pero que cosas dices, si ahorita no tengo ni para invitar un helado.
- Bueno, pero cuando seas ingeniero...
- Sí, sí –interrumpí la conversación. ¡Adiós, mamá!

José se subió a su carro Chevrolet Impala Super Sport 1964 y partió a la escuela, en ese momento le preocupaba más la situación financiera de su familia que conseguir novia, sabía que aunque estaba cerca de su casa y no tenía que pagar hospedaje, los gastos se iban a presentar.

Acostumbrado al trabajo, José decidió emplearse en un restaurante de comida mexicana como mesero, tenía que lidiar con los clientes que se creían con derecho de tratar mal a los empleados de tez morena como él, José relata que en varias ocasiones intentó renunciar, pero que era más fuerte su deseo de continuar con sus estudios que decidió ignorar los comentarios malintencionados, recuerda que había aprendido que no se puede abandonar las obras que se han comenzado y que en su caso, los cimientos estaban colocados.

Tenía que trabajar, porque tenía beca, pero no era beca completa, era beca parcial, entonces trabajaba durante el año escolar para solventar mis gastos de estudiante, después durante el verano para juntar el dinero y poder pagar las inscripciones y lo que faltaba de material, como libros y esas cosas, lo que no cubría la beca.

Además de trabajar en el restaurante, José cuenta que se inscribió al programa de empleo para estudiantes que ofrecía la universidad; por un momento dudó en continuar, sabía que para lograr su sueño requería de un gran esfuerzo, dedicación y estudio, pues para convertirse en astronauta, además requería de ser valiente y perseverante, “quería dejar mi propia huella, una en la que los demás pudieran encontrar inspiración”.

Ese primer día en Pacific, cansado de ir y venir por la escuela, José decidió sentarse en una banca, de pronto sintió una mirada, levantó la cara y se dio cuenta que se trataba de James, aquel niño que en la primaria un día lo llamó “come tacos”, había pasado el tiempo, José recuerda que intentó ser amable y le sonrió, pero él fingió no reconocerlo, sin embargo su mirada era de sorpresa, como si se preguntara ¿qué haces tú en la universidad?

De inmediato entendió que hay personas que nunca cambian ni modifican la manera de ver la vida, se levantó y se dirigió al baño para luego continuar con sus clases, en su libro describe que mientras se lavaba las manos y meditaba en lo sucedido, escuchó una voz:

- ¿Hey, cómo te va?
–Hola –respondí.
–Mi nombre es Ervin, ¿cuál es el tuyo? –me preguntó con cortesía.
–José, José Hernández –respondí.
–¿Eres de nuevo ingreso?
–Sí, dije contento.
–¡Como yo! Veamos el horario, José, a lo mejor vamos al mismo salón.
–Así es. Tenemos clase de física, vámonos.

La clase de Física era impartida por el profesor Andrés Rodríguez, un hombre de baja estatura, canoso, que por su acento era fácil deducir que era cubano, no habían pasado ni 10 minutos de clase cuando José se dio cuenta que los números y signos matemáticos estaban dejando de ser sus amigos, todo se estaba complicando, al término de la clase el profesor preguntó si alguien tenía alguna duda, nadie levantó la mano, el silencio había inundado el salón, por fin José se atrevió, algunos de sus compañeros lo voltearon a ver y se rieron.

El profesor lo miró fijamente y le preguntó su nombre, luego de obtener la respuesta, reveló que se trataba de una broma, una lección disfrazada; al escuchar tal declaración, se volvió a hacer el silencio, avergonzados, se tragaron sus burlas y José había quedado aliviado sabiendo que él y las matemáticas seguían manteniendo una estrecha relación.

Fue en ese tiempo que José conoció al doctor Smith durante el curso propedéutico de los recién ingresados al *Community Involvement Program*, el CIP, durante su periodo propedéutico, él era el director de este organismo universitario y fue quien lo alentó a preguntar todo lo que no entendiera, las veces que fuera necesario, además les recomendó sentarse en las primeras filas, entre otros tantos tips y consejos, a final de cuentas el trabajo del doctor Smith era vigilar que todos los estudiantes con beca del CIP tuvieran éxito en la Universidad del Pacífico.

Cumplidos los 18 años decidió conseguir trabajo en las mismas fábricas de enlatados donde en algún momento se emplearon sus hermanos y su padre, quedaba a algunas cuadras de su casa en Stockton, cubría el turno de las 10 de la noche a las 6 de la mañana, algo pesado durante el ciclo escolar pues al terminar la jornada, corría a su casa, se bañaba y se iba a clases, este empleo lo combinaba con el de mesero cuando se terminaba la temporada de cosechas y disminuía el trabajo en la fábrica, además José seguía cubriendo las labores del CIP donde también trabajaba.

Una labor titánica que no le dejaba tiempo para nada más que trabajar, ir a clases y hacer tarea, circunstancia que pronto pasó factura cuando la incertidumbre y la dificultad de las clases comenzaron a abrumarle, esta situación la describe a detalle en su libro cuando su profesor de Física lo encaró.

En realidad no podía más, mi mente y mi cuerpo estaban agotados y al parecer todo se reflejaba en mi semblante incluso el doctor Andrés Rodríguez lo notó.

–Te pasa algo, ¿cierto?

–No, no, todo está bien maestro.

–A ver muchacho, quita esa cara. Yo sé lo que tienes, pero no debes dudar de ti mismo...

–Voy a mejorar mi ánimo, no se preocupe profesor. Todo va a estar bien.

–¡Convéncete, tienes toda la capacidad para ser ingeniero... Eres muy inteligente... pero te he visto mucho tiempo con esa depresión, ya no bromeas, no sonríes y jamás sales a divertirte con tus compañeros. ¿Qué te pasa, que te hace dudar tanto?

Alterado, manoteando y hablando en voz alta, José no aguantó más y contestó:

–¡Es todo! Los compañeros me ven como bicho raro porque no vivo en el campus ni tengo un carro último modelo, o a lo mejor por ser moreno. Las materias son pesadísimas y encima tengo que trabajar. Ya no aguanto, y no sé si esto es para mí.

Firme y decidido a sacudir el pesimismo que invadía a José, el doctor Rodríguez lo reprendió, le dijo que no se subestimara, que a él como a los demás le habían pedido los mismos requisitos para ingresar a la universidad y que nadie le había hecho ningún favor, le remarcó que dejara de hacer caso a los desplantes de los demás alumnos y que no prestara importancia a lo que ellos pensarán, que lo único importante era lo que había en su interior y decretando sobre su futuro añadió: serás un gran ingeniero, piensa en tus sueños, en todas las personas que te quieren y creen en ti.

José cuenta que fue en ese momento que lo entendió todo, sabía que tenía que continuar, primero por sus padres, quienes tenían depositadas todas sus esperanzas en él, después por cumplir sus metas y objetivos, pero sobre todo para no defraudar a su niño interno y cumplir el sueño de convertirse en astronauta y alcanzar las estrellas.

El simple hecho de visualizar el semblante de su madre al decirle que dejaba la escuela lo hizo recapacitar, pero ¿qué podía hacer?, ¿quién lo podía ayudar? José recuerda que después de pensarlo se dio cuenta que debía aprovechar las herramientas que le proporcionaba el CIP: regularizaciones, clases personalizadas y toda la ayuda extra posible, pero sobre todo entendió que tanto trabajo sólo lo agobiaba y no le ayudaba a continuar adelante, José cuenta en entrevista que decidió dejar de trabajar y dedicarse únicamente a estudiar.

Aunque yo tenía buenas calificaciones en la prepa, cuando entré en la Universidad, me las estaba viendo bien duras, hasta llegué a dudar si la iba a hacer como ingeniero, pero como soy terco y tenaz, dije tengo que hacerlo, aunque estudie las 24 horas del día, lo tengo que hacer, porque mis amigos estudiaban media hora, uno hora y sacaban dieces, y yo estudiaba ocho, diez horas y sacaba sietes, pero poco a poco le fui agarrando más sabor al estudio, que finalmente empecé yo también a sacar dieces.

Precisamente, uno de los personajes que se convirtió en pieza clave para que José se esforzara más en el estudio fue Amin, un compañero de la universidad que con el tiempo se convirtió en uno de sus mejores amigos junto con Ervin, el venezolano de ascendencia rumana que conoció el primer día de clases.

José no conocía mucho sobre Amin, casi nunca hablaba de su vida, lo único que sabía era que era de ascendencia árabe y que por el Porche último modelo que manejaba, provenía de una familia adinerada, nunca intentó saber más hasta que un día al leer un artículo en la revista *Forbes* se enteró que su familia era una de las más ricas de Medio Oriente, las hojas centrales mostraban imágenes de las posesiones que conformaban su riqueza, a pesar de su posición económica y social, Amin siempre fue amable y sencillo, cuestión que ayudó al fortalecimiento de su amistad, misma que conserva hasta el día de hoy, incluso sus esposas e hijos también conviven cada vez que se reúnen.

Al ver la angustia de José, Amin se ofreció a apoyarlo, podrían estudiar juntos, propuesta que no aceptó de inmediato, pero que lo hizo recapacitar que nadie puede triunfar en la vida sin la ayuda de otros, era como si el universo entero conspirara a su favor poniéndoles en su camino a personas que lo ayudaran a impulsar su potencial y lo encarrilaran para que consiguiera su sueño.

Para José no fue difícil hacerse de amigos, aún en ese medio multicultural, era como si todas las etnias del mundo estuvieran reunidas en *Pacific*, su pequeño espacio dentro de California, ahí también conoció a Don, era de San José y su papá era profesor de la universidad, cuestión que lo hacía un estudiante de dieces preocupado por su desempeño, ya que sabía que su padre tenía la facilidad de conocer su historial de primera mano.

Los tres amigos de José tenían el futuro asegurado después de graduarse, José cuanta que, Amin, por ejemplo, tenía un puesto asegurado en una de las compañías de su padre; Ervin regresaría a Venezuela para hacerse cargo del

negocio familiar; IBM, la compañía que fabrica y comercializa hardware y software para computadoras le había ofrecido un puesto a Don, sin embargo, José no tenía nada, por lo menos, no en ese momento.

Era el invierno de 1980, sus compañeros se alistaban para volver a sus países para pasar la Navidad, sin embargo querían estar unas horas más como un verdadero clan, el plan era ir al cine, la película: *Supermán II*.

Después de mucho tiempo José se sintió aliviado, tranquilo, sin presión, después de todo, había superado ese primer semestre de Ingeniería; con el transcurso de los minutos, se fue adentrando en la historia, la música, las imágenes del espacio, lo llenaron de energía y aunque sabía que nunca iba a poder volar como Superman, estaba seguro que un día iba a experimentar esa sensación de cero gravedad.

Durante el periodo de las fiestas decembrinas ocurrió otro momento que lo llenó de fuerza; estando recostado en su cama, de pronto vio por la puerta del closet que estaba entreabierta, aquella nave espacial de la serie *Star Treck* llena de sueños y recuerdos, con nostalgia la levantó y en un acto de reconciliación decidió hacer ajustes en su vida.

En ese tiempo, todos los estudiantes inscritos en Ingeniería de la Universidad del Pacífico tenían que hacer prácticas profesionales en una empresa que les permitiera desarrollar sus habilidades y ganar experiencia profesional, así que José se dedicó a indagar todo lo referente al programa educativo *Engineering Co-op* de Pacific, le había echado el ojo a la empresa *Lawrence Livermore National Laboratory*, institución de investigación y desarrollo de ciencia y tecnología aplicadas a la seguridad, y uno de los laboratorios más importantes de Estados Unidos; trabajar ahí le daría prestigio, así que se prometió trabajar duro para conseguir un lugar.

Un día por casualidad, se enteró que un representante de *Livermore* iría al campus para entrevistar a los estudiantes interesados en ocupar una vacante, ya había una fila enorme de solicitantes cuando José llegó, sin embargo se apuntó.

El día de la entrevista, se vistió con su mejor traje, el único de hecho, quería causar una buena impresión ante Frank Inami, un japonés-americano ejecutivo de los laboratorios, aunque todo fluyó con naturalidad, José no cubría por completo el perfil, sin más rodeos, Inami se lo hizo saber para no generar falsas expectativas.

Sin embargo, Inami sabía que tenía un diamante en bruto frente a él, no podía dejarlo ir, así que no dudó en proponerle que se integrara a sus filas, cubriría uno de los lugares designados para estudiantes de minorías, esta vacante también ofrecía una beca económica, sin dudarle, José aceptó.

Sabía que esto no era un simple trabajo, era la oportunidad de demostrar de qué estaba hecho, de aprender y realizar prácticas dentro de uno de los laboratorios dedicado a la defensa nacional, financiado por el Departamento de Energía.

Estaba tan agradecido que me prometí que trabajaría sin cansancio para que, al terminar, me renovaran las prácticas de seis meses y, una vez graduado como ingeniero, lograr ser contratado.

Como si el tiempo se hubiera acelerado, pronto llegó el año de 1985, José había cumplido 22 años y estaba graduándose como Ingeniero Eléctrico, aún recuerda haberse visto vestido con toga y birrete, sus hermanos, quienes ya habían terminado su carrera, no dejaban de felicitarlo y esperaban con ansias la fiesta, pero sus padres, Julia y Salvador, lo miraban orgullosos y no dejaban de tomarle fotografías, de repente en voz baja su mamá se dirigió a su esposo y le dijo: “Sonríe, lo hicimos bien”, de inmediato, José volteó y confirmó lo dicho, abrazó a sus padres y les dijo: “No pudieron haberlo hecho mejor, ¡Son los mejores padres del mundo!”

En el libro, *El cosechador de Estrellas* José plasma un fragmento del discurso que el orador dio el día de su graduación, sus palabras no sólo iban dirigidas a los estudiantes, sino también hacia los padres de familia y demás asistentes a la ceremonia en uno de los jardines de la *University of the Pacific*.

La vida está llena de metas, pero también de obstáculos; ahora que se enfrentarán a ellos, estén seguros de que cuentan con todas las armas necesarias para poder superarlos. Tienen una gran responsabilidad: alcanzar sus sueños por quienes creen en ustedes, por la sociedad, pero sobre todo, por ustedes mismos.

En su libro, José recuerda que: al terminar el discurso, fueron nombrando uno por uno a los graduados. Cuando escuché mi nombre de inmediato me levanté de mi lugar, pero no me esperaba lo que oíría: 'José Hernández, graduado con honores', todo el mundo aplaudió, pero sonaban más fuerte los aplausos de mis padres.

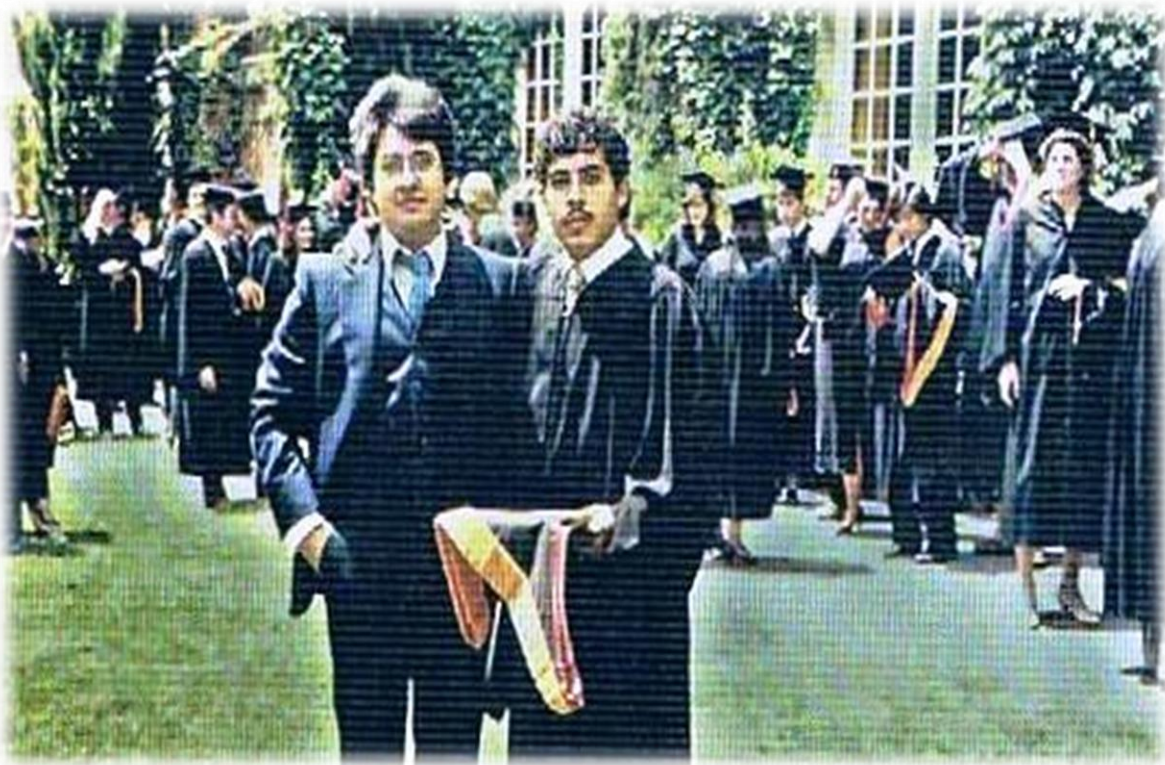
José recibió su diploma que lo acreditaba como egresado de la universidad, pero las sorpresas no terminaron ahí, justo cuando bajaba del estrado, se quitó el birrete y lo mostró al público, traía pegado un mensaje dirigido a su mamá, en él se leía la frase en inglés: "*Hi Mom*", Hola Mamá, era su manera de agradecer el esfuerzo y motivación que durante años le había transmitido y que sin ellos, no hubiera sido posible que escalara este otro escalón; al revivir la anécdota José señala:

Recuerdo que se levantó, todos la voltearon a ver, pero ahí sólo estábamos ella y yo viéndonos, tenía los ojos cristalinos por el llanto contenido, me lanzó un beso con su mano y un 'lo lograste' salió de sus labios.

Como buenos mexicanos, la fiesta no se hizo esperar, invitaron a sus familiares a comer y todos lo felicitaban por el logro obtenido, también elogiaban a sus padres por haber cumplido su meta: darle carrera a sus cuatro hijos en un país donde no había muchas esperanzas para unos *migrantes* como ellos; José cuenta que las

fotografías de ese día dan fe de lo aliviado y feliz que se sentía después de años y años de esfuerzo y estudio.

Por fin había dado ese pequeño paso en su carrera que lo llevaría a tocar las estrellas, pero qué seguía, continuar trabajando en el *Lawrence Livermore National Laboratory* en Livermore, California, para ese momento no sólo realizaba prácticas, sino que su jefe, Mike Ong, se aseguró de que le ofrecieran trabajo, pues sabían que no podían dejar ir a esa mente tan talentosa.



José y su hermano Salvador, *El Cosechador de Estrellas*, José Hernández, 2011.



José y su mamá Julia Moreno, *El Cosechador de Estrellas*, José Hernández, 2011.

A pesar de haber recibido la oferta por parte de los laboratorios, José quiso probarse y envió su currículum a otra gran empresa: AT&T, donde también fue seleccionado y aunque era una oferta tentadora, la distancia lo hizo desistir, le ofrecían un puesto en Columbus Ohio, bastante lejos de California, así que decidió quedarse cerca de su familia. Aún recuerda ese primer día de trabajo en Livermore:

El mismo día que entré a los laboratorios, sucedió algo muy curioso, ese día también ingresó otra persona, alguien de intendencia, que se encargaba de limpiar los baños, las oficinas y todo y yo, un recién egresado de la carrera de ingeniería, el otro muchacho era güero con apellido americano y yo, pues soy Hernández, entonces la operadora asoció que yo era el conserje y el otro, pues el del puesto ejecutivo, así que cuando se necesitaba que alguien limpiara algo llamaba a mi extensión de teléfono, una gran confusión, ella naturalmente dijo, no, pues el americano es el ingeniero y el *paisita* de José el de intendencia.

En su libro *El Cosechador de Estrellas*, José da más detalles sobre esta anécdota que sin duda lo enfrentó una vez más a una situación discriminatoria, así lo narra:

–¿Estoy hablando al área de intendencia? –escuché al otro lado del teléfono.

–No, está usted equivocada.

–Lo siento.

–No se preocupe –dije y colgué la bocina.

Durante horas recibí llamadas similares. Ring, ring: “¿Es usted el nuevo conserje? Necesito jabones en mi baño”, “Venga a limpiar mi oficina”, “Necesito que retire los botes de basura”.

Toleré varias; incluso, las primeras confusiones me hicieron reír, pero mi paciencia se agotó y fui a ver a las secretarias encargadas de trasladar las llamadas a las diferentes áreas del laboratorio.

–Señorita, vengo a presentarme. Soy el nuevo ingeniero, José Hernández.

–¿Ingeniero? –la joven me miró incrédula.

–Disculpe señor Hernández, le comento que tengo en este documento la notificación de varias personas que ingresaron a la empresa hoy y estoy un poco confundida –sonrió de nuevo-. No volverá a pasar.

En efecto, ese día había entrado a trabajar un joven llamado Brian Johnson y aunque José toleró la confusión, asegura que mentiría si dijera que no se sintió ofendido, así que tomó cartas en el asunto, pero no, no fue ir a hablar con la operadora, sino que decidió enfocarse en su trabajo, quería ser reconocido como José Hernández, el ingeniero talentoso de ascendencia latina; no como José Hernández, el latino que tiene habilidades como ingeniero.

José no quería pasar desapercibido, quería más, su ambición lo llevó a dar el siguiente paso y comenzar a subir la larga escalera que lo llevaría a la cima, convertirse en astronauta.

Así, decidió estudiar una maestría que le ayudaría a ser competitivo y lograr un ascenso, se postuló en el programa de postgrado de tres universidades, de las cuales, sólo dos le mandaron notificación de aceptación: la *University of California* en Santa Bárbara y la *Cornell University*; desafortunadamente Stanford, la más prestigiada Universidad enfocada en ingeniería y ciencias lo había rechazado, pese a que José había probado 12 unidades de postgrado a través de su programa “Televised Graduate Program”, una especie de educación a distancia.

José tomó una decisión y al final eligió la Universidad de California y su programa de Maestría en Ingeniería Eléctrica, con especialidad en Señal y Sistemas, ahora el dilema era hacerle saber a su jefe, Mike Ong, que dejaría el laboratorio; al final le comentó sobre sus planes y pidió una licencia para ausentarse, sin embargo la respuesta de Ong lo dejó helado, él le recomendó no apostar por la ausencia, sino renunciar de forma definitiva, así, cuando terminara la maestría podía regresar y postularse para un nuevo puesto y un mejor salario, pues de lo contrario, sería reubicado en su empleo anterior o en el mejor de los casos conseguir un ascenso con un salario muy similar.

Esta propuesta no le agradó del todo a José, pensaba que era una estrategia del señor Ong para deshacerse de él e incluso para vetarlo del laboratorio, luego de pensarlo recapituló y tranquilo decidió que sí, sí renunciaría, a fin de cuentas si se cerraba esa puerta podría abrir otras más en la zona empresarial de *Silicon Valley*.

Esta nueva etapa como estudiante fue diferente, ahora no tendría que trabajar en el campo o en la fábrica de enlatados para poder solventar sus gastos, ahora sus ahorros y una beca completa por parte del programa “Graduate Engineering Minority” le permitirían enfocarse en sus estudios y dedicar tiempo a su familia y amigos.

Esta vez, no podía dejar pasar la oportunidad de vivir sólo, así que junto a otros tres compañeros, rentaron un departamento, José cuenta que uno de ellos

estudiaba la maestría en Ingeniería Mecánica y el otro un doctorado en psicología, juntos organizaban fiestas en su nuevo hogar pero cuidaban no desvelarse tanto para no perder clases y continuar con su alto rendimiento.

El ritmo acelerado de estudio hizo que esos 12 meses se pasaran rápido, de pronto, ya tenía otro título en la mano y una nueva propuesta para regresar a Livermore, aunque lo único que le interesaba era regresar a Stockton con su familia, de regalo, José se obsequió un auto, esta vez era un Mazda RX-7 1987 dorado, lo había elegido porque se parecía al Porsche que aún no podía pagar, por si fuera poco, con el dinero que había ahorrado pudo dar el enganche de una casa en uno de los mejores barrios de Stockton.

Aún no podía creer la buena estrella con la que contaba, todo estaba saliendo a la perfección, en su nueva residencia todo parecía perfecto y hermoso, las demás casas, los jardines y la vida de soltero era lo mejor, pero cuando parecía que nada podía salir mal, recibió una llamada, era un amigo, le marcó un día en la mañana, le dijo que corriera y comprara el periódico, no le dijo nada más, de inmediato José salió, buscó el local más cercano y descubrió una terrible noticia en la primera plana: Una pareja había sido asesinada dentro de su casa en un barrio de Stockton, era el mismo lugar donde vivían sus padres.

De inmediato regresó a su casa, tomó el teléfono y marcó a casa de sus padres, después de varios intentos, por fin contestó su madre, llorando le dio la noticia de que la pareja baleada eran unos tíos.

En ese instante decidió manejar hasta Stockton, José recuerda que al llegar no pudo dejar de comparar su nuevo vecindario y el sitio donde vivían sus padres, confiesa que era como si estuviera contrastando dos mundos completamente diferentes, pero lejos de preocuparle el estatus social, lo que le afectaba era la idea de que corrieran con la misma suerte que sus parientes, así que ideó un plan, se los llevaría a vivir con él, así estarían protegidos y en un mejor lugar.

Después de mucho insistir, por fin sus padres accedieron, pero luego de algunas semanas decidieron confesarle que en realidad no se sentían a gusto, en el fraccionamiento no había nadie con quien pudieran hablar español y el consejo de vecinos determinó que no daba buen aspecto el camión de la empresa de conservas que manejaba su padre.

Un día, después del trabajo, su papá, Salvador Hernández llegó emocionado a casa de su hijo, irrumpió en la sala, donde estaban José y Julia, les dijo que durante el camino vio unos terrenos ubicados en Lodi, una comunidad cercana, el lugar era perfecto, ahí podía fincar su propia vivienda y guardar su camión sin ningún problema, en efecto era la solución que José estaba esperando para que sus padres se sintieran contentos con un lugar propio donde pudieran marcar sus propias reglas.

Cuando su padre terminó de dar su discurso, su sonrisa se convirtió en una cara larga, José le preguntó qué le pasaba, a lo que respondió que en realidad se había emocionado demasiado, pues con su sueldo, no podía pagar el terreno y mucho menos construir la casa de sus sueños.

José lo vio con ternura y le dijo que no se preocupara, que esta vez todo sería diferente, el dinero ya no era un obstáculo en su vida y que entre los dos podían convertir ese sueño en realidad; a la semana fueron a ver los terrenos, de inmediato hicieron el contrato y en menos de un año ya estaban viviendo en su nueva casa estilo rancho michoacano como siempre soñaron, lleno de árboles, plantas, con mucha paz y que hasta el día de hoy siguen habitando.

Vencer al enemigo: el miedo

Caminar, correr, volar: el proceso profesional para alcanzar una meta

Para ese tiempo, José ya había sido reinstalado en Livermore, le habían dado a escoger entre tres proyectos, pero pensando en cuál le convenía para desarrollar sus habilidades y más tarde poder enviar solicitud a la NASA, se decidió por el proyecto de un láser de rayos “X” que una vez terminado se lanzaría al espacio como parte de un sistema de defensa nacional.

El proyecto era desarrollado durante la administración del presidente Ronald Reagan, quien había destinado parte del presupuesto nacional en el área de defensa en caso de que los rusos decidieran atacar con bombas nucleares, ahí su trabajo era determinante, pues el láser en el que trabajaba serviría para localizar los misiles y desactivarlos desde el espacio durante el periodo de la Guerra Fría, era parte de la *Strategic Defense Initiative* (SDI Iniciativa de Defensa Estratégica) apodada por la prensa como el programa de defensa “*Star Wars*” o Guerra de las Galaxias, pero cinco años después de investigaciones, en 1991 la Unión Soviética colapsó; ya no había justificación del proyecto y fue cancelado, José Hernández así cuenta este momento.

Cuando anunciaron que se iba a cancelar dijimos, que mala onda porque tenemos tantos avances y que tristeza que vamos a cerrar las investigaciones tanto de materiales, como de rayos “X”; fue ahí cuando mi jefe Clint Logan y yo empezamos a pensar que tal vez podríamos aplicar esos estudios en otro proyecto, pero no sabíamos cuál, lo que nos quedaba claro era que no queríamos iniciar otro proyecto, no dejando inconcluso éste.

Y entonces empezamos a buscar opciones y nos dimos cuenta que había muchos problemas en la detección del cáncer de mama en las mujeres, entonces vimos que el equipo que los médicos utilizaban para las radiografías que detectaban las células enfermas era casi obsoleta, tenía como 20 años de atraso y nadie se había tomado

el tiempo para decir, oye si utilizamos esta nueva tecnología (los rayos “X”) podemos construir un sistema de mamografía menos agresivo para las pacientes.

Empezamos a realizar pruebas y descubrimos que no sólo resultaba menos agresivo, sino que también proporcionaba imágenes con mayor resolución, en forma digital y se podía utilizar una computadora donde el doctor podría analizar las tomas y dar un mejor diagnóstico; y entonces dijimos, oye tenemos algo bueno y empezamos a trabajar, hicimos alianzas con una compañía americana que producía equipo de mamografía y ellos luego, luego vieron el beneficio y decidieron asociarse; transferimos la tecnología que habíamos desarrollado y así pudimos construir el primer sistema de mamografía digital, para nosotros fue algo fascinante porque fue un logro, un avance tecnológico sin precedentes porque todos sabemos que la detección temprana del cáncer es la clave para salvar muchas vidas.

Por fin sus habilidades de modelado Montecarlo 3D habían sido valoradas por la compañía *Fischer Imaging* con base en Denver Colorado; su presidente, Morgan Fields fue pieza clave para el desarrollo del mastógrafo, pues después de elaborar una propuesta para echar a andar el proyecto, les respondieron que tardarían por lo menos seis meses; sabiendo eso, José decidió matricularse en el programa de doctorados de la Universidad de California.

Su plan era claro, continuaría sus estudios en Biomedicina para estar más capacitado, si en esos seis meses le daban luz verde para continuar con el proyecto del mastógrafo, seguiría adelante, pero si no, tomaría la propuesta de uno de sus mentores en Livermore, Sanjit Mitra, quien lo había invitado a unirse a su equipo de investigación como parte del programa de doctorado en Ingeniería.

El plazo de seis meses se alargó, pero después de un año de espera, *Fischer Imaging*, Morgan Fields y el *Lawrence Livermore National Laboratory* del departamento de Energía decidieron financiar el proyecto; tal como estaba previsto, el equipo resultó una pieza clave que benefició toda la comunidad médica y contribuyó a salvar muchas vidas.

A partir de ahí, la carrera de José comenzó a despegar, recibió todo tipo de reconocimientos que coronaron tantos años de estudio, sacrificios y trabajo, cinco años de experiencia lo avalaban, por fin tenía todos los requisitos para postularse a la NASA, había logrado seguir la misma ruta que el astronauta costarricense Franklin Chang-Díaz.

Nada podía salir mal, la vida le sonreía con una racha de buenas oportunidades, sin embargo, José recibió una de las peores noticias de su vida, su abuelo José había muerto en su rancho de La Piedad en Michoacán.

Y cuando yo me muera ni luz ni llanto
ni luto ni nada más,
ahí junto a mi cruz
tan sólo quiero paz...

Después de tanto trabajo, cerró sus ojos, su cuerpo cansado por fin descansó para siempre; de inmediato se organizó un viaje relámpago a Michoacán, aunque no lo pudieron alcanzar con vida.

Estuvieron durante los funerales y el entierro, aunque las costumbres y tradiciones mexicanas están arraigadas en José, dice que sigue sin comprender la dualidad con la que se trata a la muerte en México, por un lado hay fiesta y bromas en torno a ella y, por otro, se le venera y respeta con la mayor solemnidad, nunca comprendió por qué sus parientes y allegados a la familia se acercaban al ataúd a ver a su abuelo difunto y despedirse de su cuerpo inerte, él no se atrevió.

Durante el sepelio se escuchó “El Andariego” del compositor mexicano Álvaro Carrillo, José recuerda que había tristeza, todos lloraban y su abuelita Cleotilde estaba inconsolable, dice que en cierto momento, cuando todos estaban alrededor de la fosa esperando enterrar a su abuelo se hizo un silencio, su abuela miró al cielo azul despejado y después de secarse las últimas lágrimas que salieron de

sus ojos con el chal negro que portaba exclamó: “Te voy a extrañar tanto, mi viejito lindo, que sin ti voy a morir de pena”, después siguió el mariachi.

Solo tú, corazón, si recuerdas mi amor
una lágrima llévame por última vez
en silencio dirás una plegaria,
y por Dios, olvídate después...

Pero cómo podría olvidar al hombre que le enseñó otro significado de las estrellas, a las que se les revela un sueño y se les pide con fe intercedan para que se cumpla.

Aquel ser humano que lo impulsó a luchar por sus sueños, creer en sí mismo, en su capacidad y sobre todo no autolimitarse; esos consejos que sentados frente a la presa de Ticuítaco le dio durante un atardecer y que ese día retumbaron en su mente y lo hicieron volver al camino.

Sabía que mi abuelo estaría orgulloso de mí si lograba lo que yo siempre le pedía a las estrellas: ser astronauta. No iba a renunciar a mi sueño, estaba decidido a hacerlo realidad. Sin embargo, el camino no sería nada sencillo.

Con ese objetivo José y su familia regresaron a California, estaba preparado para dar el siguiente paso, postularse como candidato a astronauta dentro de las filas de la *National Aeronautics and Space Administration*, la NASA.

Corría el año de 1992, decidido y sin pensarlo más, llamó a las oficinas de la agencia del gobierno norteamericano para preguntar sobre los requisitos, José tenía 29 años de edad, era ahora o nunca.

Cumplía con todo: Carrera de ingeniería, ciencias o medicina, cinco años de experiencia y preferentemente contar con un posgrado.

Reunió la documentación necesaria, todo estaba en orden, volvió a marcar, para su sorpresa lo comunicaron directamente con la oficina de selección de astronautas donde le informaron que el primer paso sería llenar una solicitud de 12 páginas, la cual resolvió y envió de regreso.

Al poco tiempo recibió una notificación, era la confirmación de recepción de los documentos con una leyenda que decía: “Gracias por su interés, nosotros lo llamaremos en caso de que deseemos atender su candidatura”.

Cuatro meses después donde su única preocupación era revisar el correo a diario y en todo momento, por fin llegó la tan esperada carta de la NASA, de acuerdo con información de *El Cosechador de Estrellas*, esta decía:

Gracias por su interés en la NASA. Por el momento, hay muchos solicitantes calificados que piden posiciones de astronauta en la Agencia. Por desgracia, no podemos invitarlo a una entrevista para este ciclo de selección. Le recomendamos continuar con su solicitud para futuros ciclos de selección.

Detrás de un gran hombre: el gran apoyo de José, su esposa Adela

La carta le negaba la oportunidad de cristalizar su sueño, por ahora, pero la vida le tenía preparada una sorpresa, en su camino se cruzaría una estrella: Adela.

Cierto día, su hermana Leticia fue de compras a una tienda departamental, mientras merodeaba por el área de perfumería, se percató de una discusión entre las dependientas del lugar, una de ellas, muy bonita de ojos claros le reclamaba a la otra su negativa de atender a una mujer hispana que pedía le mostraran una fragancia, hablaban inglés y su argumento era que no atendería a nadie que

hablara español, aún y cuando a leguas se notaba que también era latina, decía que si habían decidido emigrar a Estados Unidos, lo mínimo que debían hacer era aprender el idioma.

La clienta no sabía qué pasaba, después de unos minutos, la chica rubia terminó atendiéndola, le resolvió todas sus dudas y cerró la venta en español.

Leticia, quien había escuchado todo, se quedó impactada de la entereza y del sentido de responsabilidad de la vendedora, que contra todo defendió los derechos de aquella mujer que no hablaba inglés.

Ya en su casa, Leticia decidió contarle todo a su mamá mientras preparaban la cena, ella detallaba lo sucedido mientras José y su padre veían televisión en la sala, pero una frase llegó hasta sus oídos, Leticia terminó el relato diciendo: “Lo que más me llamó la atención fue cómo defendió a la jovencita; se ve que es muy noble y muy buena, ojalá Pepe encuentre una mujer como ella”.

De inmediato José se levantó del sillón y caminó hacia la cocina, quería saber más de aquella muchacha de la que su hermana no dejaba de hablar, se paró en el marco de la puerta y lanzó la pregunta: “¿Quién es esa muchacha de la que hablas Lety? ¿Cómo se llama? Ya me dio curiosidad la chica que quieres para cuñada”. De inmediato se desató una discusión que el propio José relata en su libro *El Cosechador de Estrellas*.

–¡Pepe! Creí que no oías nada –comenzó a reír.

–¿Quién es? –insistí

–No sé, pero trabaja en el departamento de perfumería. Le digo a mi mamá que se ve que es muy amable y como tú no has tenido novia, pues... –dijo con un tono al mismo tiempo insinuante y provocador.

–¡Sí he tenido! Pero nada serio.

–Pepe, nunca has tenido novia. Tener una cita y estar en una relación son dos cosas diferentes. –exclamó mi madre...

- Supongo que tienes razón, Pero pronto encontraré a la chica de mis sueños.
Además, ¡no tengo prisa! ¿Cuánto falta para que la cena esté lista?
–Muy poco. –dijo mi mamá.

A partir de ese momento José no dejó de pensar en ella, sin dejar de imaginar cómo sería, cuál era tu tono de voz y si realmente sus ojos verdes serían tan expresivos como los describía Lety.

Por fin, un día se armó de valor y acudió a la tienda, no sabía si la iba a encontrar y mucho menos si iba a poder distinguirla, pero en cuanto entró en la tienda, de inmediato supo quién era, Lety no exageraba en su descripción, pero cuando estaba a punto de abordarla con cualquier pretexto, se acercó otro cliente, ella lo atendió y a José no quedó de otra que conformarse con sólo verla y escuchar su voz a lo lejos.

De regreso a casa, corrió a contarle a su hermana que la había visto, Lety lo cuestionó acerca de su encuentro, pero José le tuvo que decir que ni siquiera habían cruzado palabra, que él sólo la vio y que sintió algo especial, como ella sabía que José era bastante tímido decidió convertirse en la Celestina de la relación, días después fue a la tienda, habló con la chica, así supieron que se llamaba Adela, que había nacido en Cotija, Michoacán, que hace poco había terminado con una relación y estaba temerosa de que alguien más le rompiera el corazón.

Así la amistad creció entre Leticia y Adela, luego de seis meses su hermana la convenció de tener una cita a ciegas con él, Adela confiesa que aceptó salir con José sólo para que Lety la dejara de acosar e insistir en que conociera a su hermano.

Fue una cita a ciegas como se dice, así nos conocimos, salimos y ahí empezó nuestra relación, pero fue a través de su hermana, yo estudiaba negocios y

también trabajaba en el área de belleza en una tienda de la cadena Macy's en Stockton.

El día de la cita, José se aseguró de llegar temprano, minutos antes de la salida de Adela de su trabajo, el plan era ir a cenar y platicar, el corazón le latía tan fuerte que sentía que se le salía, sus manos le sudaban, estaba nervioso, por fin sus ojos se encontraron, sólo se presentaron, la llevó a su auto y partieron rumbo al restaurante, fueron al *Black Angus* en Stockton, a pesar de su timidez, con Adela sucedía algo diferente, era como si se conocieran de años, como si sus almas estuvieran unidas de vidas pasadas, José recuerda que su mirada lo tranquilizó, le dejaron de sudar las manos y pronto la plática fluyó hasta que el semblante de Adela cambió, así lo describe José en su libro.

–¿No te sientes bien? ¿Quieres que te lleve a tu casa? –pregunté como todo un caballero.

–No, gracias. Estoy bien –respondió.

–¿Estás segura? No te ves bien. ¿Es algo que hice o dije?

–No, es sólo que no eres como los otros chicos con los que he estado. Puedo ver desde ahora que eres especial. Especial, no podía creer que había usado esa palabra para describirme.

–Gracias, yo creo que tú eres especial también.

José confiesa que empezó a sentir algo que jamás había sentido, se dio cuenta que estaba enamorado de Adela, las estrellas y la luna que lo habían guiado toda su vida y habían sido sus compañeras de viaje durante tantos años de su infancia ahora tomaban otro significado, ellas le recordaban los ojos verdes de su amada y la luna su sonrisa, sin embargo, ella tenía dudas.

Yo cuando lo conozco, él ya tenía su carrera, yo era una estudiante, yo pensaba que el debería aspirar a conocer a una chica con una carrera como él, nunca me imaginé que llegaría a enamorarse de mí, pero así sucedió y nos enamoramos.

El click sucedió cuando él me invita a su casa, con sus papás y me doy cuenta que nuestra historia es muy similar y me di cuenta que era auténtico, que así como trataba a su familia y amigos, me trataba a mí, muy sencillo y humilde, eso fue lo que a mí me atrajo de él, nunca me hizo sentir menos que él, una persona muy hermosa con todo el mundo.

La relación de Adela y José se concretó; después de dos años de noviazgo por fin se animó a dar el siguiente paso: “Un día le pregunté: Adelita, ¿quieres casarte conmigo? Ella entre hondos suspiros, una hermosa voz trémula y una risa nerviosa, me dijo que sí”.

La boda se realizó en Lodi, California, intercambiaron votos bajo el rito católico y la celebración continuó con una recepción en el patio de la casa de sus padres en Stockton, todo bajo las estrictas tradiciones mexicanas, mariachi, tequila, típicos antojitos, el primer baile de esposos corrió a cargo del maestro Armando Manzanero y susurrándole al oído José le dijo a Adela: “...contigo aprendí que yo nací el día en que te conocí”.

Después de su Luna de Miel en España y de recorrer Madrid, José tenía que regresar a realizar sus actividades, pero aún tenía fijo su objetivo, por segunda ocasión se acercó a las oficinas de la NASA, el proceso ya lo conocía, llenó el formulario de 12 páginas, envió la documentación y una vez más, sólo le quedaba esperar.

Cuatro meses después recibió la misma respuesta, de nuevo esa sensación de frustración, sin embargo se aferró a su sueño, así que cada año envió su solicitud, mientras continuaba trabajando en Livermore, cada vez que recibía la negativa reafirmaba que “hay más de una estrella en el cielo y más de una meta y propósito en la vida”.

Durante este tiempo continuó realizando mejoras al proyecto del mastógrafo, sin imaginar lo que estaba a punto de vivir; José cuanta que la esposa de su jefe

había sido diagnosticada con cáncer de mamá, estaba perdiendo la batalla, pasaron muchos meses en los que se requirió ajustar, estudiar, probar y demostrar antes de que la compañía *Fischer Imagin* decidiera que el equipo estaba perfeccionado para el uso médico, estaba emocionado, sin embargo el festejo fue opacado por la muerte de la esposa de Clint Logan, con quien había vivido todo el proceso, tanto de la enfermedad como del perfeccionamiento del rayo láser; conmovido, narra ese momento:

La frase “salvar una vida” nunca había significado tanto para mí como después de la muerte de la esposa de mi jefe y amigo. Teníamos la responsabilidad de usar nuestro conocimiento para desarrollar el láser como una herramienta para la detección oportuna del cáncer de mama. Estoy convencido que nuestra aportación sirvió para que muchas mujeres aún estén vivas.

Una vez completado el proyecto de digitalización del mastógrafo, José Hernández fue promovido al puesto de jefe del Grupo de Química y Análisis de Materiales dentro de la División de Ingeniería y Ciencias de Defensa del Departamento de Ingeniería.

Durante este periodo arrancó un programa de compra de uranio altamente enriquecido entre el Departamento de Energía de Estados Unidos y el Ministerio de Energía Atómica de la Federación Rusa, el *High Enriched Uranium*, se trataba de brindar trabajo a los científicos rusos de la era de la Guerra Fría y dar tratamiento al material nuclear del desmantelamiento de armas sobrantes de Rusia, el programa tenía un periodo de dos décadas.

José tuvo la oportunidad de viajar a Rusia por más de 20 veces lo que contribuyó a estrechar lazos entre ambas naciones, a él le parecía una ironía, pues su primer trabajo en Livermore era el plan “*Star Wars*” para proteger a Estados Unidos de un eventual ataque de misiles rusos y ahora trabajaba para que esa nación se deshiciera de su material nuclear.

Durante uno de sus últimos viajes, José hizo un recuento de su historia, aunque no había podido llegar a las estrellas aún, logró graduarse como ingeniero, hacer una carrera profesional dentro de uno de los laboratorios más importantes de la Unión Americana y del mundo, fue partícipe de importantes proyectos como el perfeccionamiento del mastógrafo, y sin pensarlo ya habían pasado 12 años, tiempo que lo acercaba cada día más a su meta de ser astronauta, pero faltaba algo más: aprender a volar.

José sabía que ganando experiencia como piloto podía hacer más puntos para que por fin la NASA fijara su mirada en él, así que sin más decidió tomar clases de vuelo en el aeropuerto municipal en Tracy, donde luego de completar más de 30 horas de práctica le permitieron volar solo.

Era un *Cessna 152*, sobrevoló la ciudad de Tracy en Stockton, por fin había logrado uno de sus sueños, volar aún más arriba que los pájaros, estaba a cinco mil pies de altura, José cuenta que fue algo mágico, indescriptible, se sentía como un polluelo batiendo sus alas al viento por primera vez después de la instrucción de su madre, lo mejor de todo, estaba controlando el avión él sólo.

Al aterrizar, se convenció que si había podido alcanzar todos esos logros, sin duda podría llegar a las estrellas, sólo era cuestión de tiempo.

Corría el año de 1998, y gracias a su desempeño y profesionalismo fue promovido para ocupar un puesto temporal en el Departamento de Energía con sede en Washington, trabajaría en el programa *Materials Protection, Control and Accountability*, la MPC&A, Responsabilidad, Control y Protección de Materiales donde de nueva cuenta apoyaría en la creación e implementación de metodologías para la protección del material nuclear de Rusia.

Justo estaba en el proceso de mudanza cuando recibió una noticia inesperada, la NASA por fin lo había seleccionado de entre más de 4 mil aspirantes para formar

parte del grupo de 300 personas que participarían en el proceso de selección para finalmente crear un equipo de 100 que pelearían para formar parte de una nueva camada de astronautas conformada por entre 10 y 18 astronautas.

La noticia lo dejó en shock, no podía creer que por fin su trabajo estaba rindiendo frutos, un disparo de adrenalina recorrió su cuerpo, su sueño de niño lo hizo recordar en segundos todo el proceso por el que había pasado, sus años como jornalero en los campos de Stockton, los viajes a Michoacán, su frustración por no saber inglés, las muestras de discriminación, su proceso educativo en la Universidad del Pacífico, su paso por Livermore, el mastógrafo, sus viajes a Rusia, para finalmente regresar al presente y darse cuenta que no podía hablar de la emoción.

En pocas semanas ya estaba en el *Jhonson Space Center* en Houston, Texas, para José parecía como estar en Disneyland, no pudo ocultar su asombro al ver tan de cerca el cohete Saturno 5 o las fotografías de las otras misiones, entre ellas la del Apolo 17, esa misión que lo hizo soñar en su infancia.

La emoción creció cuando fue llevado junto con los demás aspirantes a una sala de conferencias donde apareció el gerente de selección de astronautas, Duane Ross, quien les explicó la serie de exámenes y pruebas a las que se enfrentarían a lo largo de una semana. Así explica la primera fase de selección en su libro *El Cosechador de Estrellas*.

Todos los finalistas pasamos de ocho a 10 horas al día en la NASA, donde nos realizaron varios exámenes médicos. Nos revisaron los ojos y los oídos, así como... nuestra sangre y orina... nos practicaron ecocardiogramas y electrocardiogramas... exámenes diseñados para detectar cualquier anomalía... en promedio, 20 de los 100 finalistas serían descalificados... dejando sólo a 80 para competir por los codiciados puestos.

Durante esa semana de prueba pudo convivir con personajes altamente calificados, fue ahí que por fin entendió por qué se habían tardado tanto en seleccionarlo; al final intercambiaron direcciones de correo electrónico y números de teléfono, la experiencia los había unido y aunque algunos fueran rechazados, la amistad que había surgido podría alimentarse afuera.

José y los demás regresaron a casa en espera del anuncio que los llevaría a cumplir su sueño, así, pasó de ser uno de los 4 mil aspirantes a pertenecer al grupo de los 300 semifinalistas, luego al selecto grupo de los 100 y luego a ser parte de los 80 privilegiados, cada vez se hacía más fuerte el nerviosismo, parecía una gran telenovela, donde el suspenso, el drama y nerviosismo los ponía al límite día a día.

Como era de esperarse, la NASA tenía que cerciorarse del tipo de personas que iba a enrolar, así que guardando todas las normas de confidencialidad investigaron a José por medio de entrevistas a sus familiares y amigos más cercanos, paso que redujo a 40 el número de aspirantes; no cabía de felicidad cuando se enteró que su nombre aparecía en esta lista.

Las felicitaciones y muestras de cariño no se hicieron esperar, todos compartían su emoción, celebraban su logro, ya era uno de los finalistas, sólo faltaba la confirmación del gerente de selección.

Por fin Duane Ross llamó, su futuro estaba en esa conversación, el corazón latía a mil por hora, su respiración estaba contenida, nada más importaba en ese momento, parecía como si el mundo se hubiera detenido, todos lanzaron oraciones y buena vibra para lograr “el milagro”, luego de un saludo cordial y sin más ni más Ross dio su veredicto final: “José, gracias por tu interés en nuestro programa. Lamentablemente no fuiste seleccionado. Te invitamos a mantenerte atento a nuestras siguientes convocatorias”.

Los nervios habían desaparecido en el instante que sintió un balde de agua fría correr por su espalda, nuevamente estaba en shock, no podía hablar, agradeció, quería colgar, un nudo en la garganta no lo dejó pronunciar más palabras, ese momento fue aprovechado por Duane Ross quien continuó hablando: “José, si estás interesado, nos gustaría ofrecerte un puesto como ingeniero en el Jhonson Space Center... Esto no garantiza que el año próximo seas seleccionado, pero si decides postularte, no te caería mal un poco más de experiencia y conocimiento aquí en la NASA”. José no podía pensar, así que atinó a pedir unos días para meditar la respuesta, Rosse accedió.

Nadie se atrevió a realizar comentario alguno, tanto su familia, amigos y compañeros de trabajo hicieron como si nada hubiera pasado, él se sentía como un niño en el parque a quien en un segundo el viento le arrebatara su globo, incluso pensó en no volver a postularse.

Esa noche salió al jardín de su casa para contemplar las estrellas, esas que quizá nunca alcanzaría, pero ahí estaba Adela, después de todo, para que llegar a la cima de la montaña si no tienes con quién compartir el triunfo, o la derrota...

En su libro, José cuenta que su esposa se acercó, lo abrazó y con voz casi maternal le dijo:

–¿Qué pasa José?

–Nada... Me encogí de hombros como si no me importara nada.

–José –me contestó-. Este es tu sueño ¿por qué tirarlo a la basura?

–Adelita, no hagas las cosas más complicadas para mí, por favor. Tengo un buen trabajo y me encanta lo que hago aquí en el Departamento de Energía y cuando regrese a casa estaré en Livermore. ¿Qué más necesito? Ellos piensan en mí y por eso me trasladaron aquí a Washington... es probable que me asciendan cuando regrese a California.

–¿Y esa es una razón suficiente para olvidar tu sueño de convertirte es astronauta?

No me atrevía a contestarle.

–¡No vengas con excusas! –me dijo con una energía que jamás había visto en ella -. Tú me dijiste que todo es posible si de verdad creemos en ello.

–Puede que este año no te acepten en la NASA... pero siempre está el año siguiente. Y vas a llenar esa solicitud... hasta que te seleccionen... no debes rendirte, tú no eres así.

Durante la entrevista, Adela, su esposa cuenta que era una desilusión muy grande: cuando José recibía esas cartas que le decían que no, esta vez no, o sea, yo misma también sentía feo, te sientes muy mal por dentro, pero él seguía adelante, lo que admiro de él es que no se da por vencido y eso es lo que trata de expresar a la juventud, que nunca se den por vencidos, no importa ese tipo de bloqueos durante su carrera, uno debe seguir adelante.

Poco tiempo después sonó el teléfono, era nuevamente Duenne Ross de la NASA para saber la decisión que José había tomado respecto a tomar el puesto que le ofrecían como ingeniero, era una gran oportunidad, pero no podía quedar mal con Lawrence Livermore Laboratory que lo acababa de transferir a Washington, así que decidió no aceptar, Ross lo tomó muy bien y le recordó que posiblemente en una nueva oportunidad podría ser seleccionado, pero no le prometieron nada.

Durante los siguientes días José siguió dándole vueltas al asunto, tal vez pensarían que no tomaba en serio convertirse en astronauta, tal vez nunca sería seleccionado y había perdido la oportunidad de trabajar en la NASA; todas sus dudas y miedos desaparecieron cuando miró al cielo y recordó que “hay más de una estrella y más de una meta en la vida”.

Un año después, para 1999, la Sociedad de Ingenieros, Científicos México-Americanos le otorgaron “La Medalla de Oro” por sus contribuciones a la sociedad, en especial por el rayo láser que detecta el cáncer de mama, fue un momento especial que despertó en José nuevamente las ganas de seguir adelante, de seguir luchando por su sueño.

La onceava es la vencida: selección para formar parte de la expedición

Una vez más, José Hernández realizó el ritual que desde 1992 hacía, llenó la solicitud de 12 páginas, de nuevo fue parte de los 4 mil aspirantes, luego de los 300 y así hasta que llegó al afortunado grupo de los 100 que realizarían pruebas en Houston; nuevamente la espera.

Entre los candidatos rechazados de años anteriores se empezó a difundir un rumor, si después de las pruebas quien llamaba era el Director del Jhonsosn Space Center, George Abbey, eran buenas noticias, pero si era el Gerente de Selección, Duane Ross, era evidente que de su boca saldría un “gracias por participar”.

De nueva cuenta quien telefoneó a José fue Ross, la respuesta ya la sabía, sin embargo, volvió a proponerle se uniera al equipo de ingenieros del Jhonsosn Space Center, le reiteró que con este puesto no se le aseguraba un lugar como astronauta el año siguiente, pero ganaría experiencia en el área de operaciones, habilidades que el panel de selección había notado que José no tenía.

Aceptar el puesto que le ofrecía la NASA ponía en un dilema a José, pues representaba una considerable disminución en su sueldo y trasladar a su familia a Houston, por momentos creyó que se estaba obsesionando con su sueño de convertirse en astronauta y viajar al espacio.

Pero cuando recordaba todo lo que había vivido para llegar al lugar donde se encontraba y que realmente faltaba muy poco para que lo seleccionaran como astronauta, su cuerpo se llenaba de emoción, realmente quería más.

La noche previa a dar su resolución José señala que miró al cielo, esta vez no le habló a las estrellas, le habló a Dios, oró, pidió ayuda al ser supremo, le rogó diera una señal para decidir si continuaba en la búsqueda de su meta o desistía y

continuaba con su prolífica carrera; acaso era malo tener ambiciones, o lo malo era quedarse en su zona de confort, resignarse y continuar.

¡*Ayúdame a decidir!* Imploró con los ojos cerrados y las manos juntas, “si es mi destino, ayúdame a cumplirlo, y si no lo es, ayúdame a resignarme”. Cuando levantó la cara y los abrió vio pasar una estrella fugaz, se le erizó la piel, era un momento mágico, presintió que algo iba a pasar, el corazón se aceleró, los ojos se le llenaron de lágrimas, entendió que la respuesta estaba dentro de él... “Gracias”.

En ese momento buscó a Adela que estaba en la sala, quería saber su opinión, le hizo saber los puntos en favor y en contra que tenían si aceptaba irse a Houston, un lugar árido, lleno de industrias, lejos de su familia y con el 15 por ciento menos de su sueldo.

¡*Vámonos a Houston!* Dijo Adela tajante, estaba decidida a ir de la mano con José para alcanzar su meta, una vez más estaba haciendo suyos los sueños de su esposo, se abrazaron, la decisión estaba tomada, tal vez había llegado la hora.

Si había sido difícil decidir aceptar la propuesta de la NASA, fue aún más abandonar Livermore, el laboratorio que lo vio crecer como ingeniero y donde se gestaron importantes proyectos que catapultaron su carrera y le valieron grandes reconocimientos.

Frente a su jefe, el gerente de división del laboratorio, Joe Galkowski, José presentó su renuncia, ya no trabajaría más para el Departamento de Energía y el *Lawrence Livermore National Laboratory*; fue una sorpresa para Galkowski, uno de sus mejores elementos se iba, de primera instancia no aceptó la dimisión, habían sido 14 años de éxito, José lanzó sus argumentos y al final de la conversación su jefe entendió que tenía que seguir su camino, pero le recordó que las puertas seguían abiertas por si las cosas no resultaban conforme al plan.

Para marzo de 2002 José se mudó de Washington a Houston, las circunstancias no eran como él hubiera querido, su esposa y sus hijos se quedaron, no quería que los mayores perdieran el ciclo escolar, con pesar dejó a Adela al cuidado de los niños, aún estaban pequeños para soportar la mudanza y el drástico cambio pues sus edades iban de los siete a los dos años.

¡Bienvenido! Fue lo primero que escuchó al llegar a la NASA, el lugar ya era conocido, de inmediato fue presentado, se uniría al equipo de trabajo conformado por 35 ingenieros del Grupo de Materiales y Procesos del área de Pruebas no Destructivas y Análisis de Fallas. De inmediato José se propuso convertirse en un integrante destacado en el área.

Tres meses después, finalizado el ciclo escolar, José regresó a Washington por su esposa y sus hijos Julio, Karina, Vanessa y Yesenia, quienes de inmediato se adaptaron a su nuevo hogar.

De regreso a sus actividades sucedió lo impensable, la jefa de la división de ingenieros fue removida a otra área de la NASA, pero en una junta extraordinaria le asignaron la responsabilidad a José, puesto interino que meses después ocupó de manera permanente, realmente estaba decidido a posicionarse en la Agencia Espacial.

Fue en este momento que tuvo que enfrentar una difícil crisis, durante el lanzamiento del transbordador *Columbia*, el 16 de enero de 2003 un pedazo del ala izquierda de la nave se desprendió, nadie lo notó, la misión se desarrolló sin contratiempo en el espacio, pero a su regreso, el 1 de febrero la fisura provocó que al entrar a la atmosfera terrestre, con la fricción se incendiara y explotara en mil pedazos, todo el mundo fue testigo de la tragedia.

José y su equipo tenían la responsabilidad directa de encontrar la falla en el transbordador. Después de varias pruebas y de analizar cuadro por cuadro la

grabación del despegue, se determinó que la falla había estado en aquel trozo de espuma aislante desprendida.

El Columbia junto al Challenger pasaron a la historia como las dos más grandes tragedias de la NASA y le recordaron a José lo vulnerable que como humanos podemos ser, pero también el riesgo que representan las misiones espaciales.

Nuevamente la convocatoria estaba dispuesta, el proceso de selección para la nueva camada de astronautas se había publicado, una vez más ahí estaba José, aunque su estancia en la NASA, no garantizaba nada, se había hecho a la idea de que si no podía llegar al espacio, su trabajo en la dependencia lo llenaba de satisfacción, al igual que la llegada de su quinto hijo, Antonio Miguel.

Ya era otoño, otra vez la cuenta regresiva, 4000, 300, 100, 80, 40... Esta vez había logrado llegar a la etapa de las entrevistas, pero ahora prefirió no adelantar festejos, estaba tranquilo con lo que pasaba en su vida que lo demás se lo dejó al destino.

Llegó el día, una voz lo cuestionó “*¿Por qué quieres ser astronauta?*”, José cuenta se quedó atónito, era Frankin Chang-Diaz, el mismo hombre que lo inspiró a perseguir su sueño, ese momento jamás se le olvidará:

Lo último de las pruebas es una entrevista como con 18 personas importantes de la NASA, lo curioso es que uno de ellos era el doctor Frankin Chang-Diaz, el costarricense, entonces dije, mira que coincidencia, fue ahí donde me tranquilicé porque era otro latino como yo; creo que tuve una entrevista muy buena.

Paciente, esperó la famosa llamada; cuatro meses después sonó el teléfono, no era Duane Ross, sino del Director de Operaciones de la Tripulación de vuelos y astronauta, el coronel Bob Cabana, otro momento que José recuerda como si hubiera sido ayer:

Saludó muy cordial, pero no hizo ningún anuncio, la pregunta fue directa: “¿José, crees que alguien más pueda ocupar tu puesto como jefe de área de Materiales y Procesos?” Su respuesta fue simple: “Creo que todo el mundo puede ser reemplazable”. “Muy bien, entonces deja todo y vente a trabajar con nosotros al área de astronautas”.

Por fin, el universo había conspirado a su favor. Tras 11 intentos ¡Había sido aceptado!”, todo su cuerpo se paralizó, no sabía qué responder, no podía sostener el teléfono, una risa tímida escapó y fue cuando intervino Bob Cabana, le recomendó estrictamente no comunicarle a nadie sobre la noticia, si acaso a su familia más cercana, le adelantó que sería el 6 de mayo del siguiente año cuando se daría a conocer al mundo la nueva generación de astronautas.

José había recibido la llamada en su oficina, aún faltaban varias horas para salir del trabajo y sólo pensaba en cómo le daría la noticia a Adela, después de todo, ella debía ser la primera en saberlo, se lo había prometido, así narra José en *El Cosechador de Estrellas* este momento:

Los 10 minutos que conduje a casa me parecieron eternos.

–¡Adelita, por fin llegó el momento del que tanto hablamos! ¡Voy a ser astronauta! –a mis palabras siguieron risas, abrazos y brincos...

–Y ahora Pepe, ¿qué sigue?...

–...Por ahora sólo soy candidato a astronauta, tengo que estudiar... y luego me gradúo.

–¿Y después?

–Después ya podré subir al cielo y acercarme a las estrellas...

–Tus estrellas José. –conversamos mientras la abrazaba, los dos sentados en las sillas del jardín mirando el sol que se escondía... y a mis estrellas que se asomaban.

Dos meses después se reunió con los demás integrantes del equipo, les entregaron el traje azul que se utiliza comúnmente durante el entrenamiento, al

llegar a casa, no pudo aguantar la emoción, abrió el paquete de la misma manera con la que abría sus regalos de navidad cuando apenas era un niño.

No aguantó las ganas y se lo puso, en el pecho llevaba bordado su nombre: José Hernández y el logotipo de la NASA, la bandera de Estados Unidos en el brazo izquierdo, no podía dejar de verse en el espejo, era un sueño.

En un abrir y cerrar de ojos ya había pasado un año, era mayo del 2004, pronto darían a conocer al nuevo grupo de astronautas, la décimo novena generación de astronautas de la NASA, tal como estaba previsto, el evento estaba programado para el 6 de mayo.

A su arribo a Washington, fue notificado que era uno de los invitados distinguidos a la Casa Blanca para celebrar el 5 de mayo, la festividad más importante para los mexicanos en Estados Unidos, la petición fue muy clara, debía portar el traje azul de entrenamiento.

Emocionado aceptó, se vistió y al llegar a la casa presidencial, se vio rodeado de grandes personalidades del mundo político, empresarial y artístico, entre ellas estaban Emilio Estefan, la Banda "El Recodo" y Marco Antonio Solís "El Bukí"; durante su discurso, el presidente George W. Bush no dejó pasar la oportunidad de presentarlo ante todos los invitados: "Él es José Hernández. Es parte de la nueva generación de astronautas de la NASA. Felicidades, comandante, por haber sido elegido". José estaba que no cabía de emoción, el presidente lo había presentado, aunque le había otorgado un rango que no tenía, ni en sus más remotos sueños se imaginó que un día estaría en la Casa Blanca como invitado especial.

Al día siguiente, se realizó la conferencia de prensa para hacer la presentación oficial ante los medios de comunicación, todos estaban nerviosos, luces, cámaras, flashes los acosaban como nunca, de inmediato dieron a conocer los nombres de

cada uno: Arnold, Cassidy, Dutton, Satcher, Hernández, los murmullos comenzaron en la sala, los incontables flashes se dirigían hacia José, todo el mundo quería saber más sobre ese hispano.

De pronto, comenzó el bombardeo... ¿Es de origen hispano?, ¿es mexicano?, ¿cómo logró ser astronauta?, háblenos de su infancia, de su vida, de sus logros, ¿qué significa para usted ser astronauta? Sin duda una gran noticia para los medios hispanos.

Varios periodistas mexicanos se enteraron de la noticia, querían saber más acerca de José Hernández, las mismas dudas los asaltaban; uno de ellos, fue el presentador de noticias Francisco Zea, quien de inmediato instruyó a su asistente para localizar al famoso personaje y realizar una de las primeras entrevistas para los medios nacionales.

Zea recuerda que no muchos colegas se interesaron en saber más acerca de José, pero su visión lo hizo conseguir un enlace telefónico para su programa de radio en Grupo Imagen Multimedia; las preguntas eran evidentes, ¿quién era?, ¿cuál era su origen?, ¿qué lo había motivado para convertirse en astronauta?, ¿cuál había sido el camino para llegar hasta donde estaba? Las respuestas dejaron sorprendido a Zea, a su equipo y a la audiencia; se trataba de un hijo de migrantes mexicanos, trabajadores del campo, originarios de La Piedad, Michoacán.

Los cuestionamientos continuaron, la historia sin duda era fantástica, José sabía por donde llegarle al público mexicano, conocía a la perfección su historia y sus respuestas genuinas atraparon a más de uno, su historia era digna de una película, Paco Zea no podía dejar de preguntar, pero el tiempo los comió, quedaron de seguir en contacto y pactaron nuevas entrevistas, entre ellas, la charla previa al despegue y su regreso del espacio.

De la noche a la mañana, José se había convertido en toda una celebridad, periodistas estadounidenses lo buscaban a él y a su familia para conocer a detalle sus orígenes, intrigaba saber cómo un jornalero había dado el brinco a la NASA.

José cuenta que su esposa Adela, sus padres y sus hermanos no paraban de bromear cada vez que se escuchaban en la radio o veían una entrevista suya por televisión, manejaba los medios con mucho profesionalismo, incluso José cuenta que llegó a bromear con Adela incitándola para que diera entrenamiento a las esposas de sus compañeros en la NASA sobre cómo manejarse ante los medios.

Inicia la cuenta regresiva: entrenamiento previo al viaje

De regreso en Houston, inició el programa de entrenamiento, José describe que primero eran seis semanas en la base naval aérea en Pensacola, Florida, ahí fue aleccionado en principios básicos de vuelo, aprender a usar los simuladores de alta fidelidad, pero lo que más disfrutó fueron las prácticas en el dispositivo sumergible que simulaba el fuselaje de un helicóptero, conocido como el *helo-dunker*.

Ahí, se les pidió subirse al simulador, abrocharse los cinturones, después fue sumergido a cuatro metros de profundidad, ya en el fondo, el fuselaje rotó para que quedaran boca arriba, todo esto sucedía mientras aguantaban la respiración, a la orden se les permitía liberarse y salir lo más rápido posible a la superficie para poder respirar, por suerte buzos expertos siempre estaban ahí por si algo salía mal.

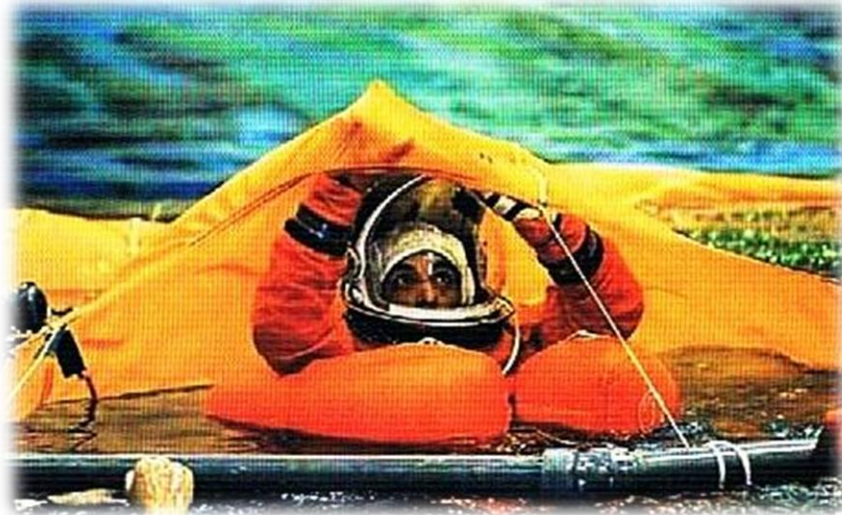


"El Cosechador de Estrellas", José Hernández, 2011.



El Cosechador de Estrellas, José Hernández, 2011.

Cuatro veces realizaron la práctica, en la primera les asignaron una salida, en la segunda sólo podían salir por una de las compuertas y en la última cada uno elegiría por dónde escapar, todo esto se hizo con *goggles* que impedían la visión, con el traje de astronauta completo, incluido casco y botas; el objetivo era aprender a trabajar en equipo, bajo presión y en condiciones extremas.



El Cosechador de Estrellas, José Hernández, 2011.

La siguiente etapa consistía en aprender a utilizar los entrenadores T-34C. Estos aviones sólo operan con una turbo-turbina con una hélice, por fortuna José ya había piloteado una nave, sin embargo, era mucha la diferencia entre un T-34C y un Cessna 152.

Las cosas se complicaban, durante ocho semanas aprenderían a pilotear al siguiente miembro de la familia un jet T-38, nave capaz de romper la barrera del sonido, a la par iniciaron el entrenamiento para manejar el transbordador espacial, ahí todo era teórico, clases de sistemas de propulsión, hidráulico, mecánico, eléctrico, de cómputo, de superficie aérea y de navegación, entre otros.

Después seguirían las prácticas en simuladores para aprender cómo reaccionar ante una emergencia, ahí, se presentaban múltiples fallas, incluso al mismo

tiempo o seguidas una de otra, la idea era no perder la calma y la concentración, sangre fría durante las simulaciones de ascenso, en órbita, fuera de órbita y aterrizaje.

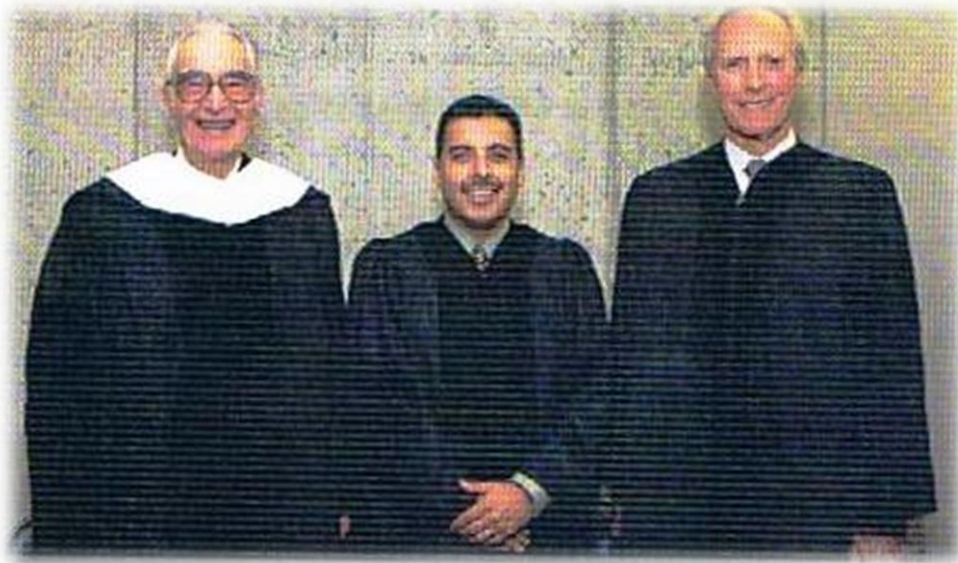


El Cosechador de Estrellas, José Hernández, 2011.

Cuando terminaron los dos años de entrenamiento, la NASA realizó una ceremonia de graduación en el Centro Espacial de Houston donde el jefe de la oficina de astronautas, Kent Rommel, dirigió unas palabras y les entregó a cada uno de los graduados un pin de plata, símbolo del astronauta certificado, pero que aún no viaja al espacio; una vez que se le asigna misión, se les entrega uno de oro.

Durante los siguientes dos años José fue asignado como integrante del *Cape Crusaders* o personal de apoyo para astronautas donde tuvo la oportunidad de asistir a los integrantes de siete misiones consecutivas, era quien revisaba que todo marchara bien, antes y minutos previos al lanzamiento, con esto ganaba experiencia, pero también adquiría la responsabilidad de que no les faltara nada a los astronautas durante el viaje.

En 2006, después de haberse graduado como astronauta y ser designado como *Cape Crusader*, la Universidad del Pacífico lo distinguió con un Doctorado Honoris causa, el reconocimiento le sería entregado junto al músico de jazz Dave Brubeck, y al famoso actor de Hollywood Clint Eastwood, quien aunque no era egresado de la institución, sería distinguido por su trabajo como presidente honorario del *Dave Brubeck Institute of Pacific University*, pero ahí no paró la sorpresa, José fue notificado por el Consejo Rector para ser quien dirigiera un discurso durante la ceremonia.



El Cosechador de Estrellas, José Hernández, 2011.

De pronto, José se vio vestido con toga negra y motivos dorados, la alegría lo invadía de nuevo, después de todo, podía presumir que era el único hombre en la faz de la tierra en recibir un grado de doctor junto a Clint Estwood.

Luego de la distinción, el presidente de la universidad, Donald DeRosa, lo invitó a pertenecer al Consejo Rector de la institución, de inmediato aceptó y después de ser entrevistado por los demás miembros, se le otorgó el nombramiento con el que hasta el día de hoy cuenta; después de la salida de DeRosa, fue sustituido por

Pam Elbeck con quien ha trabajado en programas sociales en favor de la juventud de Stockton para impulsar su educación.

Fue ahí que lo invitaron a dar pláticas y conferencias a los niños y jóvenes de Stockton, esa comunidad donde había crecido y con la que se sentía comprometido, su deber era transmitir esa pasión por la vida y sus sueños; el impacto fue tan grande que las muestras de cariño por parte de los niños y el reconocimiento de los profesores y autoridades no se hicieron esperar, fue ahí cuando surgió la idea de crear una fundación.

Con la ayuda de dos de sus amigos, Ángel Picon y Patty Tovar, surgió en 2006 la organización no lucrativa con fines educativos y fomentar la competencia de minorías nacionales e internacionales llamada *José Hernández Reaching for the Stars Foundation*.

La fundación pone especial atención en fomentar en los niños el gusto por la ciencia, la tecnología, ingeniería y matemáticas; mediante becas, ayudas sociales, actividades y eventos anuales como el “Science Blast” o la Ráfaga de la Ciencia.

Una meta más alcanzada, todo era perfecto, pero ahí estaba otra vez ese sentimiento de vacío, tenía todo lo que había soñado, pero faltaba llegar a las estrellas.

A ciencia cierta no se sabe cómo es que eligen a una tripulación, todo es secreto y reservado, todo se revela hasta que se da la noticia al implicado y cuando se anuncia de manera oficial.

José cuenta que una tarde, fue llamado por el Jefe de la Oficina de Astronautas, Steve Lindsey, sin más le anunció que había sido elegido para formar parte de la misión STS-128, en año tres meses estaría en la Estación Espacial Internacional, por fin la hora había llegado.

La tripulación estaba conformada por el comandante Frederick “CJ” Sturckow; el piloto Kevin A. Ford; el especialista 1 de misión, Pstrick J. Forrester; José Hernández, como especialista 2, conocido como ingeniero de vuelo; Jhon D. Olivas, especialista 3; Christer Fuglesang, especialista 4; Nicole Stott, como especialista 5, quien iba como parte de un programa de intercambio de tripulación para la Estación Espacial con Tim Kopra, quien estaba en el espacio y regresaría a la Tierra.



Integrantes de la misión STS 128 de la NASA/ De derecha a izquierda, José Hernández, Kevin Ford, Danny Olivas, Nicole Stott, Christer Fuglesang, Frederick “CJ” Sturckow y Pat Forrester.

http://commons.wikimedia.org/wiki/File:STS-128_Crew_Photo.jpg

Acceso 28 de septiembre de 2012.

A partir de este anuncio, correría un año más de entrenamiento donde José apunta que serían sometidos a las más rigurosas y extremas pruebas de sobrevivencia y adaptación por si se presentara cualquier eventualidad.

Primero recibieron instrucción en simulaciones de alta fidelidad en una nave espacial réplica, idéntica en la que se realizaría la misión; nuevamente, entrenamiento bajo el agua; actividades a campo abierto para fomentar el trabajo

en equipo como escalar las montañas de Wyoming, ir en kayaks por los ríos de Alaska o surcar las aguas de Baja California en velero.

Precisamente, este último viaje quedaría grabado en la memoria de José, era un tour de supervivencia, fueron llevados a un paraje de este estado del noreste mexicano donde no sólo tenían que aprender a trabajar en equipo, sino buscar comida, resguardarse del frío, del calor, convivir con el agua salada del mar, el picor de la arena, la humedad, entre otras adversidades; pero sin duda, lo más importante, conocieron las fortalezas y debilidades de cada uno y cuál era su reacción ante determinadas circunstancias.

En Maine tuvieron otra prueba de supervivencia, esta vez era en el bosque, en parajes donde no hay ni rastros de civilización, pero para hacerlo más interesante, fueron dejados a la deriva y por si solos tenían que descubrir el camino de regreso al campamento.



El Cosechador de Estrellas, José Hernández, 2011.

El entrenamiento en Wyoming fue durante el invierno con temperaturas por debajo de los cero grados, ahí también tenían que arreglárselas solos para poder sobrevivir y escapar del extremo clima del National Outdoor Leadership School, o la Escuela de Técnicas de vida al aire libre y liderazgo.



El Cosechador de Estrellas, José Hernández, 2011.

En Cabo Largo, Florida, recibieron instrucciones en el laboratorio submarino Aquarius donde los astronautas viven lo que puede ser una exploración en el espacio, ahí se desarrollan actividades y desafíos similares a los que podrían enfrentar; este simulador recibe el nombre de NASA *Extreme Environment Operations* o *NEEMO*, que es un juego de palabras que hace referencia a Nemo, el capitán del Nautilus de la novela “Veinte mil leguas de viaje submarino” de Julio Verne, José revela que ahí podían llegar a permanecer hasta 6 horas en el fondo del océano.

Tenemos situaciones donde se simula un despegue y hay fallas; falla la turbina, falla el sistema de comunicación, o el sistema eléctrico, entonces uno tiene que saber qué hacer y ahí es donde está difícil, no tanto el entrenamiento físico, ahí uno está bajo la lupa, todos los ojos están puestos sobre ti para ver cómo reaccionas, para ver qué error cometes, es mucha presión, mucha.

El siguiente paso es la experiencia cero gravedad, para esta actividad, los astronautas en entrenamiento son transportados dentro de un avión KC-135 de la NASA, la nave vuela a 60 parábolas, en las que se experimentan 25 segundos de gravedad cero en cada ciclo.



El Cosechador de Estrellas, José Hernández, 2011.



El Cosechador de Estrellas, José Hernández, 2011.

Viaje al espacio

Al terminar el entrenamiento, José Hernández cuenta que autoridades de la NASA les hicieron saber su itinerario, tendrían que realizar varias actividades en 13 días de viaje, tareas aparentemente sencillas, pero con cierto grado de dificultad y sin margen de error.

- ✚ Primero tenían que realizar tres caminatas espaciales para remplazar uno de los tanques de amoníaco de la estación espacial.
- ✚ Colocar la plomería hidráulica y eléctrica para instalar un nuevo módulo.
- ✚ Instalar el laboratorio portátil de manufactura italiana, llamado Módulo Logístico Multipropósito el MPLM, conocido entre la tripulación como “Leonardo” que sería acoplado a la estación por medio de los brazos robóticos. “Leonardo” llevaba 7 toneladas de equipo, experimentos, alimento y agua.
- ✚ Finalmente intercambiarían a Nicole Stott por Tim Kopra, astronauta que llevaba dos meses en la Estación Espacial.

Por fin se anunció la fecha del despegue, 24 de agosto de 2009, de inmediato, José y los demás tripulantes del *Discovery* fueron puestos en cuarentena.

Durante este tiempo, que al principio parecía eterno, José pudo ver en retrospectiva su vida, el camino que había tenido que caminar y enfrentar para llegar hasta donde estaba, los buenos y malos momentos, las personas que estuvieron ahí para apoyarlo, su familia, sus padres, su abuelo, Michoacán, California, sus logros en Livermore, los premios y reconocimientos, tantos recuerdos le hicieron darse cuenta de lo afortunado que era por estar a unos pasos de alcanzar su sueño.

Poco a poco se fueron esfumando esos pensamientos, el trabajo lo absorbía, lo primero que tuvieron que hacer fue modificar su reloj biológico, su jornada

comenzaba a las cuatro de la tarde y terminaba a las ocho de la mañana del día siguiente, dormían ocho horas, de ocho de la mañana a cuatro de la tarde, esto lo tuvieron que hacer para acostumbrarse al horario que tendrían en la Estación Espacial.

Sin embargo otro asunto ocuparía sus pensamientos, todos tenían incertidumbre y miedo de que algo fallara en el despegue a su regreso a la Tierra como había sucedido con los transbordadores Challenger y Columbia, dos grandes tragedias que prevalecen como estigma en la historia de la NASA; en ocasiones, preguntas como ¿Qué tal si algo falla?, ¿qué pasará con mi familia?, ¿cómo lo tomarán mi esposa, hijos y mis padres?, asaltaban la mente de José, quien confiesa que tuvo que dejar todo listo por si algo ocurría...

Sí nos dejaban ver a nuestros hijos y a las esposas o esposos, yo pude ver a Adela y hablábamos de lo que pudiera pasar, pero siempre tratando de minimizar las posibilidad de una tragedia, pero teníamos que pensar en todo, tener todo listo y en orden por si acaso; lo bueno con ella es que acababa de abrir un restaurante en Houston, el "Tierra Luna Grill", y entonces sus pensamientos estaban ocupados en su negocio.

A mi hijo mayor de entonces de 15 años le dejé una especie de testamento, yo no quería preocupar a mi esposa, pero al mismo tiempo le quería dar cierta responsabilidad a mi hijo, le dije que se tenía que hacer cargo de su mamá y sus hermanos por si algo pasaba; hasta la fecha sigue conservando el testamento, le dije mijo, uno nunca sabe, no fue nada más para la misión, es una responsabilidad que ya tienes.

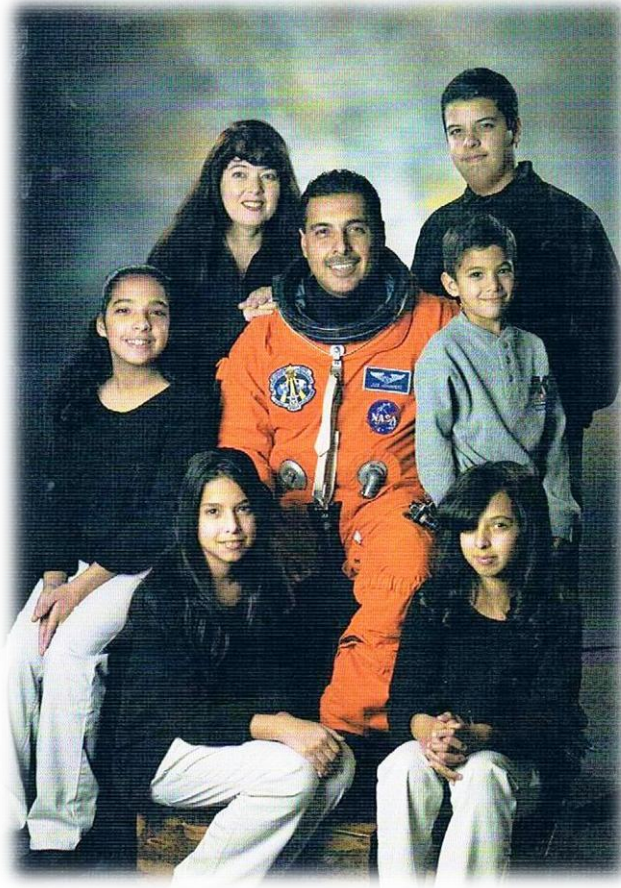
En la víspera del lanzamiento, la NASA permitió que los integrantes de la misión STS-128 pasaran una velada junto a sus parejas, José y Adela no desaprovecharon ese momento, se reunieron en la casa de playa del Kennedy Space Center para disfrutar de una romántica cena a la luz de las velas, los dos iban perfectamente bien vestidos para la ocasión, además, él recuerda que Adela

se veía radiante con su cabello rubio suelto y que un par de aretes de perla enmarcaban sus ojos verdes cristalinos, no fue necesario decir casi nada, ambos coinciden en que sus miradas lo dijeron todo.

Adela cuanta que se aferró a José como si no quisiera separarse nunca de él, aunque quiso hablar, no pudo, un nudo en la garganta y el incontenible llanto no la dejaron, José no podía dejar de abrazarla, tampoco dijo nada, sólo acariciaba su cabello, era la manera de decirle que todo saldría bien, que no había nada de qué preocuparse.

El sol se ocultaba y sus últimos destellos dorados y cobrizos se reflejaban en el mar, José comenta que le quitó la argolla de matrimonio a Adela, le explicó que quería ponerla junto a las demás cosas que se llevaría al espacio: un escapulario que unas monjas poblanas le habían enviado al saber que por sus venas corría sangre mexicana, una pequeña bandera de México que entregaría al entonces Presidente Felipe Calderón a su regreso, además de una bandera del escuadrón 201 que participó en la Segunda Guerra Mundial como el único contingente aéreo mexicano, un crucifijo, sus argollas y cinco medallas de la Virgen de Guadalupe, una por cada uno de sus hijos y por último, una fotografía de su familia; este momento quedó guardado en la memoria de José, pero Adela atesora otro, ella cuanta que:

Hicimos un tour donde estaba la nave espacial, pudimos subir hasta la puntita del Discovery; cuando estábamos mero arriba, pudimos observar uno de los más bellos atardeceres que he visto en mi vida, precioso, estábamos abrazados disfrutando de las tonalidades doradas del sol reflejadas en el mar, llegó un momento donde lo miré a los ojos y le pregunté “¿estás seguro de lo que vas a hacer?” y su contestación fue de una tranquilidad enorme, me dijo: “sí, estoy muy, muy seguro, listo para esto, es lo que he anhelado toda mi vida, por lo que he luchado día a día”; o sea, yo sentí, dije woow, que valor, era su sueño, él lo quería hacer, lo iba a hacer, no me quedaba más que apoyar a mi marido.



José con su esposa Adela y sus cinco hijos, siguiendo las manecillas del reloj Julio, Antonio, Karina, Vanessa y Yesenia, *El Cosechador de Estrellas*, José Hernández, 2011.

Previo al lanzamiento, les aconsejaron descansar, pero fue casi imposible, no sólo para José, sino para toda la tripulación, los nervios combinados con emoción y un poco de miedo y preocupación no dejaba de generar chorros de adrenalina que recorrían sus cuerpos, no era para menos, irían al espacio, verían al planeta desde otro ángulo.

El despegue estaba programado para las 10 de la noche, tenían que estar listos siete horas antes para prepararlo todo, José se levantó a las 3:35 de la tarde, el tiempo voló.

Fue ahí cuando por primera vez vio el traje oficial de la misión, el anaranjado, el azul quedó guardado; todos estuvieron listos en menos de dos horas con botas,

guantes y todos los aditamentos del traje espacial, luego se dirigieron a la plataforma, estudiaron los pronósticos del clima, las siguientes horas se dedicaron a jugar cartas, según el relato de José en *El Cosechador de Estrellas*, esta tradición se instituyó con el lanzamiento del *Apolo*, tal vez para matar el tiempo restante o para sacar la tensión y nerviosismo, la idea es que se ha convertido en todo un ritual que funciona como amuleto para la tripulación, el chiste es que cada uno de los tripulantes se debe enfrentar al jefe de la oficina de astronautas, en este caso era Steve Lindsay, todos deben ganarle previo al despegue, según la leyenda que corre en la NASA, es de buena suerte, para que no haya ningún contratiempo antes, durante y después del viaje.

Así ocurrió, pero antes de ser dirigidos a la nave, Lindsay ofreció un breve discurso, les dijo: “Todo estará bien, den lo mejor de sí, hagan su mejor trabajo allá arriba, pero sobre todo, disfruten la experiencia y la espectacular vista, no todos son tan afortunados de tener esa oportunidad, buena suerte”.

El libro de José dice que la tripulación STS-128 fue trasladada hasta la plataforma de lanzamiento, entraron al elevador que los condujo a casi 60 metros de altura a la escotilla del transbordador, el personal de apoyo les colocó los últimos elementos del traje, después uno por uno fue conducido a sus lugares, abrocharon sus cinturones, estaba todo listo para el despegue, faltaban unas cuantas horas para el conteo regresivo, el corazón latía a mil, las manos y la frente les sudaban, en unos minutos estarían flotando en el espacio.

Faltaban nueve minutos, se retiró la escotilla, se roció el piso con agua para amortiguar el ruido y las vibraciones, todo iba de acuerdo al protocolo, por último escucharon la voz del director de lanzamiento Pete Nickolenko, quien informó que las condiciones climatológicas eran desfavorables, la misión fue abortada.

Mientras regresaban a la sala de tripulación un evidente clima de decepción los inundó, José optó por tomar un baño, vestirse y descansar, después de todo “si ya había esperado 40 años, podía esperar un poco más”.

La nueva fecha de lanzamiento sería 48 horas después, para el 26 de agosto; cuando el día llegó, fueron notificados nuevamente que la misión quedaba cancelada, el problema era una válvula de control de combustible que estaba dañada; la nueva fecha: el 28 de agosto.

José describe que en ese momento estaba lleno de impotencia, coraje y decepción, cada vez veía más lejos la realización de su sueño, cada minuto se convertía en una eternidad, sabían que si una vez más se cancelaba la misión, era muy probable que el Discovery permaneciera en tierra por lo menos un par de meses más.

La tercera era la vencida, el 28 de agosto estaba marcado en el calendario; mientras José y los demás astronautas eran preparados para abordar la nave y cumplir con su misión, abajo, en las oficinas de la NASA, los nervios invadían a las familias; representando a los Hernández estaban Adela y sus hijos, sus padres, Julia y Salvador y una persona más, la maestra Young, aquella mujer de ascendencia oriental que impulsó a los padres de José a fijar su residencia en Estados Unidos para así ofrecer una mejor calidad educativa a sus hijos y poder llegar hasta donde estaban, todos fueron invitados por José, así lo dice en entrevista.

Te dan cierto número de invitados que puedes llevar el día del despegue, yo invité a mi familia y a mis amigos más cercanos, pero recordé a mi maestra de segundo grado, hablé a la escuela de Stockton y pregunté por la señorita Young, se acababa de jubilar, la localizaron y me dieron el número de su casa, su dirección, entonces le envié la invitación y ella pudo ser, también, testigo del lanzamiento.

Se realizaron todas las maniobras conforme al protocolo, la nave instalada, de nuevo vistieron los trajes naranjas, el juego de cartas, subieron a la escotilla, esta fue retirada, estaban sentados, abrocharon los cinturones y comenzó la cuenta regresiva, de nuevo los nervios, así recuerda José los últimos 50 minutos antes del despegue.

50 minutos: José intentó despejar su mente, se enfocó en olvidar dónde estaba y fijó su atención en su infancia, en los campos de Stockton que lo vieron crecer, recordó las vacaciones en Michoacán, el cielo azul reflejado en la presa de La Piedad y la luna que lo acompañó en cada viaje.

40 minutos: Luego imaginó cómo sería su regreso a México, quería volver a La Piedad, al pueblo donde crecieron sus padres y donde pasó grandes momentos con su abuelo, la venta de molcajetes, los desayunos de su abuela, quería regresar para respirar el aire fresco de aquel lugar tan emblemático en su vida.

30 minutos: Pensó en su familia, en Adela y sus hijos, los momentos que había perdido al perseguir su sueño, cumpleaños, festivales y reuniones; recordó que ellos habían sido uno de sus impulsos para seguir adelante.

20 minutos: Recordó los consejos de su padre, principalmente aquel cuando José reprochó tener que trabajar en el campo, las palabras se hicieron presentes: “¿Este es el futuro que quieren para ustedes? Pues así permanecerán si no obtienen una buena educación”, sabias palabras, la formación que había obtenido lo había llevado hasta donde estaba, ¿quién iba a pensar que aquel niño con ropa enlodada y zapatos desgastados llegaría a usar un uniforme de la NASA?

10 minutos: El corazón latía a mil y las manos y la frente parecían derretirse. Todo comenzó con un sueño, la magia se había hecho realidad, los ingredientes eran: pensamientos positivos, pasión y un corazón lleno de fe.

De repente una voz lo regresó a su realidad, era el *Launch Control Center* dando las últimas indicaciones: “Ajusten sus cinturones y prepárense para el despegue”, “Revisión de cabina completa”, “Manuales listos”.

5... 4... 3... cerré el visor del casco y escuché los tres motores del Discovery encenderse, sentí su vibración, el nivel de ruido fue aumentando, las vibraciones cada vez fueron más fuertes... Los dos motores laterales habían encendido... Por un momento pensé que eso caería o peor aún explotaría, sentí una fuerte presión y escuché cero, despegue.

El ruido era bastante elevado, las vibraciones se tornaron violentas dentro de la nave, sientes que se va a deshacer todo, luego un empujón, un fuerte empujón; uno de mis compañeros me comentó ya que llegamos al espacio, que luego del golpe, me persigné, dijo que se le hizo muy tierno... Yo no recuerdo haberlo hecho, pero sé que tengo la costumbre de hacerlo cuando algo pasa, no era para menos después de enfrentarme a lo desconocido.

Ocho minutos y medio fue el tiempo que tardaron en llegar al espacio, pasaron de una velocidad en reposo de cero a 28 mil kilómetros por hora, una velocidad descomunal, José vive el momento y narra:

Los primeros cuatro minutos es como ir en un juego mecánico de feria, como estar en la montaña rusa, luego, durante los siguientes cuatro minutos empiezas a sentir como si tuvieras un niño recién nacido en el pecho, sientes su peso, pero no lastima, el bebé va creciendo y creciendo, al minuto ocho, antes de que todo acabe el peso es equiparable al de un elefante, ya no puedes ni respirar, hay mucha presión, por fin pasan los ocho minutos y medio y se apagan las turbinas, el elefante desaparece y ya estás en un ambiente de cero gravedad, estás

flotando. El sueño se había cumplido, no defraudé a ese niño que un día soñó con llegar a las estrellas.

Esta es la bitácora de José Hernández, durante su estancia en el espacio se dedicó a plasmar los momentos más importantes de su misión, aunque fueron 15 días de permanencia en la Estación Espacial Internacional sólo se mostrarán algunas de las actividades de mayor relevancia de los días uno, dos, tres, cuatro, ocho, catorce y quince, por haber sido las que marcaron su misión y salieron de la rutina.

Día 1.

Luego de instalar las laptops a bordo, y una vez instalado el software “*Word Maps*” José pudo saber por qué parte del mundo estaban sobrevolando, otra computadora les permitió monitorear el trayecto que los acercaba a la Estación Espacial Internacional.

Los equipos de cómputo eran como cualquier otro, incluso les permitían estar en contacto con sus familias vía correo electrónico, de hecho una de las tareas que José tenía asignada era llevar una bitácora vía Twitter, ejercicio que ya se había realizado en una expedición anterior, sin embargo, esta vez se propuso hacerlo también en español, así el astronauta de origen mexicano pasó a la historia como el primer hombre en *twittear* desde el espacio en español, el primer mensaje que envió por esta red social decía:



Jose Hernandez
@Astro_Jose



Espero la cosecha de mi sueño sirva como inspiración a todos! Acabo de configurar las computadoras. Buenas noches!

9:52am - 29 Ago 09

Primer Tweet de José Hernández desde La Estación Espacial Internacional 29 agosto 2009

Día 2.

Este día fue dedicado a la revisión del sistema de protección térmica en el borde de las alas y en la base del transbordador, todo con ayuda de los brazos robóticos, las imágenes grabadas de esta tarea se enviaron a Houston para verificar que la misión iba sin contratiempos.

Luego revisaron el traje espacial de la *Extravehicular Mobility Unit* junto con la instalación de la cámara de línea central que les permitiría acoplarse a la Estación, todo el software estaba instalado.

Al fin José tuvo unos cuantos minutos para darse cuenta de lo que estaba viviendo, ¡lo había logrado! Se asomó por la ventana, todo allá afuera estaba oscuro, sólo tintineaban las estrellas, José cuenta que al acercarse a la ventana, no dejaba de sentir emoción, ya era noche y todos dormían, él quería seguir apreciando tanta belleza.

Yo soy creyente, pero también soy científico, al ver al universo desde esa perspectiva me di cuenta que todo es perfecto, hay cosas que no se pueden explicar seguro existe la mano de un ser supremo creador de todo el universo.

Me di cuenta de que cuando era niño, miraba el cielo contaba las estrellas y todas me parecían iguales, pero desde esta perspectiva y aunque las tenía lejos de mí, todas eran diferentes, todo era maravilloso.

Día 3.

Fue el momento de acoplarse con la Estación Espacial, al avanzar el transbordador giró 360° con la finalidad de ser fotografiados desde la Estación para enviar las tomas a Houston y verificar que no hubiera algún daño en la nave, este era un nuevo protocolo establecido desde la tragedia del *Columbia*.

La colisión fue lenta y sin contratiempos, al abrir la escotilla fueron recibidos por las comitivas de la agencia espacial estadounidense y rusa que laboraban en la Estación desde hacía tres meses, allá había 13 astronautas representando a cinco países, un esfuerzo internacional.



José portando una playera del equipo de futbol de la Universidad Pacífico.
El Cosechador de Estrellas, José Hernández, 2011.

La comitiva entregó a los tripulantes de la Estación una buena cantidad de frutas y verduras, así como otros alimentos, por supuesto fueron recibidos con gusto, después de tres meses, resultaban un manjar.



Viendo a través de la EEI desde el lado ruso, al fondo se aprecia la delgada atmósfera de la Tierra y uno de los amaneceres que se podían apreciar cada 90 minutos.

El Cosechador de Estrellas, José Hernández, 2011.



Los siete integrantes de la tripulación Discovery y los seis de la EEI.

El Cosechador de Estrellas, José Hernández, 2011.

Día 4.

Luego de instalar el Módulo Logístico Multipropósito que contenía herramientas, equipo de la NASA y las provisiones, decidieron que era momento de reponer energías y tomar un rico café, resulta que el espacio, no se puede preparar como se haría usualmente en una taza debido a la falta de gravedad, así que ponen todo lo necesario en una bolsa de plástico y se bebe con ayuda de un popote; con respecto a la comida, los alimentos de los astronautas son en su mayoría deshidratados y sellados al alto vacío a los que se les agrega agua caliente para poder ser comidos.



En el área de trabajo de la EEI, José operando el brazo robótico.
El Cosechador de Estrellas, José Hernández, 2011.

Cuando llegó la hora de la cena se anunció que el menú de ese día era sopa, carne, y fresas con crema, bromeando José mencionó que él no comía nada si no había tortillas, para su sorpresa se le anunció que efectivamente, habían cargado con una ración, lo sorprendente del caso fue cuando supo que era uno de los alimentos básicos de los astronautas y que sustituía al pan, pues cualquier migaja resultaría un peligro para los instrumentos de la Estación.

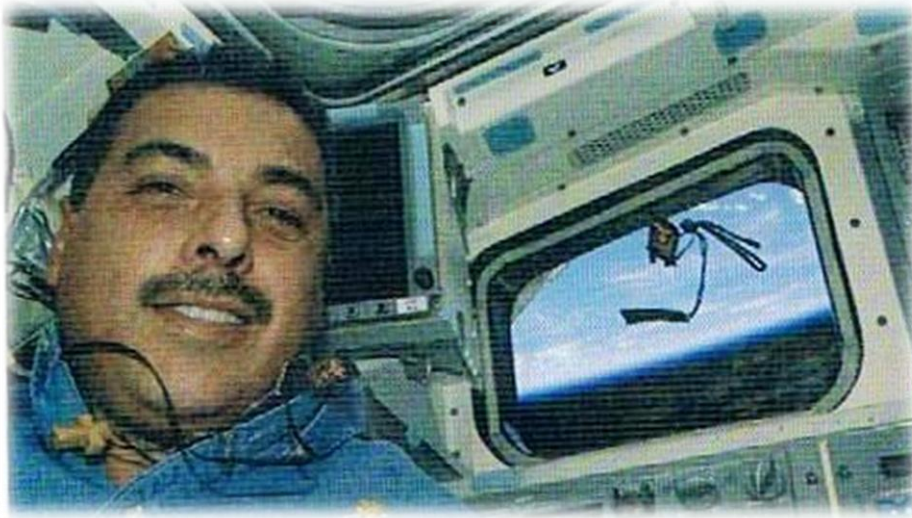


El Cosechador de Estrellas, José Hernández, 2011.

Durante la comida pudo platicar con algunos de sus compañeros, a quienes les habló de sus raíces mexicanas y les mostró la bandera de México que llevaba con él, al igual que el escapulario de las monjas poblanas y la fotografía familiar que le hacían recordar qué lo había llevado hasta ahí y quiénes lo esperaban a su regreso, contó que previo a su viaje el entonces Presidente de México, Felipe Calderón Hinojosa le había hablado por teléfono para desearle un buen viaje y para invitarlo a Michoacán a su regreso, a él le entregaría la réplica del símbolo patrio.



El Cosechador de Estrellas, José Hernández, 2011.



El Cosechador de Estrellas, José Hernández, 2011.

Día 8.

A diario eran despertados a primera hora para continuar con sus labores, cada uno había elegido un par de canciones con las que les gustaría ser despertados y sonara mientras se aseaban para comenzar la jornada, ese día se escuchó “El hijo del pueblo”.

Es mi orgullo haber nacido en el barrio más humilde,
 alejado del bullicio y de la falsa sociedad.
 Yo no tengo la desgracia de no ser hijo del pueblo
 yo me encuentro entre la gente que no tiene falsedad...

José reconoció el tema de José Alfredo Jiménez y tarareo algunas estrofas, cuenta que eligió esa canción como homenaje a sus padres, para honrar su trabajo en el campo y esfuerzo para sacar a adelante a sus hijos.

Mi destino es muy parejo, yo lo quiero como venga
 soportando una tristeza o detrás de una ilusión
 yo camino por la vida muy feliz con mi pobreza
 porque no tengo dinero, tengo mucho corazón...

Ese día se realizaría una de las caminatas para preparar la instalación para un nuevo módulo de la Estación, estaba casi todo listo; el indicado para realizar las tres expediciones programadas era Danny Olivas.

Estaban en eso cuando se le notificó a José que tenía un enlace con el noticiario matutino *Primero Noticias* de la cadena de televisión Mexicana, *Televisa*, Carlos Loret de Mola lo entrevistaría, tenía apenas cuatro minutos y medio para tener contacto con la gente de México, era la primera vez que se realizaba esto en la historia de la NASA, un momento histórico para México y toda América Latina, esta es parte de la conversación entre José y el periodista.

–¿José, cómo estás, que gusto saludarte, cómo están las cosas allá arriba?

–Está bien, Carlos.

–¿Qué se siente mano?

–Se siente de maravilla, mira no se puede explicar con palabras como se siente uno aquí en cero gravedad, pero es algo muy interesante, una experiencia muy bella que espero que en el futuro más mexicanos experimenten.

–¿Te da miedo José?

–No me da miedo porque nosotros hemos entrenado muy bien, estamos muy bien preparados para cualquier cosa que nos ocurra acá en el espacio...

(Mientras contesta, suelta el micrófono que flota y se enreda)

–Oye ya veo que con el micrófono andas haciendo suertes charras.

–Si verdad, ya me voy a convertir en un charro como los de Jalisco, pero como les puedo mostrar aquí, todo flota en el espacio...

(Muestra una hoja de papel que suelta y da vueltas)

–Oye José, cómo se ve México desde allá arriba.

–Te diré que se ve muy bello... Cuando pasamos por México en la noche y veo la Ciudad de México se ve toda alumbrada y se puede distinguir muy fácil, y las playas de Cancún desde acá se ven bien riquísimas.

Antes de que la señal se perdiera, hablaron sobre su fe, la existencia de Dios y la ciencia, José respondió que sus creencias se reafirmaban, luego habló de las

fronteras entre los países, imperceptibles desde el espacio, esta parte la narró en la entrevista de la siguiente manera:

Lo que más me impactó fue que... Cuando uno va a la primaria, uno tiene los globos terráqueos, se pueden distinguir los países porque cada uno tiene un color, allá arriba también esperaba distinguir a cada país por sus fronteras, pero no fue así, cuando pasamos por América vi Canadá, no pude distinguir dónde terminaba y empezaba Estados Unidos, bajé la mirada, tampoco había distinción con México, llegué a la conclusión de que todos somos uno en el mundo y qué padre sería que los líderes del mundo vivieran esta experiencia para que se den cuenta de esto, recapaciten y te aseguro que el mundo sería mucho mejor.

Al terminar el enlace José continuó con los preparativos de la caminata espacial, pero no dejó de recordar sus viajes a México, Michoacán, todo el día tarareó “El hijo del pueblo”.

Unos días después sonó el segundo tema, era “Mi Tierra” de Gloria Stefan, para José representaba “Mi Planeta” donde había dejado todo lo que era.

La tierra te duele, la tierra te da
en medio del alma, cuando tú no estás.
La tierra te empuja de raíz y cal
la tierra suspira si no te ve más...

Ese día, la oficina de relaciones públicas de la NASA le envió un correo escrito por la cantante, en él lo felicitaba, primero por representar a la comunidad latina en el espacio y por haber escogido su tema, decía que se sentía honrada de saber que su música no sólo se tocaba alrededor del mundo, sino también fuera de él.

La tierra donde naciste no
la puedes olvidar, porque tiene tus raíces
y lo que dejas atrás...

Día 14.

El fin del viaje había llegado, ese día realizaron todos los preparativos para regresar a la Tierra, después de recibir la señal, encenderían los motores y comenzarían el reingreso, sin embargo les avisaron que su viaje se retrasaría un día más porque las condiciones climatológicas complicarían su labor, era septiembre y había lluvia y rayos a una distancia de 32 kilómetros del Kennedy Space Center.

Aunque estaba ansioso de regresar a casa y ver a su familia, José se sintió a gusto de tener la fortuna de permanecer un día más allá arriba; después de observar un largo rato por la ventana del *Discovery* se fue a una esquina de la nave a rezar, pidió por su familia, por sus compañeros de viaje y por los que estaban dirigiendo la misión desde la Tierra, por la humanidad, por los líderes del mundo y porque un día logremos la paz universal, José cuenta que ese fue el día que más cerca se sintió de Dios.

Día 15.

Los tripulantes del *Discovery* se despertaron con la noticia de que el clima en Florida seguía siendo desfavorable y que por lo tanto debían aterrizar en el *Edwards Air Force Base* en California, aunque estaba contento por aterrizar en su estado natal, José sabía que no vería a su familia hasta un día después cuando recibieran la bienvenida en el hangar de *Ellington Field*.

Comenzaron los preparativos, primero iniciaron con el protocolo de carga de fluidos, este consistía en tomar grandes cantidades de agua y pastillas de sal para retener los líquidos.

Se pusieron los trajes naranjas, se ajustaron los cinturones y Houston les dio luz verde para encender los motores y comenzar el descenso, cada vez se acercaban más a la Tierra, de pronto, una luz intensa entró por las ventanas de la cabina,

estaban en la atmósfera, los instrumentos de la nave indicaban que estaban viajando a 25 veces la velocidad del sonido.

Comenzaron a bajar la velocidad, alcanzaron los 320 kilómetros por hora, pronto la gravedad hizo sus efectos a 8 mil metros cuando José sintió el peso del casco, las nubes se hicieron presentes, faltaba poco para aterrizar.

A 120 metros, se activaron las ruedas para aterrizar, sólo faltaba recorrer la pista hasta que se abriera el paracaídas y los frenos de pedal los hicieran detener por completo, estaban de regreso, las risas y los pulgares levantados constataron su exitosa misión, tanto en Houston como en Florida celebraban.

Mientras le desabrochaban el cinturón y escuchaba las felicitaciones de sus compañeros, José recordó que su sueño de ir al espacio comenzó en el “Estado Dorado” en los campos de California, que ironía había aterrizado a tan sólo unos cuantos metros de donde solía recolectar pepinos, calabazas y fresas; cuando recuerda este evento, no deja de decir que fue un momento “Poético”.



El Cosechador de Estrellas, José Hernández, 2011.

El hijo pródigo

Regreso a la tierra

Luego de tocar tierra, José cuenta que lo único que quería era reunirse con su familia, en cuanto pudo los telefoneó, todos estaban felices y orgullosos, querían saber cómo le había ido, qué se sentía estar allá arriba, qué había visto, cuál era la perspectiva de la Tierra, lo bombardearon con preguntas, incluso, su teléfono celular no dejaba de sonar, muchos periodistas querían tener una entrevista, la cantidad de mensajes de voz era descomunal, pero ya tendría tiempo para contestarles a todos, en ese momento sólo quería pasar un momento con sus padres, esposa e hijos.

Cuando tuvo oportunidad de estar a solas con sus hijos, les contó con lujo de detalles todo lo que había vivido, José cuenta que llegó un momento en que parecía que les estuviera platicando sobre una película de ciencia ficción.

De pronto surgió una pregunta que lo dejó paralizado, era su hija Karina –papá ¿viste a Dios?, José atinó a decirle que no, pero que sabía que había estado con él, nuevamente el cuestionamiento –¿cómo sabes? –porque sentí su presencia, contestó, su hija sonrió y se le iluminó la cara, sus palabras le confirmaban que había alguien allá arriba que escuchaba sus oraciones, –entonces sí existe, –sí Karina, sí existe.

Esa noche no pudo dormir de la emoción, todo parecía irreal, todo había valido la pena, el trabajo de más de cuatro décadas se había reducido a 15 días del sueño más maravilloso que jamás había experimentado.

Cuando todos dormían, José se levantó, fue a la sala, vio nuevamente su traje de astronauta, los reconocimientos, recortes de periódico, las fotografías, toda su historia contenida en esos objetos, no podía creer al ver una de esas imágenes donde aparecía con sus hermanos en un campo de California, que ese niño con

zapatos rotos y ropa remendada, hoy estuviera cosechando el triunfo de su esfuerzo.

Cada momento vivido, cada persona que se había cruzado en su camino, una a una de las lecciones aprendidas habían sido determinantes en su carrera rumbo al espacio, nada había sido casualidad, todo el universo se había alineado segundo a segundo para que aquel niño que un día pidió con toda su fe convertirse en astronauta lo lograra.

De repente, alzó la mirada al cielo, era una estrella fugaz, sin pensarlo lanzó un nuevo deseo: “Que mi vida no pase en vano” murmuró, quería que su historia se convirtiera en el aliciente de algún otro niño, de otro ser humano que tuviera un sueño, no importaba cual, lo único que contaba era que alguien sintiera lo que él había sentido cuando escuchó la historia de Frankling Chang-Díaz; “Quiero que un niño mire al cielo y diga: ¡Si él pudo hacerlo, yo también puedo!”.

Y es que nada en la vida es imposible, sólo se requiere de pasión, quitarse los miedos, enfrentar retos, saber que no siempre se gana, pero existe una nueva oportunidad de comenzar, con determinación, sin descuidar los objetivos, saberse parte de un universo, aprender a convivir con el resto de los seres vivos, con nuestro entorno, trabajar, esforzarse, dar para poder recibir, que al final todo se alineará a nuestro favor.

Por fin José había cerrado un ciclo de vida, pero qué seguía; se había dado cuenta que tan sólo era una pequeña partícula en medio del universo, un ser diminuto, pero que podía hacer mucho por los suyos, sabía que debía empezar por su casa, refiriéndose al planeta y así lo comenta a través de la computadora desde su casa de campaña en California.

Durante unos instantes, cuando los rayos del sol pegan directamente a la Tierra, se puede ver nuestra atmósfera, lo que nos mantiene vivos y te puedo decir que

es una capa bien delgada, delicada, regresé con una perspectiva diferente del medio ambiente, ahora sí creo en que lo que proponen los ambientalistas, debemos cuidar nuestro ecosistema porque cualquier cosa que hacemos puede afectar esa delicada capa, tal vez no nos toque a nosotros, pero ciertamente a nuestros hijos y a nuestros nietos, debemos de cuidar nuestro medio ambiente.

Tal como estaba previsto, tres meses después de regresar a la Tierra, José viajó a México por invitación del Presidente Felipe Calderón, el mandatario abrió un espacio en su agenda para recibir al astronauta en la Residencia oficial de Los Pinos, ahí se realizó una emotiva ceremonia donde se destacó el empeño en su educación que lo ayudó a llegar tan lejos, Calderón aprovechó para decir que México puede llegar tan alto si se apoya la educación.

Al finalizar la ceremonia, José le entregó un cuadro con varias fotografías que muestran algunos momentos de la expedición STS-128, así como la bandera de México que llevó dentro del Discovery y la Estación Espacial durante los 14 días que permaneció en el espacio.



El Cosechador de Estrellas, José Hernández, 2011.

Luego partieron hacia Michoacán, el recibimiento fue espectacular, como si hubiera llegado la más grande celebridad mundial, no era para menos, el hijo pródigo había regresado, había cientos de personas apostados afuera de sus casas y negocios viendo el desfile en honor al astronauta, papelitos de colores y niños que portaban traje de astronauta, José hizo lo propio.

Ahí, Felipe Calderón junto a José inauguró la Escuela Secundaria Técnica Número 140, en el municipio de La Piedad, después dieron el banderazo de inicio de la obra del libramiento carretero en la misma región, luego colocaron la primera piedra de la Plaza Cívica en Ticuítaco que lleva el nombre del astronauta para finalizar con una comida en su honor.

Tras el recibimiento en Los Pinos, José Hernández y Felipe Calderón entablaron una cercana amistad, de hecho Adela y Margarita Zavala siguen en constante comunicación porque sus hijos se siguen frecuentando, incluso durante las vacaciones de verano los niños pasaban cierta temporada en la casa presidencial.

Todo parecía marchar bien, los reflectores estaban dirigidos hacia la nueva celebridad mexicana, los periodistas lo bombardeaban con múltiples preguntas, todos querían una entrevista exclusiva en sus foros de televisión, cabinas de radio o para las páginas de los más reconocidos diarios.

José ya tenía agendadas sus visitas a los medios, Primero Noticias y Carlos Loret de Mola eran los primeros, no por nada se habían dedicado a seguir paso a paso la trayectoria del astronauta antes, durante y después del viaje, le habían dado los mejores espacios en el noticiario matutino y se habían dedicado a difundir su historia.

Siguiente parada, la cabina de Reporte 98.5 en el noticiario de las 1:30 PM conducido por Francisco Zea, claro que tenía que estar ahí para continuar narrando su experiencia en el espacio, Zea comenta que sin duda, José sabe

cómo manejarse en los medios y su cabina era el lugar perfecto para transmitir su mensaje de lucha, esfuerzo, dedicación y fe, ahí contó a detalle su experiencia en la NASA y los 15 días que pasó en la Estación Espacial Internacional.

Sin duda la emisión sabatina “Historias Engarzadas” transmitida por Azteca acercó a millones de personas a José Hernández, el hombre que había sabido reponerse de la adversidad y convertirse en el astronauta de origen mexicano orgullo de todo el país.

La periodista Mónica Garza conversó con José por más de dos horas, donde pudo relatar a detalle anécdotas, experiencias y sentimientos que no había podido hacer en otros espacios, su historia fue respaldada por sus padres, su esposa y su hijo mayor, así como expertos en temas aeroespaciales; la emisión que duró cerca de una hora y se transmitió el último día del año 2009, alcanzó los más altos niveles de audiencia, no era para menos, su relato por sí sólo cautivaba.

Pero José no sólo quería dejar su historia como testimonio entre los mexicanos, también deseaba dejar su granito de arena para que más niños y jóvenes interesados en el espacio pudieran desarrollar su talento, así se le ocurrió impulsar la Agencia Espacial Mexicana, que sin duda sería un semillero de donde se podría obtener gran beneficio tanto para México como para la NASA.

La idea era que esos talentos no dejaran el país para buscar en el extranjero el desarrollo profesional que perseguían, José señala que:

Hay que invertir en esos recursos intelectuales para crear esas oportunidades, yo te aseguro que si apoyamos a estos jóvenes en sus talentos, ellos van a crear tecnologías que no nada más le sirvan a la Agencia Espacial Mexicana, sino que tengan aplicaciones que se puedan comercializar, empezar nuevas industrias en México, empresarios que empiecen desde cero, desde nada, pero con una idea a desarrollar, compañías grandes, al estilo de Microsoft, IBM, compañías así, no hay razón de por qué no se puedan desarrollar en México también.

Así junto al ingeniero Fernando de la Peña Llaca, otro mexicano emprendedor que labora en la NASA puso en marcha el proyecto que más tarde presentaron al Presidente Felipe Calderón quien en todo momento los apoyó para que la Agencia Espacial Mexicana fuera una realidad que hasta el día de hoy funciona.

El 30 de julio de 2010 fue publicada la ley en el *Diario Oficial de la Federación* donde se aprueba la creación de la agencia, durante su formación, se realizaron foros de consulta con ingenieros, científicos, empresarios y ciudadanos para dar forma a los proyectos prioritarios a desarrollar, así como la organización de la Agencia Espacial Mexicana.

Al poco tiempo de haberse creado, José y Fernando de la Peña decidieron hacerse a un lado, el motivo, una controversia por la nacionalidad de José, un grupo de opositores argumentaba que no merecía el título de segundo mexicano en viajar al espacio pues en realidad él es estadounidense y que el único en haber realizado dicha proeza era el Doctor Rodolfo Neri Vela, quien finalmente fue propuesto para encabezar la organización.

Aunque muchas publicaciones intentaron confrontar a José Hernández y a Rodolfo Neri Vela, éstas son las declaraciones que hace el cosmonauta mexicano sobre el cosechador de estrellas:

Hay que aclarar que José Hernández no es mexicano, él nació en los Estados Unidos en California, es un ejemplo para la comunidad hispana de su país, en lo particular, me pareció exagerada la manera en que fue tratado por los medios de comunicación, incluso el Congreso de la Unión actuó de una manera exagerada, cosa que ni siquiera hicieron conmigo cuando yo regresé del espacio hace veintisiete años y que yo sí representé a México, yo llevé el escudo de mi país, llevé experimentos mexicanos; hay un abismo de diferencia entre la misión de José Hernández y la de Rodolfo Neri Vela, él es estadounidense, él lo ha dicho, pero los medios lo han querido hacer mexicano; nosotros podemos tener muchos

astronautas, se pueden gestar en la Agencia Espacial, por ejemplo Canadá ya tiene doce y México sólo uno.

Al cuestionar a José sobre la polémica generada por su nacionalidad él aclara:

Quiero agradecer al pueblo mexicano por aceptarme como mexicano, porque obviamente yo nací en Estados Unidos pero eso no fue decisión mía, fue decisión de mis padres, pero ellos son mexicanos, nacieron en México, yo no pude escoger mi nacionalidad, pero de acuerdo a la constitución mexicana, yo también soy considerado mexicano y con mucho orgullo acepto ese reconocimiento.

Todo el mundo tiene su derecho a opinar, mis respetos al Doctor Neri Vela, sí es el primer astronauta mexicano merece todos los reconocimientos, pero que más quisiera yo que no sólo seamos dos, que seamos 15, 20, astronautas mexicanos, por qué no podemos trabajar para capacitar a nuestros paisanos para que no sientan la necesidad irse al extranjero para desarrollar sus carreras profesionales sino trabajar juntos, crear oportunidades en México.

Yo estoy dispuesto a hacerlo con el que se apunte conmigo incluyendo al doctor Neri Vela, lo invito a trabajar conmigo para el bien de nuestro país que es México.

Mucha gente me alega y he visto en la prensa que, oye él no es mexicano, habla el español mocho, pues sí pero pues el nopal aquí lo tengo puesto, más mexicano no puedo ser, yo pienso que en el corazón existe lugar para amar a dos países.

Yo soy leal a Estados Unidos porque me ha dado muchas oportunidades pero al mismo tiempo México me ha regalado mucho, costumbres, tradiciones y mis raíces, soy más mexicano que nada.



*Portal de noticias enebits.com <http://enebits.com/category/noticias/page/13/>
Acceso 25 de octubre de 2012.*

Tan es considerado mexicano que durante los preparativos para los Juegos Olímpicos de Londres 2012, José fue invitado por el Comité Olímpico Mexicano y el Comité Olímpico Internacional para portar la antorcha a lo largo de 400 metros por la ciudad de Oxford, entre los privilegiados estaban, además, la actriz Ana de la Reguera, el músico Alex Lora, la alpinista Fátima del Ángel, el futbolista Gerardo Torrado, la filántropa Paty Ruíz y la publicista Silvia Sánchez, como se muestra en la siguiente imagen.

Reorganizar el plan de vida

Pronto José retornó a la realidad, ¿qué seguía? Al regresar al *Jhonson Space Center* en Houston, fue trasladado a las oficinas centrales de la NASA en Washington, ahí se uniría al equipo de la Oficina de Asuntos Legislativos e Intergubernamentales, su función era construir la agenda del presidente Barack Obama en materia espacial.

La tarea más importante que llevó a cabo fue la planeación y asignación de presupuesto para las futuras expediciones espaciales, éstas se dividían en exploraciones “a corta distancia” de la Tierra, como la que había experimentado y que se llevaron a cabo durante los últimos 40 años, y la exploración “a larga distancia” como un nuevo viaje a la Luna o la expedición a Marte, lograda con éxito por el explorador Curiosity, el 6 de agosto de 2012.

La idea era propiciar el apoyo económico del sector privado para financiar los viajes y destinar recursos para el mantenimiento de la Estación Espacial Internacional, esto además impulsaría la realización de experimentos, así como el turismo espacial; una vez logrado esto, Estados Unidos se podría enfocar en la construcción de nuevas naves para realizar viajes a lugares más alejados como la Luna o el Planeta Rojo.

Luego de un año de trabajo y gestiones, regresó a Houston, al llegar se encontró con dos noticias, una que se estaba preparando la nueva selección de astronautas para otra misión, pero esta vez no viajarían con naves de la NASA, éstas ya se habían jubilado, ya no viajarían más, era el fin de una era; la otra era que a partir de ahora, si querían viajar al espacio o a la Estación Espacial tendrían que hacerlo a bordo de cohetes rusos, José narra por qué.

El Discovery, el Endeavor, y el Atlantis se jubilaron, ahora el único modo de viajar al espacio va a ser con los rusos, o sea comprar espacio en el cohete Soyuz; pero el entrenamiento es de dos años y medio en el extranjero, no sólo en Estados Unidos, también en Rusia, Japón, Canadá y Europa, para luego realizar la expedición a la Estación Espacial Internacional que ya está terminada, pero ahora no será de 14 o 15 días, la permanencia allá será de por lo menos seis meses, entonces estamos hablando de tres años fuera de casa y eso está para pensarse.

Luego de pensarlo y poner en la balanza sus prioridades como jefe de familia y aunque quería regresar al espacio, decidió cerrar uno de los ciclos que más satisfacción le había dejado en la vida, renunció a la NASA.

Poco tiempo después y gracias a su experiencia, la empresa MEI Technologies Inc. le ofreció el puesto de Director Ejecutivo de Operaciones estratégicas, pero la vida le tenía preparada otra sorpresa.

Rumbo al Congreso

En 2011 a un año de las elecciones presidenciales en Estados Unidos, el presidente Barack Obama se preparaba para un nuevo periodo al frente de la Casa Blanca, la tarea no sería fácil después de los desastrosos durante su mandato, sin embargo sabía que una pieza clave para lograr su cometido era echarse a la bolsa a los latinos, el mayor sector de inmigrantes sólo por arriba de los asiáticos.



Archivo fotográfico de José Hernández 2012.

Tomando en cuenta esto, Barack Obama invitó a José Hernández a postularse como candidato Demócrata al Congreso Estadounidense por California, sin duda era una carta fuerte sabiendo la simpatía que el ex astronauta tiene con “su” gente, los mexicanos inmigrantes, la principal etnia radicada en su estado natal y la fuerza de trabajo predominante en todo Norteamérica.

José no dudó en adherirse al equipo de Barack Obama, sabía que un puesto político significaba un nuevo reto y lo podía lograr, así inició su campaña, visitó a los jornaleros de Stockton, la misma tierra que él, sus hermanos y padre trabajaron.

Recorrió cada uno de los sectores del estado donde mucha gente le abría las puertas de su casa para que diera a conocer sus propuestas y convenciera al mayor número de personas para que votaran por él en las elecciones del 6 de noviembre.



Reunión con jornaleros en Stockton, California, Archivo fotográfico de José Hernández, 2012.



Reunión con simpatizantes en Stockton, California, Archivo fotográfico de José Hernández 2012.



De derecha a izquierda John Garamendi, Jerry McNerney, Bill Clinton, Ami Bera y José Hernández
<http://www.sfgate.com/politics/article/Bill-Clinton-to-stump-at-UC-Davis-for-democratn3931850.php>
 Página Web del San Francisco Chronicle, acceso 26 de octubre de 2012.

Se presentó en actos masivos, donde incluso el ex presidente Bill Clinton le dio el espaldarazo para lograr hacerse de una curul, el evento se realizó el 9 de octubre de 2012 en Quad UC Davis, California, donde Clinton lideró un mítin en apoyo a los cuatro candidatos del estado para el Congreso: el doctor Ami Bera, John Garamendi, Jerry McNerney y por supuesto José Hernández.



Página Web de NBC Latino

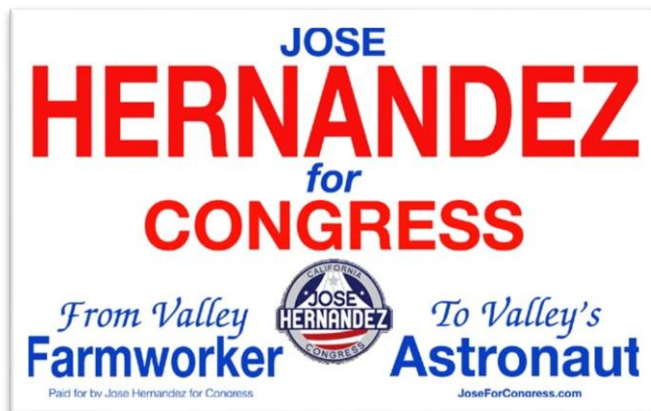
<http://nbclatino.com/2012/10/24/analysis-in-california-democrats-tout-one-hispaniccandidate-and-ignore-another/>, Acceso 26 de octubre de 2012.

Pero no todo fue miel sobre hojuelas, como parte de su estrategia de campaña, José decidió usar un logo similar al de la expedición STS- 128 además de portar el traje de astronauta en actos públicos porque sabía que era un imán para los votantes; pero sus detractores tenían un as bajo la manga, buscaban destituirlo.



Archivo fotográfico de José Hernández 2012.

Argumentaron que José no podía usar su imagen de cosmonauta ni poner en su propaganda la palabra “astronauta” pues ya no lo era y estaba confundiendo a los votantes; luego de meses de dura batalla, José se salió con la suya, consiguió que en su papeleta apareciera el cargo que ostentó en la NASA y al final salió favorecido, pues la campaña de desprestigio lo popularizó aún más.



Archivo fotográfico de José Hernández 2012.



A la par de su campaña, José continuó trabajando en su fundación, después de todo, su madre se había empeñado en inculcarle la importancia de contribuir y compartir, cuestión que se ha encargado de aplicar día a día por medio de su asociación “Cosechando Estrellas” y trabajando hombro con hombro con la Unión de Empresarios para la Tecnología en la Educación, (UNETE) por sus siglas en español.

Uno de sus logros fue haber incluido a estudiantes mexicanos en el campamento internacional que organiza anualmente la NASA y es convocado por la *United Space School* de Houston, Texas, para que los jóvenes intercambien conocimientos o experiencias en el ámbito científico.

Una de las sorpresas fue la que dieron los jóvenes, Miriam Ivonne Rocha Badillo, estudiante del CECyT 8 del Instituto Politécnico Nacional y Jesús Sánchez Iñiguez, del Colegio Salesiano Anáhuac Chapalita, quienes participaron en el encuentro celebrado del 24 de julio al 8 de agosto de 2011 y quienes estudiaron varios temas aeroespaciales, entre ellos la misión a Marte.

El principal objetivo de “Cosechando Estrellas” es impulsar el talento de muchos jóvenes mexicanos que sólo necesitan una oportunidad para poder desarrollar sus habilidades y puedan alcanzar sus sueños sin necesidad de salir de México para conseguirlos.

Ahora, José está dedicado a que más jóvenes logren sus metas, a que sus cinco estrellitas, sus hijos, crezcan en una familia unida y recorran el camino que los lleve a materializar sus sueños.

Finalmente, después de los comicios electorales realizados el 6 de noviembre, la noticia recorrió el mundo, Barack Obama se alzó con la victoria frente a su contrincante, el republicano Mitt Romney, estaría al frente de la Casa Blanca por cuatro años más, pero la suerte no le favoreció a José.

Su lucha por conseguir un lugar en Congreso de Estados Unidos y su sueño de contribuir con el país que le abrió las puertas, que le dio todo a él y a su familia, y ayudar a los casi 7 millones de mexicanos indocumentados que viven en suelo Norteamericano y principalmente a los 2.8 millones que habitan en California, el estado con mayor población de inmigrantes mexicanos que han llegado con el propósito de alcanzar el tan anhelado “sueño americano”, se esfumaron.

A pesar del apoyo de miles de familias hispanas que creyeron en su propuesta, José perdió la posibilidad de representar el Distrito 10 de California, según sus palabras “le dieron una paliza”, al final quien obtuvo el mayor número de votos fue el republicano Jeff Denham.

Pero los sueños no terminan con una caída, basta recordar que once veces fue rechazado por la NASA, lo importante aquí es perseverar, y aunque José no sabe si continuará metido en la política, lo cierto es que está decidido a seguir transmitiendo su mensaje de lucha y esfuerzo a lo largo de México y América latina, esa historia extraordinaria de aquel niño que un día soñó con tocar a las estrellas.

Después de todo, como él mismo dice: “Hay más de una estrella y una meta en la vida, todos somos astronautas y cada uno de nosotros tenemos nuestra propia estrella, la ‘estrella de los sueños’, la vida es el camino hacia ella”.

A manera de conclusión

“¡Nada es imposible!”

A lo largo de la historia de José, nos pudimos dar cuenta del camino que quizás ya estaba trazado en su vida, pero que sin duda requirió de un gran esfuerzo, tanto de él, como de sus padres y otras personas “clave” que marcaron el futuro de aquel niño, hijo menor de un matrimonio de inmigrantes indocumentados que como muchos mexicanos, cruzaron la frontera en busca del tan anhelado “sueño americano”.

Un punto a su favor fue haber nacido en Estados Unidos, su condición de ciudadano le abrió muchas puertas, pero sin duda eso no garantizaba que José pudiera alcanzar las estrellas, tuvo que aferrarse a su sueño y trabajar por él, nunca se subestimó.

Aún recuerda los consejos que le dieron de sus padres para lograr su meta, ellos le dijeron:

1. Identifica tu meta en la vida.
2. Conoce los pasos necesarios para alcanzar esa meta.
3. No temas, échale ganas y ponte a trabajar.
4. Ponle fe y mucho corazón a tu deseo, esmérate en conquistarlo.
5. Prepárate y estudia, así forjarás los cimientos de tu sueño.

Estos, no sólo son los pasos para convertirse en astronauta, también funcionan para cualquier persona en cualquier parte del mundo que tenga un sueño, que quiera cosechar sus propias estrellas.

En mi mente sigue vivo el recuerdo del momento en que decidí que la historia de José sería la que plasmaría en este proyecto, pero no sabía a lo que me iba a enfrentar.

Quería hacer una entrevista porque es lo que he hecho desde que obtuve mi primera oportunidad laboral, preguntar, indagar, conocer las historias de vida de

personajes que han marcado determinados sectores de la sociedad, ya sea en el espectáculo, la política o las artes, pero la vida de José estaba llena de matices que fui conociendo poco a poco.

José es un hombre sencillo, agradable, que de inmediato me abrió las puertas para indagar en su vida, esto fue un año antes de iniciar este proyecto, desde que me acerqué a él, sabía que era su historia la que quería contar.

Le perdí la pista; un año después, iniciada mi labor, intenté contactarlo pero parecía inalcanzable, sus múltiples compromisos y viajes me alejaban de él, intenté concertar una cita por la vía “legal”, pasar los filtros de su asistente y editores en México, pero como suele suceder, son ellos quienes bloquean y convierten a las personalidades en inalcanzables.

El tiempo estaba en contra, me dispuse a entrevistar a la gente a su alrededor, figuras que habían platicado con él o conocido de cerca su historia, pero aún estaba lejos de José, así que decidí echar mano de mis habilidades y contactos.

“San Google” y un teléfono fueron mis aliados, busqué por todos lados hasta que conseguí los datos de su casa de campaña en Modesto, California, de inmediato marqué, del otro lado estaba Adela, su asistente a quien confundí con su esposa, le comuniqué que quería contactar a José, que quería realizarle una entrevista. La magia surgió.

Adela me pidió que le enviara un e-mail con lo que necesitaba, de inmediato lo redacté y el propio José contestó, me dijo que le marcara y así lo hice, intentamos convenir una fecha en la que viniera a México a dar una de sus conferencias, pero sus tiempos se lo impidieron en un par de ocasiones, hasta que resolvimos que lo mejor era realizar la entrevista vía Skype.

Todo estaba listo, aunque dispuesto y accesible, José marcó límite de tiempo, estaba de lleno en su campaña y me había abierto un espacio en su agenda; lo que habló está en las páginas anteriores, lo que no dijo, lo deduje.

Percibí a un hombre amable, con profundo arraigo mexicano pero de espíritu americano, a final de cuentas nació y se crió allá, vivió rodeado de una gran influencia *gringa*.

Primero habló de México, de lo que representa para él, para sus padres y hermanos, aunque su plática se centra en Michoacán y las playas de Cancún; cuando habla de sus primeros encuentros con el inglés lo hace con cautela, pues a final de cuentas es el idioma que le ayudó a *cachar* grandes oportunidades.

Insiste que nunca vivió discriminación, aunque cuando comenta sobre algún acto donde fueron acentuados sus rasgos, tradiciones o ascendencia dice que aprendió a sortear los malos comentarios, se percibe molesto cuando narra la anécdota de su primer día en Livermore y lo confunden con el intendente.

José respeta el campo y a sus trabajadores, le tiene cariño, tanto que se convirtió en su estandarte al momento de difundir su campaña política, pretendía velar por los jornaleros, por los migrantes que como sus padres han forjado una tierra extranjera que les ha dado satisfacciones a un alto costo.

Sabe perfectamente dónde imprimir emotividad y dónde manejarse más serio, los temas que lo mueven son su familia, la infancia, Michoacán y su sueño, pero cuando habla de sus logros, de sus viajes, de su trabajo en la NASA, de su vida en Estados Unidos, se convierte en un hombre técnico, preciso, un tanto cuadrado, como suelen ser los ingenieros.

Tal vez este aplomo sirvió para no doblegarse ante la adversidad y hasta podría decir que lo vuelve calculador, pues cuando se fija una meta, de inmediato traza el camino y no desiste hasta lograrlo.

Creo que al final sabe conjugar la “frialidad” de los estadounidenses, lo metódico y disciplinado con lo cálido, optimista, familiar y soñador que puede llegar a ser un mexicano.

Al ser cuestionado sobre la llegada del hombre a la Luna, convencido dijo que sí, que el Neil Armstrong había pisado el satélite el 21 de julio de 1969 en la misión Apolo 11 y desacreditó toda teoría que pusiera en duda el acontecimiento.

Llama la atención que siendo científico, muestra abiertamente sus creencias católicas y asegura que puede haber vida en otros planetas, dice que cada estrella es como un sol y que es probable que no estemos solos en el universo, aunque dejó claro que no se ha demostrado la existencia de “ovnis” y los únicos que ha visto son a través de YouTube.

Pude conocer a José como persona por encima del personaje mediático en el que se convirtió luego de participar en la misión STS 128, creo que al final él no cambió, creo que las personas no cambian, evolucionan, pero él ya lo había hecho, en su caso lo que sucedió, como pasa con quienes alcanzan la fama, es que su entorno se modificó, los demás empezaron a comportarse diferente con él, otorgándole un estatus que antes no tenía, o no a nivel masivo.

Concuerdo con Rodolfo Neri Vela cuando dice que José es americano, sí lo es, trae ese chip, creo que culturalmente estamos acostumbrados a desistir de nuestros sueños porque no sé quién en no sé qué momento nos hizo creer que no podíamos soñar en grande, porque el miedo nos sigue paralizando y porque no nos creemos merecedores el éxito.

Aún sabiendo lo que queremos en la vida y en lo que nos queremos convertir, al final nos perdemos en el camino, precisamente por eso, por no trazar la ruta que nos llevará hasta nuestro objetivo, porque cada paso que damos lo damos *ad libitum* y no con conciencia.

La historia de José nos da una lección de vida, nos muestra que con sólo seguir los pasos que sus padres le inculcaron, se pueden cosechar estrellas, como él mismo lo dice, no es una receta, cada uno debe encontrar la fórmula para alcanzar sus sueños, pero sin duda, lo primero que se tiene que hacer es suprimir el miedo y romper paradigmas.

José sólo sabía que quería ser astronauta, se trazó la ruta y consiguió su sueño, pero lo que surgió a partir de ahí ni él lo esperaba, se convirtió en un líder, pero no uno cualquiera, uno que pertenece a la minoría racial más influyente en la nación más poderosa del mundo, preocupado por su planeta y por los niños y jóvenes que sin duda son el presente y futuro de una nación global interconectada llamada Tierra.

Al día de hoy, José viaja a prácticamente cualquier parte del mundo dando sus conferencias y transmitiendo su historia de éxito, permeando confianza en sus escuchas y aportando su granito de arena en su fundación “Alcanzando las Estrellas”.

Al final todo inicia con un sueño y si lo crees lo creas.

Fuentes de consulta

Bibliografía

Rojas Mónica, *El cosechador de estrellas*, editorial Patria, México, 2011.

Videografía.

Historias Engarzadas, “Historias Engarzadas de José Hernández”, Tv Azteca, <http://www.tvazteca.com/capitulos/historiasengarzadas/28032/historias-engarzadas-de-jose-hernandez>, consultado el 17 de mayo de 2012.

Primero Noticias, Televisa, <http://www.youtube.com/watch?v=OZ75ld5qQrk> consultado el 17 de mayo de 2012.

Cibergrafía

De la Peña, F. (2010). *Agencia Espacial Mexicana, una nueva oportunidad*, editorial Porrúa, <http://dl.dropbox.com/u/23901467/AEXA2.pdf>, consultado 20 de mayo de 2012.

Hernández Moreno, (2008). *Reaching For The Stars Foundation*, <http://www.astronautjosehernandez.com/>, consultado el 26 de abril de 2012.

Hernández Moreno, (2012). Página de la campaña de José Hernández al Congreso, <http://joseforcongress.com>, consultado el 26 de abril de 2012.

Noticias Univisión 23 edición nocturna, “Reportaje José Hernández, primera parte”, Ana María Vargas, Univisión, <http://www.youtube.com/watch?v=6yIOLbBHJB0&feature=related>, consultado el 27 abril 2012.

Noticias Univisión 23 edición nocturna, “Reportaje José Hernández, segunda parte”, Ana María Vargas, Univisión, <http://www.youtube.com/watch?v=EdJ1AeDRwU4&feature=relmfu>, consultado el 27 abril 2012.

Noticias Univisión 23 edición **nocturna**, “Reportaje José Hernández, tercera parte”, Ana María Vargas, Univisión, <http://www.youtube.com/watch?v=1ne0HWDPHLI&feature=relmfu>, consultado el 27 abril 2012.

Entrevistas:

José Hernández, conferencista, ex candidato al Congreso de Estados Unidos, ex astronauta de la NASA, entrevista formal vía Skype, realizada el 24 de mayo de 2012.

Salvador Hernández, padre de José Hernández, entrevista formal vía Skype, realizada el 29 de mayo de 2012.

Julia Moreno, madre de José Hernández, entrevista formal vía Skype, realizada el 29 de mayo de 2012.

Leticia Hernández, hermana de José Hernández, entrevista formal vía Skype, realizada el 29 de mayo de 2012.

Adela Hernández, esposa de José Hernández, entrevista formal vía Skype, realizada el 29 de mayo de 2012.

Julio Hernández, hijo de José Hernández, entrevista formal vía Skype, realizada el 29 de mayo de 2012.

Mónica Garza, periodista, titular de la emisión *Historias Engarzadas* de Tv Azteca, entrevista formal realizada el 25 de mayo de 2012.

Diana Alcalá, reportera de la emisión *Historias Engarzadas* de Tv Azteca, entrevista formal realizada el 25 de mayo de 2012.

Francisco Zea, abogado, titular del noticiario Tercera emisión estelar de CadenaTres canal 28, entrevista formal realizada el 28 de mayo de 2012.